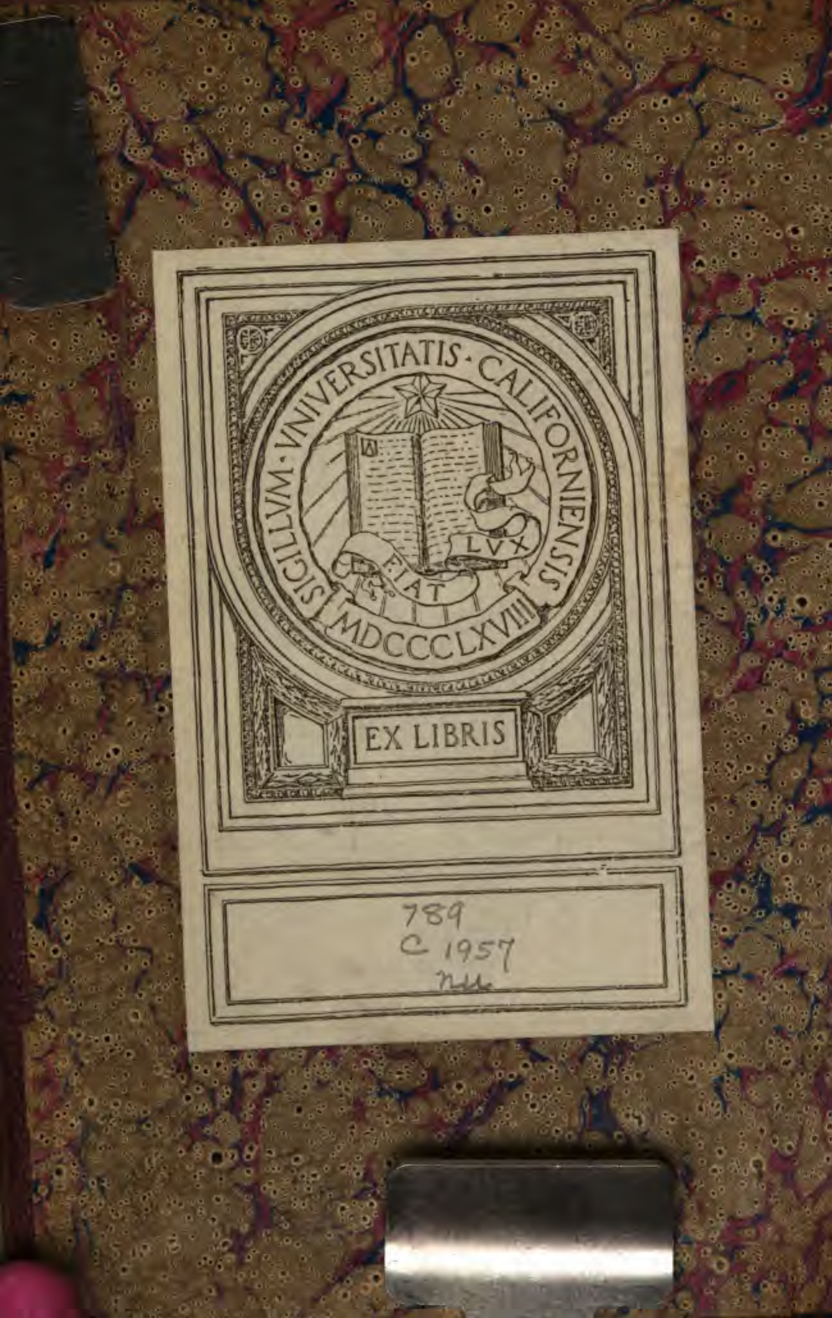

UC-NRLF
$B 315 835

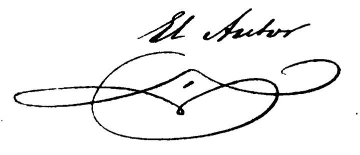

SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
LVX
FIAT
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS
789
C 1957



POESIAS DE CAMPILLO.

Al Sr. Dn. Saturnino Fernandez de Velasco en muestra de aprecio y compañerismo

El Autor



NUEVAS POESIAS

DE

NARCISO CAMPILLO,

CATEDRÁTICO POR OPOSICION
DE RETÓRICA Y POÉTICA Y AA. CLÁSICOS DEL INSTITUTO
DE CÁDIZ.

CADIZ.
LIBRERIA DE LA REVISTA MEDICA,
plaza de S. Agustin, 4 y 5.
1867.

ARJONA, impresor de S. M., Torre, 27.

PRÓLOGO AL LECTOR.

Cuando las palmas de la llanura
cimbran al soplo de fuertes vientos,
álzan un himno con sus acentos
y ricos frutos al suelo dan.
Tambien los mares mueven sus ondas
y arrojan perlas en las riberas,
si los azotan grandes y fieras
las rudas alas del huracan.

Como la palma, como los mares,
así es la lira, la lira mia,
vibra y por fruto dá su armonia
si la estremece la inspiracion.
Venid á oirla; que no el pan solo
es de los hombres grato sustento;
tambien nos pide como alimento
nobles cantares el corazon.

Por él reviste la poësia
el orbe todo de santo brillo;
trina Bellini, pinta Murillo,
y Miguel Angel hiere el cincel.
Para halagarlo la mente humana
á otras regiones tiende su vuelo:
pródigos visten la tierra y cielo
flores y estrellas solo por él.

¿Nunca habeis visto con tédio amargo
la prosa triste de la existencia?
¿No se ha elevado vuestra conciencia
á las mansiones de eterna luz?
¿No habeis amado? ¿No habeis sufrido?
¿Tuvísteis gozo, dolor, asombro?
¿Jamás sentísteis doblarse el hombro
al grave peso de dura cruz?

Si habeis sentido, si habeis vibrado,
liras humanas, con las pasiones,
¡ah! yo os prometo que mis canciones
no indiferentes podreis oir.
No serán ellas vago murmullo
que nada dice, que á nada mueve,
no serán nube flotante y leve
pronta en formarse, pronta en morir.

Sérán concierto de varios tonos,

campo fecundo de varias flores,
donde quien ama respire amores,
donde quien llora pueda llorar.
Donde el creyente plegárias halle,
donde el artista goce en belleza,
donde te muestres, naturaleza,
con brillo entero, rica sin par.

Por que mi alma busca otras almas
y de encontrarlas sabe el camino:
sabe que existe fuego divino
en cuanto tiene vida y pasion.
Si yace oculto bajo la escoria,
un soplo basta, que regenera;
vereis al cielo subir la hoguera,
pues es del cielo sublime don.

Bíblicas arpas de antiguos tiempos,
de excelsos himnos generadoras,
liras helenas encantadoras
que á Grecia hicísteis del génio Eden;
Decid vosotras vuestros prodigios
con ese acento que aun hoy resuena
en la de Olimpo cumbre serena,
en la sagrada Jerusalen.

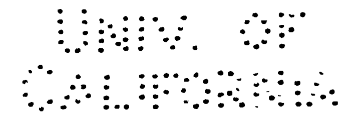
¡Oh, si tuviera mi voz tan débil
de aquellas voces el gran sonido!

¡Oh, si en mi frente resplandecido
el génio hubiese cual puro sol!
¡Cómo digera, cómo ensalzara
virtud y amores, sueños de gloria!
¡Cuál tu futura, sublime historia
cantara osado, pueblo español!

Mas ¡ay! no tengo tan altos dones:
águila ciega, no miro el dia:
y qué! en mi pecho la poësia
no hierve siempre como un volcan?
¿No me despierta con sus acentos?
¿No me ilumina con sus fulgores?
¿No me arrebata con sus furores,
cual hoja leve rudo huracan?...

Dejad que sigan el viento y hoja
de monte en monte ráudo camino;
así cual ellos soy peregrino:
me empuja el soplo de inspiracion.
Venid á oirme; que no el pan solo
es de los hombres grato sustento;
tambien nos pide como alimento
nobles cantares el corazon.

Cádiz 24 de Enero de 1867.



A MURILLO, PINTOR.

ODA.

Acaso deslumbrada
bajas la frente y doblas la rodilla
¡oh, miserable humanidad! al oro:
ó la hermosura, ó la nobleza hinchada,
oyen soberbias tu aclamar sonoro.
Idolos son que levantó la suerte,
que estriban su cimiento en aire vano,
y de la edad la inexorable mano
los hunde en el olvido, que es la muerte.

No así tu llama espléndida y fecunda
puede morir, inspiracion sagrada:
el alma te tributa enagenada
amor inmenso, admiracion profunda.
Cual caudaloso rio

los siglos incansables van pasando,
en sus revueltas ondas
triunfos, riquezas y poder llevando.
Los pueblos que en el Asia se extendian,
escombros son ahora;
las solitarias yerbas los cubrieron
y allí la lira del Oriente llora.
Roma y Atenas fueron:
hundida en bajo polvo está su frente;
y salvando del tiempo la corriente,
viven los héroes que esplendor le dieron.

España, pátria mia,
alégrate con gloria:
muestra á la faz del mundo
el blason peregrino de tu historia,
que tu famoso nombre al sol levanta:
muéstrate coronada de laureles;
mientras mi lira vigorosa canta
al inmortal Murillo,
émulo y vencedor del grande Apeles.

Un mar incomprensible
es el alma del hombre; ella se eleva
muy más allá del aquilon y el trueno;
el entusiasmo audaz de fuerza lleno
á las mansiones de su Dios la lleva;
ella sonrie con la blanca aurora
desplegando su azul, púrpura y oro:
como las aves trina;

y si la tarde pálida declina,
con el rocío de la noche llora.
Pródiga su tesoro
la brinda por do quier naturaleza:
su esencia es la unidad y la armonia,
su alimento eternal es la belleza.
Gózala el génio, y al gozarla siente
sombras, luces, perfumes y sonidos,
inquietos, palpitantes, confundidos,
divagar por los campos de su mente.
La inspiracion le envuelve, le arrebāta,
cual desbordado y hervidor torrente
que de altísima cumbre se desata;
no le basta gozar; quiere que el mundo
goce con él y por sus ojos vea;
á lo bello ligar quiere su nombre,
y ¡oh pasion nobilísima del hombre!
que eterno á par del universo sea.

¡Pasion sublime, fuente de las artes,
gloria del mundo, altar del pensamiento!
Tú, tú infundiste con divino aliento
á Zurbarán la magestad severa
que en sus santas imágenes grababa:
por tí sencilla y digna se elevaba
la inspiracion del uno y otro Herrera:
tú diste á Alonso Cano
la grata correccion, el fiel diseño,
y el lienzo y mármol animó su mano:
tú diste al gran Velazquez

ese brillante y vigoroso vuelo,
ese pincel de indómita osadia,
que á los ojos absortos ofrecia
cuanto circunda el mar y cubre el cielo.

Embellecida entonces la natura,
en breve espacio contempló su imágen
y á sus amantes sonrió hechicera.
Pudo el bosque sus sombras y verdura
mirar eternas en paisage hermoso,
pudo su manto virginal gracioso
ostentar la inocente primavera,
sin miedo al sol de estio:
y todo el universo engalanarse,
y la beldad de la vejez librarse,
su figura dejando y su memoria.
Pudo el hijo infeliz que allá en la cuna
sintiera helarse de su madre el seno,
verla despues en éxtasis sereno,
triunfando así del tiempo y la fortuna.
El contorno, el color más fugitivo,
el pincel detenia
y hasta la edad futura lo lanzaba
fresco, latiente, vivo,
y la muerte gemia...
¡Tánto el génio español se levantaba!

La inteligencia en su soberbio trono
el himno oyó, que el hombre prosternado
con estro peregrino

en su alabanza entona.
Mas á tí, corazon, templo sagrado,
te faltaba tu intérprete divino,
faltaba al arte su mejor corona.
Y fué Murillo; el sevillano cielo
con tintas melancólicas, suaves,
bañó su cuna y circundó su frente:
nació para pintar, como las aves
nacieron para el vuelo,
y para gala del pensil la fuente.
El arte fué su vida,
respiraba por él, por él gozaba
la inspiracion á su existencia unida,
y hasta en el lecho con su amor soñaba.
¡Amor inmenso! El entusiasmo entonces
alzóse como estrella
de pura luz resplandeciente y bella.
¿Qué triunfos no logró?...
Noble Murillo,
solo tú arrebatado penetraste
en la ideal region, pintor del cielo:
tú lo viste patente, y lo mostraste
á los ojos atónitos sin velo.
Solo á tí, solo á tí fué revelada,
del ángel y la vírgen
la casta y melancólica hermosura:
la gravedad tranquila del anciano,
la cándida ternura
del niño, y la dulcísima inocencia
que en su cuna sonrie.

¡Prodigios de tu génio sobrehumano!
Entre nubes de clara transparencia
donde flota diáfano el ambiente,
miro el celeste coro:
y embebecida en su ilusion la mente,
pienso escuchar el cántico sonoro.
Tánta es la vida que respira el lienzo
animado por tí; leves y vagos
los celages ondean, cual mecidos
del áura á los halagos
y de inmortales lumbres revestidos:
la flor difunde aroma,
baja en pliegues magnífico el ropage,
y á tu pincel rindiendo vasallage,
brillo y color el universo toma.
Y aun vuelas más allá: tu pensamiento
en las alas del éxtasis te eleva,
místico, irresistible, soberano,
y te sientes mayor, cual si te hubiese
tocado Dios con invisible mano.
Rásgase el velo ante tu vista, y creas
uniendo lo mortal con lo infinito:
lanza el alma del mundo inmenso grito:
»¡Venturoso pintor, eterno seas!»

¡Aclamacion universal y pura!
¡Grito que crece al par que se dilata,
como torrente de sonora plata
que desciende cubriendo la llanura!
¡Con cuánto ardor mi acento

se unió contigo, al ver enagenado
ese lienzo sagrado (1),
de la piedad y el arte monumento!

Vagaba yo por las augustas naves
de la sublime catedral: desierta
se hallaba entonces, sin rumor ni luces;
un sepulcro á mi vista parecia.
Tan solo un triste rayo descendia
de mústia claridad dudosa y yerta
á través de los vidrios de colores
de la alta ojiva, y mis errantes pasos
dormido el eco apenas repetia.
A otra region mi espíritu volaba
llena de paz y célicos amores,
y otras áuras mi pecho respiraba,
en tanto que mi frente se inclinaba
al poder de su grave pensamiento.
Así pasaron las tranquilas horas...
y al levantar los ojos,
una vision me acarició divina.
En cuadro de belleza peregrina
oraba el justo, y de increada lumbre
se inflamaba su pálido semblante:
era aquel fuego que ciñó triunfante
del sagrado Tabor la excelsa cumbre:
á su plegária se rasgaba el cielo,

(1) Cuadro de S. Antonio.

y ángeles mil en delicioso vuelo
sobre ondeantes nubes descendian.
Brotar de entre sus labios parecian
himnos de paz y bendicion y gloria,
y entre ellos Dios, vestido de inocencia,
al fiel creyente á consolar bajaba.

¿Quién dulce transparencia
á los celages vaporosos daba,
giro al aire sutil y movimiento,
brillo á la luz, y al labio enagenado
súplica humilde y fervoroso acento?
¿Qué génio poderoso allí esparcia
en grandes oleadas
la existencia, la gloria, y la armonia?

¡Murillo! tú no has muerto! Aun en las nieblas
de la tumba sombría resplandeces:
aun hablas al espíritu admirado.
¡Palmas, laurel! Tu pueblo congregado
justo homenage á tu memoria rinde.
Estátua noble en pedestal eterno
publicando tu fama se levanta;
llena el apláuso el aire estremecido;
y mi acento, jamás envilecido,
tu fé, tu inspiracion, tus triunfos canta.

Sevilla.

Á LOS ESPAÑOLES, EN 1859.

ODA.

España está de luto
y tiene el alma de amargura llena.
Ha visto su pendon siempre glorioso,
escarnio ya de la insolencia agena,
y agotó del oprobio la vil copa.
¡Oh Dios, que tanto mal has permitido!
Para el asombro y lástima de Europa
¿no bastaba tal vez haber sufrido
de Méjico la ofensa no vengada?
¿No bastaba la sangre derramada
en discordia civil, funesta, impia,
sangre que en nuestras frentes aun gotea?
Y ¿no basta ¡oh baldon! que á nuestros ojos
el sol alumbre en la mitad del dia
en Gibraltar el pabellon britano,

y mande allí soberbio el extrangero?
¿No basta, en fin, que el pundonor ibero
insulte audaz el bárbaro africano?...
¡Oh! salga ya frenético el acero
y brille ardiendo en la indignada mano.

Brille en los anchos campos de batalla
cual vivo rayo, anunciador de muerte;
cuando el honor lo pide,
¿podrá temer el corazon del fuerte?
Y fuertes son tus hijos, pátria mia,
libres, audaces, llenos de constancia;
lo publica en Bailen Andalucia,
en Castilla los restos de Numancia
y allá en Lepanto las sangrientas olas,
y lo dice el Atlántico profundo
y América vencida; por que el mundo
sembrado está de hazañas españolas.
Tras tantos láuros ignominia tanta?
¿No existe aquí quien en las lides venza?
¿Se ha extinguido la raza de valientes,
pereció hasta el recuerdo de sus hechos,
y sin vigor los abatidos pechos
no se inflaman de cólera y vergüenza?

¡Gracias al cielo! Por el grande espacio
un horrendo clamor tronando viene:
vibra en las rudas cumbres del Pirene
y se extiende en los pueblos castellanos,
y ocupa toda la española tierra:

grito pujante que do quiera zumba,
y en roncos sones de venganza y guerra
los muertos héroes conmovió en su tumba.
Al poderoso estruendo
España alzó la frente,
su futura victoria adivinando:
de infame orin desnúdase la espada,
y sedienta y terrible en alto brilla
al Africa amagando:
rueda el cañon, éngendrador del trueno,
y la rápida yegua desbocada
cruza los campos, la extension devora.
¡Oh, volad, generosos escuadrones,
que ya os aguarda el enemigo armado!
A la opulenta Cádiz van ahora:
de allí las naves por el mar ondoso
los llevarán, y el árabe asombrado
los verá al despuntar la nueva aurora.

¡Españoles! ¿Sabeis adonde os lleva
la poderosa mano del destino,
que abre al fin, de vosotros apiadado,
á vuestro bien espléndido camino?
Al Africa. Mas Africa no es solo
para España un laurel, una victoria;
es la esperanza de su nombre y gloria,
que volará otra vez de polo á polo.
Esa region que al sol de mediodia
se aduerme entre sus cálidos palmares,
para encender aun más vuestra osadia

os brinda con el cetro de dos mares.
Que galardon de vuestro esfuerzo sea!
Que allí la Europa tremolando vea
los pendones iberos;
y sin temor de enconos extrangeros,
de la barbarie derribad la valla,
realizando despues de la batalla
los magníficos sueños de Cisneros!

¡Sueños de bendicion! Como rocio
que á los áridos valles dá la aurora,
vienen ¡ay Dios! al pensamiento mio,
llenan mi pecho de esperanza ahora.
Yo contemplo ese azul Mediterráneo,
yo contemplo ese Atlántico profundo
resonando entre playas españolas,
la vida y la riqueza difundiendo:
óigo el confuso estruendo
de las bullentes olas,
y miro á Tánger, Mogador y Raba
abrir sus anchos puertos á las naves
de cien y cien naciones,
que al soplo de los céfiros suaves,
ven ondular en la feliz ribera,
de Castilla las armas y blasones,
la santa cruz y la triunfal bandera.

El progreso del mundo así lo pide:
la ilustracion, la pátria, la justicia,
lo reclaman tambien. ¡Oh sol fulgente!

¿Cuándo será que de tu excelsa altura,
alumbres el gran dia de ventura,
que ya se acerca al suspirado Oriente
en magestad y esplendidez vestido?
Mas un vago rumor hiere mi oido.
¡Qué! ¿La Inglaterra? ¿Quién nombró al britano?
Envuelto en densas nieblas eternales,
aun tiene entre sus muertos generales
claras memorias del valor hispano.
Y recordad que un tiempo el africano
atravesó los mares
de vuestro daño y perdicion sediento:
y los campos, los templos, los hogares,
empapó en sangre hispana, que es la vuestra:
sangre inícua y vilmente derramada;
pensad el nuevo agravio recibido;
y luego... luego, deponed la espada,
dejad tambien en paz la inútil diestra,
y, ya el honor perdido,
dormid, si es que podeis, sueño de olvido.

Sevilla.

A DIOS.

ODA.

Y qué? ¿Tan solo callará el poeta,
cuando la mar, la tierra, el firmamento,
cantando estan en tu alabanza y gloria?
Ya un viento rapidísimo mis sienes
enardece y azota con sus alas;
parece el mismo que acogió en su seno
los proféticos himnos del Rey Santo,
para llevarlos por el ancho mundo
y hacerlos resonar entre los olmos
y los cedros del Líbano, que aun hora
al peregrino atónito y errante
con profundo murmurio los repiten.

¡Oh Dios! ¡Oh Lumbre, oh Increado, Eterno!
¿Quién será digno de cantar tu gloria?

Polvo soy nada más: cual sombra y humo,
cual seca arista ante la luz del rayo,
es mi vida: cual lágrima en los mares
mi espíritu en tu espíritu se pierde.
¿Basta la fé para ensalzar tu nombre?...
Basta: yo cantaré. La lira dadme,
dádmela, que torrentes de armonia
sus cuerdas brotarán, brotarán fuego,
y en éxtasis divino arrebatado,
hasta el Empíreo volará mi alma.

¿Qué era el orbe, Señor, cuando tu soplo
aun no sentido habia?... Pura nada,
dormida en el regazo de la muerte
y envuelta por el manto del olvido.
Velada en torno de vapor aciago
como el que exhala profanada tumba
si sacrílega diestra el mármol rompe,
yerta, sin vida, sin vigor ni forma
yacia, oh Dios, cuando sintió tu aliento.

Súbito nace el sol: ardiente lumbre
la esfera inunda, y fueron las tinieblas.
Mil y mil mundos en constante giro
al espacio lanzáronse, ensalzando
tu augusto nombre en inmortal concierto
al son inmenso de sus ejes de oro.
En los aires uniéronse las voces
del cordero inocente y ronco tigre,
del águila altanera y la paloma:

los ecos de las fieras tempestades
y el susurro del áura entre los lirios.

Alzóse el primer hombre: la pureza
en su elevada frente difundia
clarísimo esplendor; cual los reflejos
de la naciente, sonrosada aurora
sobre terso cristal de manso rio.
Alzóse y exclamó: *Jehovah sublime,*
Jehovah, santo Jehovah... Por sus mejillas
dos lágrimas corrieron, y en su alma
dulce, secreto, incomprensible, ardiente,
un himno resonó: suspenso el lábio
entonarlo no pudo; mas al trono
subió del Padre de la luz y el dia,
del áura leve en el primer suspiro.

Del polvo levantóse en que yaciera
el Tiempo, y dió un gran paso: las edades
y los siglos nacieron. Tú su fuente
eres, Señor, y el mar en donde espiran.
Los encumbrados árboles brotaron
rompiendo el seno de la tierra vírgen,
hasta perder sus altas cabelleras
en las flotantes nubes: muro frágil
de arena diste al férvido occeano:
él, sin romperlo, combatiólo al punto;
y al recoger sus ondas ya vencidas,
dejó grabado en la azotada márgen
con blanca espuma tu glorioso nombre.

Tu nombre, Jehovah, que siempre, siempre
resuena en mis oidos: yo lo escucho
al descender veloz, lumbroso rayo,
si la tremenda tempestad sonante
lleva su carro por los altos vientos:
en el murmullo de tranquila fuente,
en el himno de blandos ruiseñores
al despuntar serena la alborada,
y del leon en el rugir sonoro
que atruena los desiertos arenales.
Yo lo miro en ignotos caracteres
grabado en las estrellas: yo lo miro
siempre brillar ante mi absorta vista,
do quiera clave en derredor mis ojos.
Tus maravillas mi razon confunden:
desfallezco al cantar tu omnipotencia,
y al levantar mi voz, el torpe labio
no es intérprete fiel del alma ardiente.

Eterno, Sábio, Creador, Inmenso,
Rey de los cielos, de los hombres Padre,
yo admiro tu poder. Allá en la altura
postrados los arcángeles te adoran,
y ante la viva, inextinguible lumbre
en que te envuelves como en nube parda,
ciegos inclinan el semblante hermoso
y con sus alas de jazmin lo velan.
Hablas: la nada humilde te responde
como si fuera ya: su ráudo curso
la máquina del orbe estremecida

suspende con pavor. Así detiene
la planta sorprendido el caminante,
si por primera vez súbito escucha
crugir el alto cedro de los montes
hendido por el rayo que serpea.
La oscura niebla de la edad en lumbre
se torna ante tus ojos: Jehovah grande,
todo es presente para tí; que todo
de tu seno brotó: la negra noche
es no más que la sombra de tu manto,
y ese sol que los mundos ilumina,
débil reflejo de tu excelsa frente.
Las montañas conmuévense en su asiento
y de tus iras con el soplo humean:
su vuelo el aquilon pliega temblando,
y el mar serena las revueltas ondas,
si el eco de tu voz lejos retumba.
Cual hoja que el incendio devorante
consume entre sus llamas, como leve
grano de arena que las aguas sorben,
tus enemigos son, si tú los miras.
Quebrantaron imperios orgullosos
tus santas leyes, ídolos de cieno
adorando en tu altar: pasaba el justo,
seguido del desprecio y la amargura;
y al revolver los ojos á mirarlos,
no vió ni el polvo do se alzaron antes.

Valles de Assur y Canaam sombrios,
abrasados desiertos del Oriente,

tribus que sobre el Cur y el grande Tigris
os alzásteis soberbias, rumoroso
torrente de Cedron, mar que tus ondas
férvidas detuviste, rebramante
Simoun, nuncio fatal de estrago y muerte,
sol encendido, desmayada luna,
lumbreras de las fértiles regiones
del pueblo de Judá, vosotros todos,
todos oísteis las vibrantes arpas
de los bíblicos vates, ensalzando
las maravillas de Jehovah sublime,
del Dios que solo es Dios. Suenan sus himnos
hora en mi alma conmovida. Cante
tambien mi lira en su alabanza, y suba
cual humo azul de religioso incienso
el himno mio por los aires vanos.

Dirá mi gratitud, mi amor profundo;
que si es inmenso tu poder, Dios grande,
de tu bondad el sin igual tesoro
aun resplandece más, y más lo admiro.
Cuando en alas del rayo que fulminas
la esfera cruzas con ligero carro;
cuando tu aliento los imperios hunde
y los disipa como el sol las nieblas;
cuando en diluvio universal el crímen
castigaste con muerte, el pensamiento
herido de pavor, apenas puede
á tí volar entre el horrendo estrago.
Mas se complace en adorarte el hombre

y derrama su espíritu en el tuyo,
cuando en el seno de tu Madre Vírgen
tomas forma mortal, y cuando sientes
cual los mortales del dolor el dardo;
cuando predicas tu divina ciencia;
cuando al ciego das vista; del sepulcro
arrancas á los muertos, y perdonas
á la muger liviana, permitiendo
que tus piés con su bálsamo perfume
y enjugue con su rubia cabellera;
cuando en la Cruz espiras, y tu sangre
fecunda el orbe y purifica el alma.
Y el alma, á quien dos veces diste vida,
¿muda será para ensalzar tu gloria?

Inmundo lodo es el mortal, si clava
estúpidos los ojos en la tierra;
que es más alto, más noble su destino.
¿Podrá haber pecho de insensible bronce
que al contemplar, oh Dios, tus maravillas,
el entusiasmo vividor no agite?
Súbito ardiendo tras alzada cumbre
inmenso globo se levanta y crece,
raudales lanza de brillante fuego,
huye la noche y resplandece el dia.
Anímanse las aguas: ya se visten
de claridad, y trémulas murmuran,
ya mil chispas de luz los aires doran.
Rumor sonoro los antíguos bosques
alzan al sacudir sus cabelleras

del hondo sueño: con la copa erguida
que el gran planeta de fulgor circunda,
parece el cedro gigantesca antorcha.
De rama en rama las ligeras aves
trinando saltan: la feraz llanura,
húmeda con el plácido rocio,
es verde manto que salpican perlas.
De júbilo natura se estremece,
tesoros de belleza la engalanan,
y absorto el hombre al firmamento mira
divisarte creyendo entre las nubes.

Mas ¡ay! que llegará funesta hora
en que todo termine y todo muera,
y en la nada vacía se confunda
y en los abismos hórridos del cáos.
¡Dia terrible! Por los roncos vientos
un eco sonará triste y profundo,
cual el rumor que en los volcanes zumba
amenazando con furiosas llamas;
es el himno del ángel de la muerte
al extender sus alas sobre el orbe.
La tierra con violencia sacudida,
mostrando el fuego que yaciera oculto,
en hondas grietas abrirá su seno;
pasto será de los hirvientes mares.
Trémulo, vacilante, conmovido,
cual suspendida lámpara que arroja
pálida lumbre en templo solitario,
el sol contemplará de espanto lleno

las convulsiones de la gran natura,
la postrera agonia de mil mundos,
del sepulcro en los términos luchando
con la inflexible ley, que al darles vida
fijó su rumbo y numeró sus horas.
Vendran despues tinieblas y silencio,
despues el Tiempo detendrá su planta,
y todo habrá pasado cual torrente
que ráudo descendió sin dejar huella.
Pero tú, Paraiso de los justos,
tú vivirás y reinará el Eterno.

Sevilla.

A LA MELANCOLIA.

Ven con ligero vuelo,
¡oh dulce y virginal melancolia!
calma del corazon, hija del cielo:
ven; ya se cubre de esplendores rojos
el lejano y magnífico occidente,
ya la meditacion dobla mi frente
y se asoma una lágrima á mis ojos.
¡Oh, cuántas veces en tu seno amigo
me halagaron ensueños de ternura!
¡Cuántas plácidas horas de ventura,
lejos del mundo, respiré contigo!
Tú, mi amada, mi hermana, ven ahora;
nunca hácia tí se alzó mi pensamiento
con éxtasis mayor; el desaliento
llega á templar del alma que te adora.

Como las nieblas por el aire vano,
como los rayos de la casta luna
sobre el espejo azul del oceano,
eres hermosa y vaga: del poeta
la lira es tuya y la abrasada mente.
¡Ah! no llameis poeta al que no siente
su tierno influjo que á pensar convida:
dirán sus versos fáciles amores;
mas nunca, humanidad, de tus dolores
eco seran, y es el dolor tu vida.

Ese sol que ha temblado en el ocaso
como rey que desciende de su trono,
con su muerte despierta mi esperanza:
dios material que sobre el orbe lanza
los mil tesoros de su ardiente lumbre,
mañana mismo brillará encendido
en la celeste cumbre.
Y yo, del soplo creador nacido,
soplo que con violencia luchar siento
por quebrantar la cárcel que me oprime,
cuando haya dado el postrimer aliento,
¿no alcanzaré otra vida más sublime?
Ensánchate, alma mia,
y al seno de tu Dios rápida vuela;
él es el grande mar donde los rios
de la existencia nacen y concluyen:
ante su vista las tinieblas huyen
replegando sus velos más sombrios:
y si respira, el universo mundo

se puebla de creaciones;
¿qué inteligencia contará los dones
que brotan de su hábito fecundo?

¡No, no será la mia! Solo tiene
fuerzas para admirarte,
voz para el himno y el humilde ruego,
y, ¡oh potente Hacedor! para adorarte
místico ardor de inextinguible fuego.
Perenal armonía,
gloria siempre serena y siempre pura,
ensueños deliciosos de ventura,
inmortal alegría;
si el astro animador de los amores
en vos difunde sus destellos claros,
dejad, dejad que aduerma mis dolores
con la dulce esperanza de gozaros.
Todo es amor en tí, cielo divino,
el amor eres tú: tú que no cuentas
horas ni siglos, porque en tí no existen
tiempo ni espacio, mutacion ni muerte.
¿Cuándo mis ojos se hartaran de verte,
mis lábios de decirte que te adoro,
oh morada de paz, donde despliega
la augusta eternidad su manto de oro?

Mas no siempre, genial melancolia,
la religion te presta su misterio;
en la delgada niebla transparente
que exhala el valle al declinar el dia,

en el rumor de arrulladora fuente
tambien te miro, y en los yermos campos
cuando huye estio como leve sombra.
Arido el bosque y despojado yace:
entrad en él: sus hojas son la alfombra
que gime á vuestra planta;
á veces implacable las levanta
el furioso aquilon en remolino:
ellas van á merced de su destino
entre confuso polvo y ramos secos;
ayer las ví lucir verdes y bellas,
y hoy, mústias, el rumor de sus querellas
sordos repiten los dolientes ecos.

¡Otoño melancólico y süave!
¡Estacion del poeta! Yo te amo,
porque eres tierna y dulce; porque el ave
canta en tí con más grata melodia,
y tiene el sol más lánguido destello,
y la callada noche más poesia.
La noche, que embelesa mis sentidos,
que embelesa tambien mi pensamiento
con su azulado y puro firmamento
donde brillan los astros suspendidos:
con ese aroma que en los aires vaga,
con esa languidez que me cautiva,
y en el inquieto corazon aviva
el fuego abrasador que me embriaga.

Puede la suerte injusta y despiadada

amargar del poeta la existencia,
perseguirle la envidia emponzoñada
para quien es el génio eterno agravio;
y envanecido con su estéril ciencia
sin comprenderle, condenarle el sábio;
mas ¿qué importa, si logra en ráudo vuelo
desligarse del átomo mezquino,
y llenando su espléndido destino,
huir del mundo y remontarse al cielo?
¿Quién hará oscurecer su altiva mente,
que cual águila osada se levanta,
cuando á los siglos venideros canta
con noble corazon y erguida frente?
Y ¿quién podrá, feliz melancolia,
tu bálsamo negar á sus dolores?
Llegas, y tu benéfico rocio
templa el pesar y el sufrimiento impio.

Y la muger tu imperio
obedece gozosa; que su alma
busca la soledad, busca el misterio.
¡Cómo brilla el semblante de la hermosa,
si lo baña la fiel melancolia!
Azucena parece temblorosa
que dá su adios al moribundo dia,
onda de incienso que flotando sube,
lejana estrella sobre blanca nube.
¡Oh fértil pátria mia,
la de los campos con espigas de oro,
por tus himnos famosa y tu grandeza,

y el ancho Bétis de raudal sonoro!
Para tus hijas la africana palma
cedió su gentileza,
sus galas todas el risueño mayo,
y en su mirada el sol de mediodia
puso el calor de su fecundo rayo.
Bellas son: por do quiera vá extendiendo
la lira sus lóores:
mas cuando cubres tú, melancolia,
su cabeza gentil con triste velo,
exclama el corazon en su alegria:
«¿los ángeles descienden hasta el suelo?»

Ven con ligero vuelo,
¡oh dulce y virginal melancolia!
calma del corazon, hija del cielo:
ven; ya se cubre de esplendores rojos
el lejano y magnífico occidente,
ya la meditacion dobla mi frente
y se asoma una lágrima á mis ojos.

Sevilla 16 de Octubre 1862.

AL SUEÑO.

Tú eres amigo del que llora, y ciñes
con tu poder el universo entero:
memoria de la nada y de la muerte,
hundes al hombre en languidez inerte,
le das tormento ó apacible calma,
cuando rico en fantásticas visiones,
marchitas ó fecundas ilusiones
en los vergeles místicos del alma.

Tal vez desciendes con el tibio rayo
de luna amarillenta en larga noche;
vagas tal vez entre el ramage umbrio
húmedo con las gotas del rocio:
huyes las alboradas luminosas,
y al alzarse las áuras vespertinas,

buscas de algun imperio las ruinas,
y allí con triste magestad reposas.

Al dudoso fulgor de las estrellas
cruza el desierto caravana errante,
y te saluda el árabe viagero
desde la silla del corcel ligero:
llámate hermano del confuso olvido,
y en las altas Pirámides te mira,
y en los escombros de la gran Palmira,
do suena eterno y funeral gemido.

Yo hé visto la creacion adormecida
sin vigor desmayarse entre tus brazos:
te hé visto desplegar el pardo velo
de una á otra parte del inmenso cielo.
¡Melancólica escena! mústio esconde
su faz el sol en la tiniebla impura,
el ave canta, el manantial murmura,
y en vaga voz la soledad responde.

Y giran por la atmósfera perdidos,
cual rica nube de esperanzas llena,
balsámicos aromas de las flores,
juramentos dulcísimos de amores,
aves galanas de ligera pluma,
la luz que espira con la luz que nace,
y todo lentamente se deshace...
¡frágil es la beldad como la espuma!

¿Dónde asientas tu solio? ¿Dónde tienes,
oh Sueño, tu morada? De la noche
entre el horror y lobreguez naciste,
ó, espíritu inmortal, siempre tuviste
en el Empíreo tu dorada silla?
¿Vienes al suelo en lánguido desmayo
á darle paz, ó á fulminar el rayo
cuando el rostro de Dios airado brilla?

A la ignota region de lo infinito
lánzase audaz mi voladora mente,
y contemplar tu alcázar me figuro.
No le circunda tresdoblado muro,
no le alegra la música sonora,
ni turba sus tranquilas soledades
la agitacion vital de las ciudades,
ni el esplendor de la naciente aurora.

Es tu mansion, cual los recuerdos, triste:
eterna, como el alma: misteriosa,
cual lo que esconde el porvenir sombrio.
Mas si otra vez el pensamiento mio
á contemplarla vuelve, se presenta
con nueva faz, como ondeante nube
que por los aires turbulentos sube
y ya enrojece el sol, ya la tormenta.

Vágan allí los génios de mil formas,
mensageros de dichas y dolores;
el rio del olvido lentamente

vá arrastrando su lánguida corriente,
y á su orilla en un tronco macilento
un agudo puñal está clavado:
víbralo el Grande Espíritu indignado,
y le llama el mortal, remordimiento.

Allí no muestra su fulgor el dia,
allí no reina tenebrosa noche,
ni los planetas gíran por la altura.
Dudosa claridad, mística y pura,
es la que flota en desligado ambiente,
hija quizá de la que ostenta el cielo;
mas no infunde pesar, ni dá consuelo,
ni teme ocaso, ni recuerda oriente.

Todo es allí quimérico y extraño,
aire, lumbre, colores y sonidos:
leves las sombras impalpables gíran;
ya temor, gozo ya, recelo inspíran:
ya un eco se alza fúnebre, ya entona
voz apacible cánticos de amores,
ó amenazando asolacion y horrores,
ciñe la tempestad férrea corona.

Y tú, oscura deidad, tú rey antiguo
del hondo cáos que abortara un mundo,
en este alcázar ignorado, oh Sueño,
la ornada sien de lánguido beleño
reclinas entre nubes con grandeza;
y cuando pásan los brillantes dias,

á los mortales en tu aliento envias
imágenes de horror y de belleza.

Tú ante el egipcio Faraon pusiste
el espectro del hambre descarnada;
tú á Jacob inundaste de consuelo,
viendo unirse la tierra con el cielo.
¡Símbolo augusto, del abismo espanto,
que el orbe luego veneró cumplido,
cuando de entrañas de muger nacido
fué un Dios eterno, salvador y santo!

Tú alumbraste la mente del profeta
que anunció en altas voces la ruina
del imperio de Nínive opulento:
él pasó como niebla por el viento:
en humo se tornó su fuerza y nombre:
rotos muros, columnas desiguales,
quedaron solo en vastos arenales
para recuerdo y ejemplar del hombre.

¡Oh Sueño! Tú eres grande: tu morada
quise pintar con temerario anhelo;
ella es el alma de prisiones libre.
En las orillas del ondoso Tibre
vencido el mundo á Roma presentabas
cuando su esfuerzo y su valor lucia;
y cuando débil, sin virtud caia,
con su misma abyeccion la castigabas.

Consejo fiel, ó misterioso anuncio,
bajo arteson dorado, ó choza humilde,
los grandes y abatidos te debieron.
Por tí sus ojos con asombro vieron
entre nubes inciertas mal velado
levantándose en rica lontananza,
cuanto en éxtasis forja la esperanza,
cuanto adora el espíritu exaltado.

Si alguna vez llegares, Sueño amigo,
á mi tranquilo y solitario lecho,
no á mi ardorosa fantasia inquieta
muestres el sacro láuro del poeta
que más encumbre la severa historia;
muéstrame solo cuando esté dormido,
aquel semblante angelical, querido...
¡él es mi antorcha de virtud y gloria!

Sevilla.—Enero.—1861.

ÁNGEL Y MUGER.

EL POETA:—LA VANIDAD.

EL POET. Sigue mis pasos ahora,
que no alce rumor tu planta;
ó más bien, al pensamiento
suelta las ligeras alas.

LA VAN. ¿Dónde me llevas, poeta?
¿Nuevos triunfos se preparan?
¿El héroe vendrá ceñido
de púrpura recamada,
tristes naciones hollando
de sus victorias esclavas?
¿O será sabio profundo
á quien los hombres ensalzan?
¿Tal vez magnate opulento
que sus tesoros derrama?
¿Quieres que yo con mi soplo

llene y trastorne sus almas?
Soy la Vanidad del mundo,
soy del mundo soberana.
¿Adónde me llevas?

EL POET. Mira;
¿qué ves?

LA VAN. Silenciosa estancia,
tranquila como los valles
cuando las aves no cantan,
cuando los llena la noche
y en las flores duerme el áura.
Aposento misterioso
que alumbra suave lámpara,
que mullida alfombra cubre,
que tapizan leves gasas.
Y del vecino jardin
respirando la fragancia,
un ángel que duerme ó vela
en la entreabierta ventana.
Quizá en sueño delicioso
otros mundos vé su alma,
quizá escucha pensativa
cómo los céfiros pásan.
cómo suenan al mecerse
de los árboles las ramas,
cómo en la fuente de mármol
cae murmurando el agua.
¡Es tan niña y es tan bella!
¿Por qué del lecho se aparta,
y la noche y el misterio

busca y goza solitaria?
¿Conoce el amor? ¿Se agita
en su pecho ardiente llama?

El Poet. No; que su frente serena
ninguna nube la empaña,
por esas frescas mejillas
no han corrido acerbas lágrimas,
sus ojos brillan tranquilos
cual las estrellas lejanas,
y aun no probaron sus labios
la hiel de sonrisa amarga.
Mira su rostro y el mio,
y no preguntes quien ama.
Ella es pura como lago
que en sus linfas sosegadas,
refleja la luz del cielo
en las matinales albas,
sin que una quilla lo hienda,
sin que lo enturbie una ráfaga.
Mas vela, porque su mente
á otras regiones se aparta,
porque se extiende á su vista
un inmenso panorama,
y una senda extraña y nueva
en breve hollará su planta.
La juventud le sonrie,
y el sol que alumbre mañana,
la verá con luengo trage,
la verá con ricas galas.
Tal vez sus ropas de niña

con desden contemple ingrata,
mientras ráudo el pensamiento
tras lo porvenir se lanza.
La niña en muger se torna;
el ángel pierde sus alas.

LA VAN. ¡Ella feliz! El sol de los amores
con limpio rayo bañará su frente,
sus plantas hollaran senda de flores,
astro será que brille en el oriente:
por verla, sus raudales bullidores
adormirá el arroyo transparente,
y la onda clara luego desatando,
irá halagüeño su beldad cantando.

Verá más azulado el firmamento,
más dulce el existir, la luz más pura,
respirará más delicioso viento
lleno de aromas, himnos y frescura:
á su alma hablaran con grato acento
las voces mil de la inmortal natura,
y su espléndido manto en lontananza
desplegará á sus ojos la esperanza.

Rosa que en los vergeles de la vida
mañana exhalarás tu olor fragante,
rayo de luna pálida y dormida
que al mismo sol deslumbrarás radiante:
¿quién la hermosura de tu edad florida
podrá mirar sin que suspire amante?
Salve, niña gentil, naciente estrella,

cruza tu cielo con segura huella.

El grato apláuso arrullará tu oido,
deidad serás que inspire dulce fuego,
del amador ante tus piés rendido
ufana oirás el anhelante ruego:
y al entregarte al sueño y al olvido
placentera ilusion llegando luego,
te dará nuevos triunfos, nuevas galas,
y nunca el ángel perderá sus alas.

EL POET. Es la inocencia para el alma pura
la fiel amiga, la beldad mayor,
es la corona que se ciñe el ángel:
¡mísero aquel de cuya sien cayó!
Sus ojos buscan el tranquilo sueño;
¡ay! mas en vano, porque el sueño huyó,
y del recuerdo la punzante espina
clavada tiene el triste corazon.

Cuando sonrie candoroso el niño,
cuando nos habla con su dulce voz,
su rostro alumbra nuestra mústia frente
que el desengaño sin piedad nubló.
El niño es ángel de la tierra impura,
como las flores de los cielos son
esas estrellas, que entre azules nubes
súbito brotan á la voz de Dios.

Ella, que es niña, la tranquila senda
de la inocente infancia recorrió,
y al traspasar el término postrero,
engañadora alzóse la ilusion.
Campos de extrañas y brillantes flores
entonces muda y admirada vió,
y atrás volviendo con placer los ojos.
dijo al sendero de su infancia: *adios.*

Nave que dejas el amigo puerto
de ignotos climas por correr en pos,
si ahora te halagan bonancibles brisas,
¿no puede luego hundirte el aquilon?
Niña que dejas de la edad primera
la dulce paz por juvenil ardor,
¿no puedes luego, si el amor inspiras,
víctima ser de inextinguible amor?

Tal vez empañe solitario llanto
tus ojos puros que luceros son,
cuando contemples que tus dichas huyen
¡ay! para siempre, cual mi dicha huyó.
Tal vez en breve á tu angustiado pecho
hondo suspiro arrancará el dolor,
y atrás la vista con pesar tornando,
digas al tiempo de tu infancia: *adios.*

¿Quién no recuerda su niñez querida
si la copa de hieles apuró?
¡Oh, si la mano del mortal pudiera

del tiempo el curso detener veloz!
¡Si ya que amigo y generoso el cielo
sus ricos dones sobre tí vertió,
siempre decir pudiera en mis cantares:
la niña fué muger y ángel quedó!»

II.

EL POET. Ven y sígueme los pasos,
que no alce rumor tu planta;
ó más bien, al pensamiento
suelta las ligeras alas.
LA VAN. ¿Adónde me llevas?
EL POET. Mira:
¿qué ves?
LA VAN. Silenciosa estancia
tranquila como los valles
cuando las aves no cantan,
cuando los llena la noche
y en las flores duerme el áura.
Aposento misterioso
que alumbra süave lámpara,
que mullida alfombra cubre,
que tapízan leves gasas.
Y en el lecho suntuoso
blandamente reclinada
está una muger dormida;
mas en sus ojos hay lágrimas.
Dí, poeta, ¿por qué llora?
¿Por qué ni en sueños descansa?
EL POET. ¿No la conociste?

LA VAN. No.

EL POET. Al fin, muger desgraciada!
Tambien jamás el que impio
la flor de su tallo arranca,
la conoce cuando gira
por el polvo deshojada.
Tú, la Vanidad del mundo,
emponzoñaste su alma:
ven á contemplar tu obra,
ven á gozarte en sus ánsias.
Amores, triunfos, placeres,
ofreciste ante sus plantas,
y la niña... fué muger,
y el ángel perdió sus alas.

Sevilla. Marzo. 1859.

PÁJAROS Y FLORES.

I.

Pues se juntan las flores y las aves,
hermanos son los pájaros y flores;
gózan ambos los éuros voladores,
gózan las sombras de los bosques graves:
y al rumor de las fuentes más suaves
se entregan á sus plácidos amores,
ya entre las hojas de su tallo erguido,
ya entre las plumas del caliente nido.

II.

Los colores de nácar y esmeralda
con que se viste la espumante ola,
los que la luz del dia tornasola
del verde monte en la risueña falda,
ostentan ambos cual gentil guirnalda

en su móvil estambre, en su corola,
en su lozano y desigual follage,
ó en el vario matiz de su plumage.

III.

Ellos son libres: cuando el yelo frio
esmalta apenas la feraz colina,
cruzando el mar la ráuda golondrina
huye la nube y el turbion sombrio:
en las cumbres de América en estio
el gran condor al cielo se avecina,
mientras cantan aquí con voz de amores
blancas palomas, pardos ruiseñores.

IV.

Mas si á vosotras sugetó natura
á nacer y morir siempre en el suelo,
alzais, oh flores, vuestra frente al cielo,
radiantes de pureza y hermosura:
y no sois menos libres, si en la altura
no podeis extender pujante vuelo;
pues si os coge una mano aborrecida,
dais con la libertad la dulce vida.

V.

En el valle, en el bosque, en la pradera,
junto á ignorado arroyo ó clara fuente,
contemplais en la linfa transparente
vuestra flexible imágen hechicera;
mientras áura balsámica y ligera

fecunda vuestro cáliz blandamente
con invisible gérmen y semilla,
que de otra zona recogió en la orilla.

VI.

Los vientos enmarídan á las flores
á través de los montes y los mares,
los vientos con suavísimos cantares
las halagan y entonan sus amores;
y los vientos tambien en sus furores
marchitas las arrastran á millares:
que del Creador la incomprensible mano
juntó la dicha y el dolor insano.

VII.

Yo las hé visto lánguidas doblarse
al rudo noto y á la voz del trueno:
en polvo vil y en abatido cieno
hé mirado sus hojas agitarse:
las hé escuchado flébiles quejarse
unas con otras en el valle ameno
que la tormenta rugidora, impia,
en páramo de muerte convertia.

VIII.

Y las aves con ala voladora,
mojadas del turbion enfurecido,
buscaban ráudas el seguro nido
bajo la espesa rama salvadora:
trémulo el pecho, en ánsia aterradora,

ni aun osaban alzar triste gemido;
¿qué alcanzarán sus míseros lamentos,
si el rayo, el huracan luchan violentos?

IX.

Pásan las nubes, y en la azul esfera
su arco de triunfo el íris levantando,
con la tierra los cielos abrazando,
es símbolo de paz que el alma espera.
Recobra el campo su beldad primera,
y el bosque sus ramages agitando,
se corona de gotas suspendidas,
que son díamantes por el sol heridas.

X.

Suena el arrullo de leal paloma,
la música de tiernos ruiseñores,
vierten entonces húmedas las flores
la grata esencia de su blando aroma:
sacude el árbol la pintada poma,
se alza un himno feliz de paz y amores,
y al cielo sube cual debido incienso
libre flotando en el espacio inmenso.

XI.

¡Oh, cuántas veces lo escuché gozoso
en las riberas de la pátria mia!
¡Cuántas veces, henchido de alegria,
mi ardiente corazon latió dichoso,
cuando á la selva, al valle rumoroso,

pensativo mis pasos dirigia,
y en soledad dulcísima gozaba,
y en delirios sin nombre me embriagaba!

XII.

Por que os adoro yo, tímidas aves,
y yo, cándidas flores, os adoro;
y en mi alma guardo mi mayor tesoro,
que son afectos nobles y suaves:
y si en mis horas de congojas graves
ni pena muestro, ni piedad imploro,
más de una vez el sentimiento ageno
nubló mi rostro y se abrigó en mi seno.

XIII.

Yo os digo hermanos, pájaros y flores,
por que siempre vivís do quier unidos:
os llamo tiernos, por que sois queridos
de almas puras que os rinden sus amores.
¡Oh, que jamás los cierzos bramadores
echen por tierra vuestros leves nidos,
ni tronchen vuestro tallo en su porfia!
Que alegre y claro os acaricie el dia!

Sevilla.

LA PLAYA DE SANLÚCAR.

Los que buscais un cielo de espléndidos colores,
de sol ardiente y puro, de luna virginal,
un delicioso viento que murmurando amores
os hable y acaricie con vuelo desigual;
Los que vivís soñando regiones de armonia,
mansiones de belleza fantástica, ideal,
venid adonde luce con más fulgor el dia,
donde enlazados crecen los mirtos y el rosal.

Aquí las plantas florecen solas,
aquí tranquilas vienen las olas
llenas de conchas y de coral.
Aquí es perfume todo el espacio:
de la natura templo y palacio
todo respira luz inmortal.

Alma, mi alma, dime,
¿por qué suspiras?
¿Tal vez embelesada
sueñas, deliras?
¡Oh pensamientos!
Como se van las hojas,
id con los vientos.

De la extendida playa por la menuda arena
donde las aguas gímen con espirante son,
donde el sol más dorado, la noche más serena
endulzan los pesares del triste corazon;
Mirad de cien hermosas el pié desnudo y breve,
mirad de sus cabellos la airosa ondulacion,
y el mar, que al recibirlas, entona blando y leve
con plácidos murmullos suavísima cancion.

Ellas, más blancas que las espumas,
libres cual aves de ráudas plumas
que el vuelo tienden á otra region;
Nadando ríen, juegan nadando:
las besa el áura que vá pasando,
les dan las nubes su pabellon.

Despliega el ancha vela
cual fugitivo;
si tardas, navegante,
quedas cautivo.
Naturaleza
irresistible encanto

dió á la belleza.

Dejando atrás de Córdoba las palmas orientales,
dejando de Sevilla los olmos y el laurel,
á reclinarte llegas, oh Bétis, en corales
en este de Sanlúcar espléndido vergel.
Su playa te recibe con amoroso seno,
el mar sale á buscarte, su mágico dosel
te brinda un firmamento magnífico y sereno,
que no oscurece nunca la tempestad cruel.

Playa dichosa, playa querida,
como la abeja por la florida
pradera busca rojo clavel;
Así te busca siempre el poeta,
y de su génio la llama inquieta
si antes dormia, despierta en él.

Porque en tí, playa hermosa,
playa divina,
es el sol más fulgente
cuando declina.
Son más suaves
aguas, flores y luces,
vientos y aves.

Para que nunca fuese que el férvido occeano
sañudo te inundara con olas mil y mil,
te coronó de rocas la Omnipotente mano,
que guardan el tesoro de tu beldad gentil.

En ellas leen las aguas las sempiternas leyes
grabadas hondamente con místico buril:
las esculpió quien hizo con un soplo los reyes,
quien dió existencia al cáos y lluvias al abril.

Luego los hombres que te admiraron,
astro de gloria, *Luz* te llamaron,
perla sin mancha de polvo vil.
Y en tí fijaron templo y morada,
y tú seguistes engalanada
tan hechicera, tan juvenil.

Génios de los placeres,
parad el vuelo;
si buscais bellas tierras,
este es el cielo.
Cielo que inspira
al corazon amores,
fuego á la lira.

Sanlúcar de Barrameda. 27. Julio. 1858.

A MI AMIGO
DON JUAN VALERA.

»¡Dad á los vates que jamás empañan
la clara luz de inspiracion sublime,
glorioso láuro y bendicion eterna!
¡Ellos al hombre elevan y ennoblecen,
ellos conservan el sagrado fuego,
cual las antiguas vírgenes vestales
en torno de la trípode velando!
Así sus himnos generosos vuelan,
vuelan en alas de los tiempos siempre,
del olvido y la muerte vencedores;
no los busqueis en mármoles escritos,
cual si fuesen los nombres de opulentos
próceres, ó monarcas poderosos;
que al fin el mármol como polvo cae
y lo huella la planta indiferente:

buscadlos donde existan los impulsos
del bien, de la virtud; donde germinen
grandiosos pensamientos; donde un rayo
penetre y brille de la luz divina;
buscadlos en las almas: son sus templos.»

Tal exclamaba yo, cuando tus himnos,
caro amigo, leia: gruesas perlas
cayendo sobre láminas de plata,
no tan sonoras son cual sus acentos...
Era la idea generosa y pura,
en magníficas formas revestida,
noble matrona de belleza extraña
ornada con espléndido ropage:
era como la luz en el oriente
si la vela flôtante y blanca nube,
ó cual los frutos de árboles lozanos
entre las flores y las verdes hojas.
¡Cuánto, cuánto gocé! ¡Con qué pujanza
á otra region voló mi fantasia,
mi corazon al tuyo respondiendo;
bien como lira que de sáuce pende
junto al espejo de sereno rio,
se agita con el áura suspirando;
ó si el impulso de aquilon furioso
turba las aguas y el ramage azota,
extremecida, por el monte y valle
su vigorosa vibracion dilata!
¿Pudiera no hallar eco la poesia
en el alma entusiasta del poeta?

Siempre, siempre lo halló, y en mí lo tiene
vivo, profundo, á mi existencia unido,
y tú lo despertaste con tu canto.
¡Dichoso vate, que pintar supiste
á Cristo, quebrantando su sepulcro,
vencedor del imperio de la muerte,
transfigurado y redentor del hombre!
¡Vate feliz, que el inmortal anhelo
retrataste del alma, cuando aspira
á otro ser, á otra vida y otra pátria!
Parece que los bíblicos cantores
su espíritu y su lira te cedieron,
y su vista clarísima, que goza
en la etérea mansion de lo infinito!
Presentas de Colon la gloria excelsa,
ponderas del amor los dulces dones,
de tu Granada el cielo delicioso
y sus floridos valles de esmeralda:
en el sonoro idioma castellano
prestas voz á los altos trovadores
que oyó la Grecia en sus heróicos dias;
á los que entre los bosques de Germania
fantásticas visiones concibieron,
á los que el Sena y Támesis nubloso
y el áureo Tajo lusitano escuchan:
y ya tu propia inspiracion entones,
ya nueva forma dés á extraño acento,
resplandecer sobre tu frente miro
de fúlgido laurel justa corona.

Digno premio á tu afan: ¡oh! si pudiera,
cual tú, elevarme al infinito espacio,
cual tú volar, y en la region fecunda
de los génios alzar mi canto ardiente!
¿Qué entusiasmo frenético podria
mi entusiasmo igualar?... ¡Cómo, rompiendo
este muro de hierro que me oprime,
en olas de armonia difundiera
los mil afectos que en el alma luchan,
las mil ideas que alcanzó la mente!
Mas ¡ay! en lid eterna me consumo;
en esa ruda lid que sostuvieron
el grande Miguel Angel con el mármol,
con los colores Rafael de Urbino:
ya, triunfador, con fuerzas de gigante
pienso tocar á la soñada cumbre,
ya, gastado mi ardor, cáigo en el polvo.
Porque falta á mi intento la palabra,
que encuentro pobre, sin calor, sin vida,
y no responde al alto pensamiento;
doblegarla, fundirla, darle un alma,
poner en ella el corazon del hombre
y de natura misma hacerla imágen...
tal es mi afan, y me fatigo en vano.
Esta empresa es de un Dios: él solo puede
unir lo material con lazo firme
á lo infinito. El génio se le acerca,
mas nunca llega al fin.

Yo, caro amigo,
tal vez distante siempre, de mis dias

veré morir los postrimeros soles;
y entonces ¡ay! aunque doliente y triste,
superior á la envidia, mis acentos
solo diran, como al leer tus himnos:
»Dad á los vates que jamás empañan
la clara luz de inspiracion sublime,
glorioso láuro y bendicion eterna!»

Sevilla.

A CARMEN.

(EN EL BÁILE.)

Aun las flores de doce primaveras
no han mirado tus ojos, y ya lanzan
los rayos luminosos del diamante.
Es purísimo y noble tu semblante
entre las ondas del cabello hermoso
más negro que la noche, y por tu cuerpo,
esbelto cual los álamos nacientes,
si á los primeros céfiros ondean,
irresistible encanto se derrama.
¡Tuyos, niña gentil, mis versos sean!

Sí, que siempre te admiro enagenado
cuando suena la música y te llama.
Sus ecos pueblan del salon inmenso
la dorada y espléndida techumbre:

álzaste leve, y tu beldad aclama
grato rumor de absorta muchedumbre
que con la vista fija te devora.
Tú, inocente, ligera, encantadora,
el ágil pié confias al oido,
flotan las sueltas gasas del vestido
cual rojas nubecillas de la aurora.
Vuelas fugaz: la inspiracion te guia;
no eres la misma tú, que eres ahora
el génio de la danza y la armonia,
un ángel, un espíritu que vive
de entusiasmo, de gracia y sentimiento,
y arrebatado por ardor violento
vierte en torno la vida que recibe.

¿Quién más bella que tú? No lo son tanto
las palomas que cantan sus amores
en valles matizados de claveles
donde crécen el trébol y las rosas;
ni tan galanas son las mariposas
cuando en copas de flores líban mieles.
Triunfa... mas ya la música se apaga...
su postrimer acorde se há extinguido:
¡nunca del corazon embebecido
la divina ilusion que lo embriaga!

Sevilla. 7. Octubre. 1856.

ASPIRACION RELIGIOSA.

Cuando despliega su pujante vuelo
osada el alma mia,
sube y se encumbra á la region del cielo
buscando eterno dia.

Allí le dá la religion su manto,
su antorcha la esperanza,
bebe en la fuente allí del gozo santo,
consuelo y dicha alcanza.

En místicos ensueños se adormece,
la paz y el bien admira,
y un amor misterioso la extremece
y lánguida suspira.

Es que en aquellas áuras inmortales
templa su ardor sublime,
y olvida luego los profundos males
con que el humano gime.

Por eso al descender al bajo suelo
se baña de amargura;
¿quién, si vió el sol espléndido sin velo,
ama la niebla impura?

¿Qué rumor llegará dulce al oido,
le halagará sonoro,
si há escuchado en la altura conmovido
vibrar las arpas de oro?

¡Oh espíritu amador de lo sublime!
¡Cristiano pensamiento!
Desata la cadena que te oprime,
asciende al firmamento!

No es el lodo tu orígen; que es la llama
de santo amor fecundo:
oye la voz que de contínuo clama;
tu pátria no es el mundo!

¡Ay, rompe de la carne el lazo fuerte,
álzate como nube,
y al cielo, triunfadora de la muerte,
sube, alma mia, sube!

EL LAGO.

(TRADUCCION DE LAMARTINE.)

¡Y qué! impelidos siempre á nuevas playas,
sin regreso en la noche arrebatados,
noche eterna y sombria;
¿no podremos jamás de las edades
arrojar en los mares agitados
el ancla un solo dia?

¡Oh lago! El año fué: junto á las ondas
que ella de nuevo contemplar debiera,
yo vengo solo y triste;
mírame en esta peña reclinado,
donde otro tiempo, que veloz huyera,
reclinarse la viste.

Así bramabas tú bajo las rocas,

así contra la márgen te estrellabas
con ira y rabia suma:
así al impulso del ligero viento
sobre sus piés queridos arrojabas
hirviente y blanca espuma.

Una tarde... ¿te acuerdas?... en silencio
vogábamos: dormida la natura
en calma y paz yacia;
solo el golpe del remo cadencioso,
hiriendo acompasado la onda pura,
á lo lejos se oia.

Mas de improviso acentos celestiales
despertaron el eco en tu ribera;
las olas escucharon,
y un cántico exhaló la voz querida;
aromas del amor, que hasta la esfera
desde el polvo se alzaron.

»Suspende, oh tiempo, tu incansable huella!
Un punto detened, horas propicias,
vuestro fugaz destello.
Dejadnos ¡ay! en éxtasis profundo,
saborear las rápidas delicias
de nuestro sol más bello.

Mil infelices con afan os llaman:
corred para los tristes que os imploran,
con giro presuroso.

Al par arrebatadles que sus dias,
los dolores sin fin que les devoran;
olvidad al dichoso.

Mas ¡ay! en vano detenerlas quiero;
el tiempo se desliza y desparece
con planta voladora.
¡Oh noche, sé más lenta! apenas clamo,
y ya el espacio todo se esclarece,
y relumbra la aurora.

Amemos, pues; en la hora fugitiva
goce y adore el alma arrebatada;
que luego no encontramos
ni el hombre puerto, ni la edad ribera;
ella corre al abismo de la nada,
y nosotros pasamos.»

Tiempo envidioso, tan felices horas,
en que el amor nos dá con larga mano
sus dulces alegrias;
¿podrás arrebatar, cual arrebatas,
del que suspira con delirio insano,
los miserables dias?

¿No lograremos ni aun fijar su huella?
Y qué! pasados ya! ¡ya eternamente
y del todo perdidos!
El tiempo, que mil soles alza y borra,
¿jamás querrá volvernos nuevamente

momentos tan queridos?

Nada, pasado, eternidad, abismos
tenebrosos, ¿adónde van los dias
que impios devorais?
Hablad: ¿nos volvereis ese entusiasmo,
esas puras y amantes alegrias,
que ahora nos robais?

¡Oh lago! rocas, grutas, selva opaca!
Ya que os renueva el tiempo y asegura
la juventud y gloria;
conservad de esta noche para siempre,
conserva con amor, bella natura,
siquiera la memoria!

Que viva en tus borrascas y en tu calma,
en tus verdes collados florecidos,
azul y hermoso lago:
y en los abetos y salvages rocas
que estan sobre tus aguas suspendidos
allá en el aire vago.

Viva en el áura que temblando pasa,
en el rumor confuso que tu orilla
alza y repite grave:
y en esa luna de argentada frente,
astro feliz, que en tus cristales brilla
con blanca luz suave.

Que el viento, que la caña gemidora,
los mil aromas que tu dulce ambiente
ligeros perfumaron;
cuanto se vé, se escucha y se respira,
todo á una voz pronuncie eternamente:
»Ellos aquí se amaron!»

Sevilla.

EL CRISTIANO MORIBUNDO.

(TRADUCCION DE LAMARTINE.)

¿Qué escucho? Del sacro bronce
junto á mí la voz resuena!
¿Quiénes son los que piadosos
con lágrimas me rodean?
¿Qué indica el fúnebre canto
y esa antorcha amarillenta?
¿Es tu acento el que me hiere,
oh muerte, por vez postrera?
¿Y es al umbral del sepulcro
cuando mi alma se despierta?

¡Oh tú, de celeste fuego
preciosa y viva centella,
inmortal habitadora
de esta vil cárcel de tierra,

no tiembles; la muerte misma
de prisiones te liberta!
Alza tu vuelo, oh mi alma,
sacudiendo tus cadenas;
¿es morir lanzar el peso
de las humanas miserias?

Sí; ya el tiempo há señalado
de mis horas la postrera.
Mensajeros rutilantes
de las moradas eternas,
¿á qué otros nuevos palacios
me arrebatais por la esfera?
Ya nado en olas de lumbre,
mi horizonte se acrecienta,
y bajó mis piés parece
que huye y se oculta la tierra!

Mas qué! En el solemne instante
que mi espíritu despierta,
¿vienen á herir mis oidos
plegárias y tristes quejas?
Compañeros de destierro,
mi muerte llorais con pena!
Llorais... y en sagrada copa
bebí el olvido, y serena,
tras las borrascas, mi alma
al puerto divino llega!

Sevilla.

MOISÉS LIBERTADO DE LAS AGUAS.

(TRADUCCION DE VÍCTOR HUGO.)

»Mis amigas, venid; las ondas claras
estan más frescas con la luz primera:
el segador en su cabaña duerme
y aun yace solitaria la ribera.
Menfis sordo rumor levanta ahora,
y en este bosque nuestros goces castos
solo contemplará la blanca aurora.
Del arte las soberbias maravillas
órnan el régio alcázar de mi padre
bajo marmóreas bóvedas alzadas;
pero más blandamente á mis miradas
halagan estas plácidas orillas,
que las fuentes de pórfido y de oro.
Los cánticos aéreos de las aves
resuenan con dulzura en mis oidos;

ellos son mis conciertos más queridos:
y al perfume de rico pebetero,
del céfiro que pasa murmurando
el aliento balsámico prefiero!
Venid; que estan las aguas tan serenas,
tan bello el cielo y transparente y puro!...
Dejad flotar sobre las tiernas ramas
de vuestras bandas los azules pliegues:
quitadme ahora el envidioso velo
y mi guirnalda: solazarme á solas
con vosotras anhelo
hoy en el seno de las frescas olas.

Aprestémonos... ¡Ah! Mas ¿qué diviso
entre las vagas nieblas matinales?
Mirad en lontananza,
y no tembleis, ¡oh tímidas doncellas!
Una palmera antigua
por las corrientes impelida avanza:
á los mares distantes
irá, siguiendo su camino incierto:
tal vez viene del fondo del desierto
para ver las Pirámides gigantes!
¿Qué digo? Si doy crédito á mis ojos,
esa es la barca misteriosa de Hérmes,
esa es la concha de la diosa Isis,
bogando en alas de ligeras brisas...
No; es un esquife, donde duerme un niño
sobre las olas, de temor ageno,
cual si durmiese en plácido reposo

de su amorosa madre sobre el seno.
Duerme, y de lejos su flotante cuna
parece un nido de palomas blancas!
A merced de los vientos vaga errante
en esa frágil cuna, que el abismo
está meciendo con falaces ondas!
Ya despierta... ya grita... Acudid prestas,
oh vírgenes de Menfis: ¡ah! ¿qué madre
á su hijo entregar pudo
al azar de las ondas? Ya los brazos
tiende, por todas partes ruge el agua:
¡ay de mí! que no opone más escudo
que su lecho de juncos á la muerte!
Salvémosle... tal vez será ese niño
de la casta Israelita, que proscribe
mi padre airado y fuerte.
Mi padre es muy cruel, á la inocencia
sin piedad persiguiendo!
Débil niño! mi pecho conmoviendo
tu desventura está. Seré tu madre,
cuidaré tu existencia combatida,
y á mi amor deberás y mi ternura
si el nacimiento no, la dulce vida.»

Así habló Ifis, plácida esperanza
de un poderoso rey, cuando seguia
con sus ninfas del Nilo la corriente:
y las beldades, que ella oscurecia,
al verla deponer sus velos de oro,
creyeron ver en la hija de los reyes

la hija divina de las claras ondas.
Bajo su planta leve
ábrese el agua: trémula, piadosa,
marcha hacia el niño que angustiado gime:
la alienta allí la caridad sublime:
toma el esquife. Con su peso ufana,
en su frente el orgullo fuego vivo
enciende y mezcla por la vez primera
al dulce fuego del pudor nativo.
Las linfas bullidoras
divide y toca ya la ansiada orilla,
y apartando las cañas cimbradoras,
al niño que salvó pone en la arena.
Cércanle las doncellas, presentando
á sus absortos ojos
blandas sonrisas de sus lábios rojos,
y castos besos en su frente dando.
Acude tú, que desde lejos sigues
pálida, inquieta, y con dolor temblando,
á tu hijo amado, á quien protege el cielo:
cual si el acaso te guiara, llega:
depon todo recelo;
que al tomar á Moisés entre tus brazos,
tus éxtasis, tu llanto, tu alegria,
no te descubriran; no, porque Ifis
no es madre todavia.

Y luego, en tanto que la régia vírgen
al monarca sangriento
con ademan triunfal presenta el niño

bañado de las lágrimas maternas,
allá en el estrellado firmamento,
los ángeles sus cánticos alzaron
en las liras eternas.

»Raza infelice de Jacob, no gimas
sobre esa tierra que te niega asilo:
ni más tu llanto á la corriente impura
mezcles del Nilo.

Pronto el Jordan te brindará su orilla
y marcharás al prometido suelo:
no temas, no, de tu enemigo el brazo;
quiérelo el cielo.

Por largos años las esclavas tribus
han arrastrado la cadena dura;
el tiempo es ya que redimidas gocen
paz y ventura.

Bajo la faz del niño abandonado
que libertó una vírgen casta y fuerte,
viene el profeta de Siná, que manda
plagas y muerte.

Hombres impíos, ante el Dios eterno
arrodillaos con amor profundo:
salva una *cuna* al Israel: por otra
libre es el mundo.»

SEVILLA POR SAN FERNANDO.

ROMANCE.

I.

Ni con sus palmas Damasco,
que es orgullo de la Siria;
ni coronada de rosas
la africana Alejandria;
ni Estambul, perla sin mancha,
que allá en el Bósforo brilla;
ni los sagrados lugares
de la Meca y de Medina,
son del árabe queridos
como la oriental Sevilla.
La vé el sol y la enamora
bella, floreciente y rica,
cuando desde el puro cielo
un beso de luz le envia!
Mas ya se escondió su disco;

media noche vá corrida;
canta el muezin en la torre;
duerme la ciudad tranquila.
Duerme, y se escucha confuso
el aliento que respira.
Tal se escucha el occeano
reclinado en sus orillas;
el marinero no sabe
si murmura ó si suspira.
A veces rompe el silencio
vaga y lejana armonia,
súbito choque de alfanjes,
rumor de anhelada cita,
si blanca mano descorre
la dorada celosia;
fugitivo eco de pasos
que en la sombra se deslízan...
Misterios son de la noche,
que oculta la noche misma,
y las lumbres de la aurora
desvanecen y disípan.
No disiparán tu pena,
dulce cristiana cautiva,
gloria, por lo bella y pura,
del solar de los Mejias.
No calmarán tus dolores;
que viste en aciago dia
tu asaltada casa ardiendo,
y tu libertad perdida.
El sol que te vió señora

tambien esclava te via;
cercáronte lanzas fieras
de las huestes enemigas;
te deslumbraban las armas,
el son del tambor te heria,
tus piés, que envidiara un ángel,
sangre al caminar vertian.
Entre cien cautivos tristes
así llegaste á Sevilla;
quien de tí no se doliera,
tigre inhumano sería.
Ajataf, monarca moro,
en el tropel confundida
pudo contemplar un punto
la hermosísima cautiva,
y vuelto al oriente el rostro
al Profeta bendecia.
Hurí la llamó de amores,
perla de Basora rica,
del Eden pura azucena
que blanda esencia respira.
La albergó en su régio alcázar,
vistióla sedas moriscas,
tapizó sus aposentos
de bordada argenteria,
siervas le dió las más bellas
de la Persia y la Abisinia.
Mas luego sintió el monarca
de la rosa las espinas,
al despreciar sus halagos

tan honesta como esquiva.
Ella en su pálido rostro
tristeza lleva infinita,
y cuando viene la noche
y de sus guardas la libra,
los miradores desiertos
cruza lenta y pensativa,
y á solas con sus pesares
ó reza, ó gime, ó suspira.
Ahora contempla á sus plantas
la inmensa ciudad dormida,
y así se lamenta al cielo
de las penas que la agítan:
»¡Dios grande! Si yo tuviera
las alas de la paloma,
si yo elevarme pudiera
cual las ondas del aroma;
si tu diestra omnipotente
mi débil pecho tocara,
y al besar la luz mi frente
en mi pátria despertara;
si roto mi cautiverio,
y lejos de mis tiranos,
pudiese ensalzar tu imperio
entre coros de cristianos;
en tu templo colgaria
mi cortada cabellera,
negro sayal vestiria,
tu mística esposa fuera.
Que despojos inhumanos

de los árabes aceros,
mi padre con mis hermanos
murieron cual caballeros.
Y odio el amor de ese moro,
enemigo de tu ley,
y sus pompas y tesoro,
y su corona de rey.
Consuelo del que te implora,
esperanza del que gime,
con tu mano bienhechora,
Señor, tu sierva redime!»
Así con angustia clama
doña Alfonsá de Mejia,
lágrimas del alma puras
por su semblante corrian;
y al ver que Ajataf llegaba,
tiñeron su frente altiva
el carmin de la vergüenza
y los fuegos de la ira.
Por no escuchar sus palabras
ni sufrir su odiosa vista,
á encerrarse en su aposento
huye como cierva esquiva.
Mas no se acercaba solo
el monarca de Sevilla;
que armado de todas armas,
ceño adusto, frente erguida,
manchado con sangre y polvo
el manto de tela rica,
Aben-Hamet, su pariente,

le acompañaba y decia:
»A las puertas de tu alcázar
mi yegua cayó sin vida,
mordieron el polvo frio
los fuertes que me seguian;
en el Eden de los justos
Alá santo los reciba!
Rey! cuando llega el cristiano
como tempestad sombria,
cuando la cruz se levanta
y nuestro pendon se humilla,
¿seguirás en ocio torpe,
esclavo de tu cautiva?
Insepultos mil valientes
yácen en su sangre misma;
si desde aquel rojo lago
guerra y venganza te gritan,
rey, ¿contestarás ¡oh mengua!
que solo el amor te agita?
Que ya del honor las voces
en tu corazon no vibran?
Que... Ajataf, cuando naciste
las estrellas no lucian,
la luna vuelta al ocaso
en menguante se escondia,
silvaban los vientos roncos,
y entre cipreses gemian:
los adivinos dijeron
cosas que llorar hacian.
Piensa en tu trono, en tu honra,

que no vuelve, si es perdida.»
Dice el fiel Hamet y marcha,
mientras su palabra altiva
en los ojos de Ajataf
fiero volcan encendia.
Tan airado queda el rey,
que su mano convulsiva
aprieta el dorado pomo
de la encorvada cuchilla;
y á no ser el consejero
príncipe de su familia,
tan atrevido lenguaje
la vida le costaria.
Luego, calmado el enojo,
cruzaba las galerias
con los ojos inclinados,
con la frente pensativa,
como borrascoso cielo
velado en nubes sombrias.
Mucho pueden sus amores,
mucho el consejo le heria;
que amargas son las verdades,
amargas como el acíbar,
si no viene la lisonja
á endulzarlas con mentiras.
Con sus recelos batalla
mientras cien planes medita;
largas horas pasa en vela,
por largas horas vacila.
Ya con terror espantoso

juzga cierta su ruina;
ya al ver su ciudad tan fuerte,
tan poblada y defendida,
pensando que Aben-Hamet
exageraba ó mentia,
desprecia horóscopos vanos
con mofadora sonrisa.
Mas cuando huyeron las nubes
ante el sol que las disipa,
vió con pasmo un mar de acero
alrededor de Sevilla.
Era el santo rey Fernando,
que volaba á su conquista
con aguerridos infantes
y mucha caballeria.

II.

Dura concha en hondos mares
guarda la preciosa perla;
el oro esquivo se oculta
en los senos de la tierra.
Sevilla, joya de España,
murallas tiene y barreras,
barbacanas la aseguran,
trescientas torres la cercan.
Torres donde antes se alzaron
en rudos tiempos de guerra,
las águilas y la loba
del pueblo romano enseña:
el rojo estandarte godo

que en Guadalete se hundiera,
y donde flotan ahora
sobre las firmes almenas,
bordadas en campo verde
medias-lunas del Profeta.
Guadalquivir, grande rio,
fertilizando sus tierras,
por el poniente la ciñe,
siendo al par gala y defensa;
pero su mejor escudo
y su mayor fortaleza,
son los pechos de sus hijos,
valientes en la pelea.
Cuando en dia de batalla
abre la ciudad sus puertas,
y, como torrente fiero
que bramando se despeña,
cien mil árabes ginetes
sobre voladoras yeguas,
con multitud de peones,
cúbren y asombran la tierra,
Ajataf, puesto á su frente,
invencible se contempla:
y es fama que, al cielo alzando
la armada y pujante diestra,
clamó una vez: »solo el cielo
vencerme en la lid pudiera!»
Mas ya se vé castigado
el grito de su soberbia;
que el Santo Rey con su hueste

la altiva ciudad asedia:
rudo círculo de acero
por todas partes la estrecha,
y vá avanzando, avanzando
como tempestad tremenda.
Ya el ancho campo en Tablada
cúbren enemigas tiendas;
ya de Alfarache el castillo
combate Pelay Correa,
ese Josué de Castilla
que lidiando en La Calera,
detuvo al sol en su curso
porque su victoria viera (1):
ya el infante don Alonso
dejó de Murcia las tierras,
y frente al doblado muro
impunemente campea;
mientras Haros y Girones
con religiosas banderas,
los cruzados acaudillan
y asaltan la Macarena;
y Bonifaz el de Burgos,
que manda trece galeras,

(1) En el lugar llamado La Calera, junto á Segura de Leon, dió una batalla á los moros Pelay Correa. Acercábase con sus sombras la noche, cuando el triunfo se inclinaba á favor de las huestes de Castilla. Temiendo no poder asegurar la victoria en lo que restaba de dia, el adalid cristiano dió una gran voz, como en otro tiempo el israelita Josué: detuvo el sol su carrera, y los árabes fueron completamente vencidos y dispersados. Cuentan y afirman este milagroso acontecimiento los historiadores Francisco Rades, el P. Juan de Pineda, Francisco Ruiz de Vergara, Jacobo Parænes y García Medrano. Aun queda para memoria el monasterio de Ntra. Sra. de Ten-tu-dia, que llaman vulgarmente de Tentúdia, donde se vé el sepulcro del héroe.

rompe el defendido puente
y las naves moras quema.
En vano largas fatigas
al fuerte cristiano aquejan;
su constancia es de diamante,
que ni el duro acero mella.
Si el hambre devastadora
su rostro espantable muestra,
con estériles raices
el soldado se alimenta:
arde el sol con viva llama,
devora la sed intensa,
desfallecen los más bravos
sobre la humeante tierra,
y cercanos á la muerte,
morir luchando desean.
»Valme, clama San Fernando,
valme tú, Vírgen excelsa;
si oyes, Señora, mi ruego,
agua brotará esta peña.»
Y golpeando la roca,
agua brota en larga vena,
y los desmayados pechos
vigor cobran y fé inmensa.
Lidian sin reposo, y vencen;
vencen en la cumbre amena
que el nombre de Buena-vista
aun en nuestros tiempos lleva;
de la otra parte del rio
en las extendidas vegas;

y aun frente del mismo alcázar
sus espadas ensangrientan.
En tanto Ajataf apura
del dolor la copa acerba;
su régio poder vacila,
su estrella brillante mengua.
Ya no le cubre y decora
rico manto de oro y seda,
ni en las zambras y festines
blandas músicas le alegran,
ni en el muelle haren dormido
aspira fragante esencia,
ni ilusiones acaricia,
ni á su cautiva recuerda.
Solo viste rudo acero,
solo en el combate piensa
y en afirmar la corona
que en sus sienes titubea.
Desde la atalaya erguida
del socorro desespera;
solo en la ciudad sitiada
entrar las aves pudieran.
Crece el hambre: cada noche
rumor incesante suena;
son cadáveres que arrojan
y Guadalquivir se lleva:
Ajataf lo escucha y gime,
gime el agua plañidera:
sobre el antes bello rio
no palomas, buitres vuelan.

Tal horror, desastre tanto
el árabe rey contempla,
y ardiente sed de venganza
las entrañas le atormenta.
Sus adalides convoca,
los más fuertes que le restan,
los que en Sevilla nacidos
morir quieren, nó perderla;
los que en Africa luchaban
con leones y panteras,
los creyentes que han besado
el sepulcro del Profeta,
los de esclarecido nombre
y de increibles proezas.
Parte Aben-Hamet dirige,
parte el mismo rey gobierna;
dura lanza de dos hierros
y rápido potro lleva.
No al son de atambores roncos
los queridos muros déjan;
sino con silencio y sombras,
cuando duermen cielo y tierra.
Mas el velador cristiano
vé la tempestad que llega,
y cual leon en su gruta
al audaz contrario espera.
Súbito clamor inmenso
montes y valles atruena,
y el árabe y el cristiano
sus armas y sangre mezclan.

¡Cuánto valor escondieron
para siempre las tinieblas!
¡Qué pálida la alborada
destelló su luz primera
sobre muertos escuadrones
que cúbren la roja tierra!
¡Cuánto furor en el alma
Ajataf vencido lleva!
¡Qué fúnebre, cuando vuelve,
su alcázar desierto encuentra!
Sus valientes ya no víven,
pocos amigos le restan,
y para mayor quebranto
lo salvan de la pelea,
donde, al caer en el polvo,
con gloria y cetro cayera!
Cuando en popular tumulto
sus vasallos se lamentan,
y en altas voces le piden
término á tantas miserias;
cuando exánimes y mústios
á sus guerreros contempla;
cuando, en fin, tras breve plazo
su reino al cristiano entrega
y á morir en otros climas
se lanza en su ráuda yegua,
¡cómo al fiel Hamet envidia
que tendido en sangre queda!
¡Cómo sus palabras tristes
con amargo afan recuerda!

»Cuando tú naciste, rey,
no brillaban las estrellas;
en menguante se escondia
la luna al ocaso vuelta,
entre cipreses los vientos
voces daban lastimeras,
dijeron los adivinos
cosas de dolor y afrenta!»

III.

Abdel-Hacid! Tú labraste
tu maravilloso alcázar,
con techos de esmalte y oro,
con muros de filigrana:
lo cercaste de jardines
ricos de bullentes aguas
y copiaste el Paraiso
en sus grandiosas estancias
donde amor, gloria, poesia,
bronces y mármoles cantan.
En sus áureos chapiteles
la media-luna flotaba...
rey primero de Sevilla,
tú en el sepulcro descansas;
te ha librado Alá piadoso
de contemplar mengua tanta!
Hoy la enseña del Profeta
yace en el polvo humillada,
pálido sol macilento
mira desierto tu alcázar,

huyeron sus odaliscas,
sus guerreros no lo guardan;
ni grita el muezin las horas
en la mezquita cercana,
ni los sonidos se escuchan
de músicas acordadas,
ni placenteras canciones
murmuran las brisas vagas.
Que solo el silencio turban
gemidos, hondas plegarias,
imprecaciones y quejas
que el dolor del pecho arranca.
La revuelta muchedumbre
gira por calles y plazas;
quién sobre el dócil camello
sus hijos y joyas carga,
y se despide con llanto
del suelo que vió su infancia;
quién, empuñando el acero,
su pena y baldon acaba;
quién maldice del Profeta
que á los suyos desampara,
mientras que el cadí suspira
repitiendo: »escrito estaba.»
Y entre el ronco clamoreo
que la multitud levanta,
»adios, Sevilla,» resuena,
»Sevilla, adios,» dice el áura,
y en los osetanos montes
»Sevilla!» el eco dilata.

En tanto con régia pompa,
á las abiertas murallas,
al son de trompas guerreras
el cristiano se adelanta.
De sus ordenadas huestes
brilla el sol sobre las armas;
y desplegando su vuelo
el viento de la mañana,
entre plumas y pendones
himnos de victoria canta.
Ni más heróicos caudillos,
ni más poderosas lanzas
vió con pasmo la morisma,
ni ensalzó nunca la fama.
Delante Pelay Correa
oprime yegua tostada,
que en el choque es peña dura,
relámpago cuando arranca.
Con él vienen Lopez de Haro
y Garci-Perez de Vargas,
muy temido por su esfuerzo
en cortar moras gargantas (1);

---

(1) Este verso no es mio. Forma parte de la octava que, en un tarjeton de madera, acompaña á la espada de Garci-Perez. La octava es como sigue:

«De Fernan Gonzalez fuí
de quien receuí el valor,
y ne le ad-quiri menor
de vn Vargas á quien serui:
soi la Octaua marauilla
en cortar Moras gargantas,
no sabré io decir q uantas;
mas sé, que gané á Seuilla.»

En cuanto á la espada, es una de las más famosas de la cristiandad. Sirvió primeramente al conde Fernan Gonzalez, en el siglo X, y fué enter-

y los insignes maestres
de Alcántara y Calatrava:
los caballeros templarios
cuyo nombre admira el Asia,
y la más lucida gente
que viste yelmo y coraza.
En pos vienen los infantes,
los ricos-homes de fama,
los prelados, que relucen
con oro y telas preciadas,
los nunca humillados hijos
de la indomable Cantábria,
los que libres y valientes
del Ebro beben las aguas,
los leoneses y andaluces
de las fronterizas plazas;
los que son aventureros
y déjan su dulce pátria
donde el ancho Rhin ó el Sena
ruedan con ondas de plata;
y al final el Santo Rey
junto á la Vírgen sin mancha,

---

rada con su dueño. El rey San Fernando la mandó sacar del sepulcro, con huesos del ilustre conde, y la regalaría probablemente á Garci-Perez en premio de su esfuerzo. Tiene una inscripcion en cada cara de la hoja: la primera dice:

D:·E:·L:·C:·O:·N:·D:·E: I:·N:·R:·I:·

La segunda:

D:·E:·F:·E:·R:·N:·A:·N:·G:·O:·N:·Z:·A:·L:·E:·Z:·

Tambien tiene grabada una cruz. Es ancha, fuerte, ligera y flexible, con puño de hierro muy bien labrado. Se guarda con la debida estimacion en la Biblioteca Colombina de Sevilla, donde han sido escritos estos romances.

vestida de estofas de oro,
bajo pálio en ricas andas.
Desnudo el acero empuña
el victorioso monarca,
y en la Reina de los cielos
sus húmedos ojos clava,
do brillan á un tiempo mismo
gloria, valor, piedad santa.
Ya al arenal que se extiende
desde el rio á la muralla,
lentamente, en son de triunfo,
llega la hueste cristiana.
Ajataf á recibirla
abatido se adelanta;
pocos le síguen entonces,
pocos síguen la desgracia.
No lleva régia corona,
lleva dolor en el alma.
Inclinado ante Fernando
su nuevo poder acata,
entrégale de Sevilla
las ricas llaves labradas:
esas simbólicas llaves
con proféticas palabras,
que hoy mismo como reliquias
prestes veneran y guardan (1).

(1) Las llaves se conservan en la capilla de San Fernando, de la catedral, en donde tambien está el cuerpo del conquistador. La inscripcion árabe á que aluden los versos, dice así:

«Abrirá el Rey del cielo.
Entrará el Rey de la tierra.»

No puede más; el aliento,
la fuerza, el valor le faltan,
y ciego y precipitado,
sin saber adónde, marcha.
Marcha en paz, rey sin diadema,
corazon sin esperanza;
tú lidiaste como bueno,
tu pérdida escrita estaba:
si el hado vencerte pudo,
á deshonrarte no alcanza.
Mas... ¿qué vítores resuenan
en la ciudad conquistada,
cuando la triunfante hueste
por las calles se derrama?
Se oyen de júbilo gritos,
vibran cánticos de gracias:
son los cautivos cristianos
que ya sus cadenas lanzan,
que abiertas vén sus prisiones
por el Dios de las batallas,
y al puro sol de los libres
sus pálidas frentes álzan.
¡Con qué delicia contemplan
la luz y las nubes vagas
que el firmamento coloran
de púrpura, azul y plata!
¡Con cuánta avidez respíran
errantes y leves áuras!
Padres, queridas esposas,
dulces hijos les aguardan,

y combates y altos hechos
donde ganar honra clara.
Nadie espera á doña Alfonsa,
la noble y honesta dama,
que de Ajataf los amores
rechazó como cristiana.
Sus parientes muertos fueron,
su hogar abrasó la llama;
¿qué le resta? Su fé viva
que á los cielos la levanta.
Fé, inextinguible en su pecho,
que reflejó en su mirada,
cuando más tarde cumplia
su promesa ante las aras,
y que ahora la conduce
á la basílica santa,
ayer impura mezquita
de la secta mahometana.
En su espacioso recinto
se elevan himnos de gracias,
gira el religioso incienso
en flotantes oleadas:
todo un pueblo reverente
al Dios verdadero alaba,
y la voz del sacerdote
conmueve todas las almas.
Cuenta de Israel victorias
cuando Moisés le guiaba,
de los fuertes Macabeos
las portentosas hazañas,

el triunfo de Constantino
debido á la cruz sagrada;
y del español Pelayo
la empresa inmortal ensalza.
Descubiertas las cabezas
y las rodillas dobladas,
óyenle aquellos guerreros
que lidiaron cien batallas,
y áun muestran con digno orgullo
sangrientas y rotas armas.
Sobre sus tostados rostros
brillan de entusiasmo lágrimas;
y al salir del nuevo templo
que al cielo ganó su espada,
al ver la ciudad inmensa
de grandeza extraordinaria,
á un tiempo en mil y mil voces
con robusto acento claman:
»Sevilla por nuestro Rey:
Sevilla, ciudad cristiana.»

FRAGMENTOS

DE LA LEYENDA TITULADA

LA CRUZ DEL CAMINO.

INTRODUCCION.

Bajo un cielo siempre triste,
siempre tormentoso y frio,
que cruza el águila sola
en rápido y alto giro,
álzase un monte al que ciñe
tosca diadema de riscos,
como rey de la comarca
sobre otros montes erguido
Por sus costados serpea
yermo y pendiente camino:
en medio de él una cruz
tiende sus brazos benditos:
parece la protectora
de aquellos agrestes sitios
donde gime solo el viento

entre los robles antiguos,
ó la peña desprendida
que vá rodando al abismo.
Ninguno alcanza su orígen:
el tiempo lo há oscurecido
con su manto misterioso
y sus cuentos peregrinos.
¿Será de piedad y fé
dulce recuerdo sencillo?
¿Esa cruz daba su sombra
á una ermita en otro siglo,
ó es algun remordimiento
tal vez quien alzarla hizo?...
Ella está gastada y rota;
la lluvia la há combatido,
mil y mil veces inmoble
sufrió el aquilon impío;
mas tiene de verde musgo
su pedestal revestido,
al lado sus blancas flores
ostenta el punzante espino,
y no cruza el pasagero
sin exhalar un suspiro,
sin que el rezo venga al labio
desde el corazon más tibio;
que tan muda y solitaria
en medio el bosque sombrio,
excita tristes memorias...
¡triste es la Cruz del Camino!

Yo me hé sentado á su pié
bajo sus brazos tendidos,
dando rienda al pensamiento
que volaba á lo infinito:
abajo está un hondo valle
solitario y escondido,
en donde silva el pastor
viendo trepar á los riscos
la suelta y ligera cabra,
que es blanco vellon de armiño.
Huyendo vá por el fondo
con lento paso tardio,
sin flores y sin murmullo
pobre raudal cristalino,
sobre el que ondula pesada
la niebla parda y sin brillo,
como lago de aguas muertas
en sus márgenes dormido.
Y allá en la altura las rocas
colgando sobre el abismo,
pálidos arbustos secos
que á los vientos dan gemidos,
un cielo que no sonrie,
y sobre el bosque, tendido
cual cadáver de un gigante,
el sol moribundo y frio.

Voluptuosas praderas
bañadas de arrojos limpios,
llenas de aromas y flores

y de murmullos tranquilos,
frescos y puros vergeles,
de amor felices retiros,
donde las aves entonan
alborozadas sus himnos,
y corre grata la vida
bajo cielo azul y amigo,
cien y cien veces gozoso
en mi dulce pátria hé visto;
¡ay! jamás me cautivaron
como este monte sombrio
con sus viejos encinares,
con sus hondos precipicios!
¿Por qué la rosa si ostenta,
sus hojas de esmalte vivo
á las luces de la aurora,
del céfiro á los suspiros,
no eleva tanto mi mente,
no conmueve el pecho mio,
como un tronco destrozado
del rayo implacable herido?
Porque el dolor es el rey
que manda nuestro destino:
un Dios sublime ser hombre
por amor al hombre quiso,
y la copa de la vida
fué amarga á sus labios mismos.
Los que tambien su amargura
al libarla habeis sentido,
¡ay! venid, leed mis versos;

que son mis versos gemidos!

Mas de la hermosa esperanza
no muera el fuego divino;
tras el desierto abrasado
está el oásis tranquilo
donde las palmas cimbrean
al céfiro fugitivo,
murmura blanda la fuente,
y sobre césped florido
la sien pesada reclina
soñoliento el peregrino.
Acaba en la dicha el llanto,
lo mortal en lo infinito.
Esa cruz, la senda, el monte,
aquellos agrestes sitios
revelaron al poeta
sus misterios escondidos,
y mi alma soñadora
otras edades há visto,
en sus éxtasis salvando
el torrente de los siglos.

Los que dolores profundos
llevais en la frente escritos,
¡ay! venid, leed, mis versos;
que son mis versos gemidos!

I.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Como palomas si en alto vuelo
vân silenciosas al dulce nido,
plácidas nubes del vago cielo
cruzan el aire, que está dormido.

La luna es clara, la noche pura,
grata desciende serena lumbre,
brilla y se esparce por la llanura,
corona y viste la alzada cumbre.

Quiebra en las hojas de los rosales
en leves chispas sus resplandores,
tiembla indecisa con los cristales
de limpia fuente que canta amores.

Acaso ráuda, fugaz estrella,
pása volando, se desvanece;
tal la esperanza querida y bella
nos brinda goces, luego perece.

El aire es bálsamo lleno de vida,
lleno y colmado de olor suave,
y allá en lejana selva escondida
su dicha ó pena murmura el ave.

¡Hora felice, calma hechicera,
santa armonia y amor fecundo,
sois una imágen de la primera
lánguida noche que durmió el mundo!

Vosotros dais rumor al viento,
sombras al valle y al mar gemidos,
fogosas alas al pensamiento,
himnos al alma jamás oidos.

Templais vosotros la amarga pena
con vuestra dulce melancolia,
como tormenta que se serena
al tibio rayo del nuevo dia.

Si dais la calma consoladora
al triste pecho más lastimado,
¡ay! ¿quién os huye? ¿quién no os adora?
¿quién por dichoso nunca há llorado?

Inquieta os busca y os ama Elvira
y os habla á solas, fieles amigos,
de sus dolores cuando suspira,
Dios y la noche son los testigos.

Dios y la noche... Dios bondadoso,
la noche toda misterio y calma:
¿en qué otro seno dulce reposo
de sus pesares encuentra el alma?

Y esta bondad y misterio
que nuestras penas mitigan,
con el pensamiento blando
de la muger armonizan
cuando las áuras primeras
de la juventud respira.
Que es su corazon entonces
móvil y vibrante lira,
es un poema viviente
de amor, ternura infinita:
¡dichoso quien lo comprenda!
¡soñar con él es delicia!
Mas por las gradas de mármol
desciende al jardin Elvira,
al jardin lleno de flores
que cuidó su mano amiga,
y hora secas agitando
las hojas descoloridas,
parece que se lamentan
á los soplos de las brisas.
Las calles de verdes árboles
con ramas entretegidas
que quiebran del sol los rayos
en su bóveda sombria;
las rosas que al musgo espeso
reflejan purpúreas tintas,
las violetas que se ocultan
con las yerbas confundidas,
esa fuente que murmura
de madreselva vestida

y en ancho tazon de rocas
vierte bullidoras linfas,
¡cuántos recuerdos despiertan
en el ánimo de Elvira!
No há mucho la deleitaban;
era feliz... era niña:
hoy su corazon no llenan;
voló yá la edad querida!
Es muger: muger que adora,
que sufre ausente y suspira.
Cielo! las nieves del monte
la cumbre alzada cubrian
cuando él partió, y aun no vuelve:
y yá su postrer sonrisa
dá á los campos agostados
primavera fugitiva,
y él no vuelve... ¿por qué tarda?
¿feliz sin verla respira?
¡A ella, que las horas cuenta
por las penas que la agítan!
Mas con planta inquieta y leve
llega á la fuente escondida:
aquí fué donde Rodrigo
adios, adios, dijo á Elvira,
y una lágrima rodaba
por su tostada mejilla,
y se oscureció su frente
cual estrella en noche umbria.
¿Habrá mentido? ¿Será
esa lágrima fingida?...

Como paloma inocente
que bajo las alas tibias
su cabeza moribunda
esconde al perder la vida,
así la jóven amante
su rostro de ángel inclina;
y su suelta cabellera
que á la luz nocturna brilla,
es rico manto de oro
que la cubre y la acaricia.
Mas yá su rayo postrero
la luna lanzó indecisa,
y yá las nubes arrollan
sus tinieblas extendidas,
como tienda del desierto
así que la noche es ida
recoge sus pabellones,
antes que despunte el dia.
La soledad y las sombras
huyen, y son tus amigas;
huye tú tambien, oh vírgen,
alma que amor diviniza,
la tierra son tus prisiones,
el cielo tu pátria antigua.
Lloraron tanto tus ojos,
tu frente está tan marchita,
que no ocultarás tu pena
del sol á la lumbre viva.
Y profanando tu llama,
que no será comprendida,

¿quieres que todos pregunten,
por qué palidece Elvira?
Huye tú tambien, oh vírgen,
antes que despunte el dia.

II.

Cuando atraviesa el tardo peregrino
por donde el Ebro desemboca y muere,
párase un punto y de piedad suspira.
Es que allí el aire mismo que respira
con peso grave el corazon le oprime,
y todo estragos á su vista ofrece:
es que allí melancólico aparece
de las ruinas el horror sublime.

Vé derribados por el yermo campo
acá y allá los arcos y los muros,
y cual del rayo asolador heridas
altas almenas rotas y esparcidas.
Fúnebre luz destella el firmamento,
sobre escombros extiéndese la yedra,
y entre las grietas de la hendida piedra
la yerba larga ondea con el viento.

Es muy triste la voz de las ruinas
que hasta el dorado sol visita mústio:
parecen anunciar al caminante
que este globo sereno y centellante
tan ufano y glorioso en su carrera
cuando tesoros mil fecundo vierte,

al fin del tiempo encontrará la muerte;
¡tambien su edad se pasará ligera!

Esos confusos restos mutilados,
antes se alzaban cual feudal castillo:
volved atrás el dócil pensamiento
y erguido lo vereis en su cimiento,
con honda cava y pardos torreones,
sonando al grito de combate y gloria,
ufano de sus timbres y su historia
y lleno de encantadas tradiciones.

Su último Conde amargo desconsuelo
sentia en el espíritu doliente,
y mudo el lábio su pesar callaba.
Su frente severísima nublaba
sombra tenaz, y solo y vagabundo
los inmensos salones recorria,
siempre en el suelo la mirada fria,
siempre entregado á meditar profundo.

Ante su ceño adusto los vasallos
palidecian, y sus hombres de armas
ya no escuchaban el clarin guerrero,
ni fulminaban el tajante acero.
¿Era que el Conde, de la lid cansado,
no ambicionaba triunfos ni laureles,
ó que males ocultos y crueles
laceraban su ánimo agitado?...

En un ancho sillon de ébano triste
miraba á veces transcurrir las horas
inmóvil, mudo como roca dura.
Tan solo de su Elvira la voz pura,
de su hija, su amor y su tesoro,
le despertaba al mundo y á la vida:
él borraba una lágrima vertida
y acariciaba sus cabellos de oro.

De sus ojos azules, transparentes
como gotas del mar, la pura lumbre
con ansiedad bebia, y escuchaba
su acento delicioso que sonaba
cual arpa acariciada por el viento.
Era un ángel: del Ebro la ribera
nunca vió otra beldad más hechicera,
ni la pudo crear el pensamiento.

Y en cuerpo tan hermoso un alma vírgen,
llena de fé, de amor y de ilusiones,
un corazon bañado de ternura,
firme al dolor, modesto en la ventura,
pronto á la voz de la piedad y el llanto...
Elvira, flor del mundo, perla rara,
¿quién extático al verte no admirara
tantas virtudes y divino encanto?

La admira y ama el Conde: en sus rodillas
la tuvo, y la escuchó llamarle padre
niña, muy niña, por la vez primera.

Y ella tan solo de su faz severa
consigue disipar la nube impia;
sol que desparce borrascoso velo,
y vuelve á dar al marchitado suelo
la dulce luz y claridad del dia.

Mas torna luego á su dolor profundo
y de su hija con desden se aparta
despues de contemplarla conmovido.
Reprime entre sus labios un gemido
la tierna jóven cuando huir le mira;
y al extinguirse el eco de su huella,
melancólica y mústia se querella
y cual paloma en soledad suspira.

No aumenteis su pesar: el Conde en tanto
sube una corva graderia, y llega
del soberbio castillo á la alta torre.
Bajo sus plantas murmurando corre
el Ebro, en claras ondas opulento,
la extendida llanura fecundando,
en donde agita fácil revolando
crecidas mieses el sonoro viento.

Mira las casas blancas y las chozas
que el humo del hogar corona en torno;
oye cantar al labrador tostado
bajo los rubios trigos encorvado:
no lejos por la plácida colina
la vid prospera trepadora y verde,

y allá en la selva montaraz se pierde
cerrando el cuadro la robusta encina.

Todo es suyo: cual águila del monte
que mide audaz el dilatado espacio
y tiende el ala y de él se enseñorea,
en cuanto allí desde la torre ojea
el Conde manda cual señor y dueño:
todo la ley respeta de su espada;
mas á curar su mal no alcanza nada;
nada le brinda con tranquilo sueño.

«¿De qué sirve, ¡oh furor! tener vasallos,
fortaleza con doble y recio muro,
y vencedor pendon fijo en su almena;
si nada basta á mitigar la pena
que el agitado pecho me devora
y está mi vida entera consumiendo,
si el moribundo sol me halla sufriendo
y sufro aún al despertar la aurora?...»

Habla así el Conde, y los airados ojos
vuelve á otra parte y en el mar los clava.
Generador eterno de armonias,
cuna y tambien sepulcro de los dias,
de Dios sublime gigantesca hechura,
extiende allí con magestad sus olas,
y al tocar en las playas españolas
parece que amenaza ó que murmura.

Tiene el mar un lenguage misterioso
que el pensativo espíritu comprende
cuando se abisma en éxtasis profundo.
Ya resonando férvido, iracundo,
como atado leon lanza un rugido,
ó vibra con los tonos de la lira,
ó cual blanda paloma que suspira
canta con melancólico gemido.

Y no elevan los bosques un susurro,
ni un grito el huracan entre las peñas,
ni un estampido el fragoroso trueno,
que el mar, de voces armoniosas lleno,
en sí no tenga: osado los arroja
cuando violento el aquilon le oprime,
cuando la brisa desmayada gime
y en él sus alas perfumadas moja.

Tú reflejas, oh mar, los mil colores
del íris vario y el brillante cielo
en la extension de tu cristal profundo.
Padre y tirano destructor del mundo,
lo llenas de hermosura y de ruinas:
debajo de tus rápidas corrientes,
tu asiento son hundidos continentes
donde en paz desdeñoso te reclinas.

Tal eres, tal serás, hasta que el tiempo
sople la llama de la vida: entonces
sufrirás, como el orbe, tu destino:

El mismo sol su resplandor divino
al verte cubrirá con nieblas frias,
sonará tu gemido postrimero,
y habrás llegado, errante pasagero,
adonde ván las horas y los dias.

Mas entre tanto, gózate en tu pompa
y ostenta en tu magnífica diadema
témpanos yertos y abrasadas palmas.
Y sufre, oh mar, que las dolientes almas
por tu ribera solitaria vaguen,
que óigan tu melancólico ruido,
y uniendo al tuyo su infeliz gemido,
en tu esencia infinita se embriaguen.

Tal en acorde triste y lastimero
la enamorada musa de la Grecia,
con el tuyo su acento confundia.
Y á tu rumor allá en Alejandria
las sublimes doctrinas meditaba
del gran Platon Hipátia silenciosa,
y su frente purísima y hermosa
como la estrella matinal brillaba.

Y Belisario mísero, y el ciego
y antiguo Homero pálidos venian
á tu desierto límite de arena.
Tu voz hablaba entonces con su pena,
y huyendo ráudas y sonantes luego
las crespas ondas de la estéril playa,

llevaban á do el sol su luz desmaya,
himnos, quejas y lágrimas de fuego.

Mas ¡ay! jamás ninguno tan terrible
la escuchó poderosa resonando,
cual la oye el Conde con pavor ahora;
pues el que gime, el que afligido llora,
puede calmar su triste sentimiento;
no así quien vé pasar ante sus ojos
mudos espectros en su sangre rojos,
víctima de tenaz remordimiento.

Aquellas ondas que á sus piés se estrellan,
aquel rumor que por instantes crece
la conmovida tierra amenazando,
aquellas nubes trémulas flotando
por la extension del borrascoso cielo
que hora se muestra lúgubre, iracundo,
ese sol desmayado y moribundo
que ya desciende en silencioso vuelo;

Son para el Conde, que abismado yace,
vivos recuerdos de su antiguo crímen.
Así el inmenso piélago rugia,
así bajaba el luminar del dia
envuelta en nubes la turbada frente,
y la ancha tierra con pavor temblaba,
así lejano el trueno retumbaba,
cuando impune vertió sangre inocente.

Impune! el mundo le brindó sus glorias,
oro y placeres y vasallos tuvo,
fieros combates decidió su espada;
pero la justa sangre derramada
tiñe con largo rastro su camino,
le persigue do quier como su sombra,
y de la noche en el horror le asombra
hasta en sueños gritándole: «¡asesino!»

Tal es el nombre vil que siempre escucha,
que el viento dice, que repite el eco,
que imagina llevar eternamente
con inflamadas letras en su frente
donde la historia de su crímen sella:
y al verla allí cual maldicion divina,
le desprecia en su pecho y le abomina
el mismo siervo que besó su huella.

Un tiempo, al despertar de su delirio,
las tremendas visiones disipaba
rígido acento de clarin sonoro.
El penachudo yelmo ornado en oro
su revuelto cabello recogia,
y desnudando el matador acero,
sueltas las riendas al corcel ligero,
á las lides intrépido corria.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

VALOR Y LEALTAD A UN TIEMPO.

I.

Sobre corpulentas yeguas
cavalgan diez caballeros:
no llevan leves penachos
flotando á merced del viento,
no ván de lucientes galas
y ricos mantos cubiertos;
sino abatidos y mústios,
lentamente y en silencio,
tropezando en las tinieblas
por escabrosos senderos.
Cansados están sus brazos,
hendidos están sus yelmos,
de sus pechos jadeantes
muy ronco sale el aliento.
El adalid que los guia

el rostro lleva encubierto,
cual si las sombras no fuesen
bastante túpido velo.
Ya tocan las oraciones
las campanas á lo lejos:
son las campanas humildes
de la villa de Escamplero.
Por aquellos ágrios campos
difunden sus tristes ecos,
y al perdido caminante
parece que están diciendo:
mira: es la noche: ya empiezan
la plegária y el misterio.
Paráronse los ginetes,
y tras de breve consejo,
sus corceles aguijando
penetraron en el pueblo.
Desiertas se vén sus calles;
no hay luz, ni edificio abierto,
ni rondador que de amores
entone sentidos versos.
Al rumor de las pisadas
que turba el hondo silencio,
ninguna vetusta puerta
giró en sus goznes de hierro;
nadie, por ver quién pasaba,
á la alta reja saliendo,
mostró curioso el semblante,
por indiferencia ó miedo;
aquel lugar tan sombrio

dormido parece ó muerto.
Solo al fin, cuando llegaron
de la villa al otro extremo,
en un caseron que muestra
tosco escudo berroqueño,
gótico balcon antiguo
destrozado por el tiempo,
ancha portada con arco
formando punta en su centro,
cuyas señas le acreditan
de ser hogar solariego,
voces, pasos y ladridos
los caminantes oyeron.
Adelantóse su gefe,
y sobre el porton inmenso,
de su daga con el puño
golpe descargó violento.
Rechinaron los cerrojos
al duro son respondiendo,
destellos de luz pasaron
los mal unidos maderos,
una voz robusta y firme
»¿quién vá?» preguntó de adentro,
y casi en el mismo punto
las puertas en par se abrieron.
Al fulgor de humosa antorcha
que tiembla al soplo del viento,
y levantada la diestra
conduce un rudo labriego,
apareció en los umbrales

de aquella mansion el dueño.
Era de altiva presencia,
rostro audaz, doblados miembros;
su nombre Rodrigo Alfonso,
bien conocido en el pueblo,
y en donde quiera que pudo
mostrar su indomable esfuerzo;
que es cazador en las paces,
y en las lides es guerrero.
Si empuña el ancho cuchillo,
rasga al oso el duro pecho:
postra de un bote de lanza
al caballo y caballero;
pocos al fuerte asturiano
se igualarán cuerpo á cuerpo.
Empuña un venablo agudo
y en pos le sigue su perro;
que no sabe quién le aguarda,
y abrir la puerta no es cuerdo,
cuando abundan las sorpresas
en tan borrascosos tiempos;
cuando toda España lucha
partida en bandos diversos;
unos proclaman á Enrique,
otros síguen á don Pedro.
Mas tiene el buen asturiano
hecho noble juramento
de albergar al peregrino
bajo hospitalario techo.
Alfonso vió á los ginetes

cansados y macilentos,
y —¿qué quereis? les pregunta.
—Tan solo, honrado escudero,
posada y lumbre esta noche:
contestó el gefe encubierto,
sin levantar la visera
sobre el abollado yelmo.
—Pues entrad: la noche es fria
y cruza silvando el viento.
Entrad... mas... ¿en qué pensais?
¿No me habeis oido?—Pienso,
si os traerá nuestro hospedage
algun daño ó grave riesgo;
y siendo así, por Dios santo,
al campo volver prefiero.
Sabed que de don Enrique
los pendones defendemos:
sabed que enemigos somos
del tirano rey don Pedro.
—¿Qué decis? De ese malvado,
asesino de sus pueblos?
De ese tigre con diadema,
siempre de sangre sediento?
Entrad, hermano: mi casa,
mi brazo y poder son vuestros.
Entraron: ya desceñidos
almetes y duros petos,
del cansancio reposaban
cobrando vigor y aliento.
Sobre el hogar inflamado

colgaba enorme caldero;
un tronco bajo él ardia
calentando el aposento:
su rojo esplendor temblaba
por los dilatados techos:
y en torno de sóbria mesa
sentados los caballeros,
con aquel su franco huésped
sendas pláticas tuvieron.
Entonces, pues es costumbre
bastante añeja por cierto,
antes de hablar en sustancia,
hablaron largo del tiempo,
de la nieve que caia,
del rayo que asustó al pueblo,
de los campos anegados
y los caminos desiertos,
con otras cien novedades
sabidas por todos ellos.
Despues, entre varios puntos,
la caza ocupó su puesto:
tratóse cómo se forman
alcones fuertes y diestros,
cómo azores y neblíes
deben levantar el vuelo;
cuál es el instante propio
de lanzar dardo certero,
que al par la carrera y vida
termine del ráudo ciervo;
y cómo se espera al oso

oculto en terrible acecho,
y si es ballesta ó cuchillo
lo que há de usar el montero.
Mas el gefe que escuchaba
guardando largo silencio,
de la caza y sus azares
muy lejos su pensamiento,
alzó el pálido semblante
y al huésped dijo:—Yo quiero,
pues hombre sois decidido,
daros mi amistad por premio.
Al abrirnos vuestra casa,
ví muy torvo vuestro ceño,
en vuestra mano un venablo,
detrás de vos vuestro perro.
Despues evitaros quise
algun daño ó grave riesgo,
y os confesé abiertamente
ser contrario de don Pedro.
Entonces de vuestros ojos
se templó el ardiente fuego,
y exclamásteis: »sois mi hermano;
mi brazo y poder son vuestros.»
Pues os decis enemigo
del cruel monarca fiero,
pues me ofreceis alianza,
yo vuestra alianza acepto.
La premiaré largamente,
Dios testigo, andando el tiempo:
hijos-dalgos muy erguidos

serán vuestros escuderos:
habitareis en palacio,
sereis magnate del reino.
Si preguntais quién os hàce
tan altos ofrecimientos,
os diré que es don Enrique,
y que ese... soy yo: sabedlo.

ROMANCE II.

Por los términos de Astúrias
muy grande guerra se hacia;
los vasallos de don Pedro
á su señor defendian,
mientras cáuto don Enrique
fortificaba sus villas.
Las de Gijon y Noreña
por él estaban guarnidas,
y en muchos fuertes castillos
tambien su pendon lucia.
Nada deja á la fortuna;
que es falaz, voltária amiga,
y mar borrascoso donde
naufragan los que confian.
Es incansable, y la lucha
promueve, dirige, atiza,
ya combate con la espada,
ya se ayuda con la intriga,
y mientras contrarios hiere,
parciales do quier conquista.
Tal lo fué Rodrigo Alfonso,

que apenas el sol lucia,
cuando armado se presenta
de don Enrique á la vista.
Con él vienen siete hidalgos (1),
todos de su sangre misma,
y como déudos, amigos;
gente briosa y altiva.
Promesa hicieron solemne
de perder antes las vidas,
que sufrir de un rey tirano
insolentes demasias:
las crueldades de don Pedro
exageran y acriminan,
y á los cercanos lugares
ráudos mensages envian.
Pronto montañeses rudos
desde las cumbres vecinas
descienden como torrentes
que al valle se precipitan:
y hervidora muchedumbre
por calles y plazas gira,
ocupando de Escamplero
la pobre y humilde villa.
Mueras dán al rey que huella

(1) Llamábanse Sebastian y Alfonso de Tamargo, Marino Perez, Pedro Marinez, Diego de Andallon, Juan Rodriguez de Balsera y Rodrigo su hermano. Estos son los llamados *Escuderos de las Regueras;* los que, así como Alfonso de Escamplero, fueron recompensados largamente por su lealtad por los reyes de la dinastia de Trastamara; como consta de un privilegio que hace poco se conservaba en la misma casa de los Alfonsos de Escamplero, donde se hospedó don Enrique.

fueros, piedad y justicia,
y á su hermano y enemigo
plácemes y ardientes vivas.
Unos empuñan lanzones,
mazas de clavos guarnidas,
otros de ballesta armados
preparan mortales viras;
quién en giros circulares
la honda silvadora agita,
con que al ginete más firme
de su caballo derriba;
quién á sus brazos de atleta
solo la victoria fia,
y espera vestir en breve,
de su valor por insignia,
una espléndida armadura
de temple y labor prolija,
que á cualquier prócer guerrero
piensa arrancar con la vida.
Mas ya la encorvada trompa
largo son al aire envia,
despliégase ancha bandera
con el blason de Castilla,
y la muchedumbre armada
váse ordenando por filas.
Al frente están don Enrique,
los ginetes que traia,
Rodrigo y los siete hidalgos
que por combatir suspiran.
Pronto salen de Escamplero,

pronto cruzan la campiña,
pronto del cercano monte
doblan las enhiestas cimas.
Tocan ya donde el camino
se parte en ramas distintas:
—decid, pregunta un ginete,
¿cuál tomamos de estas vias?
—La que lleva á Sancucado (1),
fortaleza bien bastida;
otra mejor no se halla
ni en Asturias, ni en Galicia;
triple muro diz que tiene,
las almenas muy erguidas;
para pasarlas, su vuelo
álzan las águilas mismas.
Diego Melendez la guarda,
el *Valiente* le apellidan;
quien fijare allí mi enseña,
buen caballero sería.
Mas tal vez baje su puente
el alcáide á nuestra vista,
y con nosotros se junte
de grado y por cortesia;
que el asaltarla por fuerza

(1) Contraccion de San Cucufato, titular de la parroquia donde está situada, en el concejo de Llanera. Su alcàide era entonces, como dice el romance, Diego Melendez Valdés, llamado el *Valiente* por sus muchas hazañas.

Hé tomado estas notas, así como el argumento de la composicion, que hé variado en algunos pormenores, del «Albun de un Viage por Asturias;» libro donde compendió muchos recuerdos gloriosos de este noble pais, el ilustrado literato D. Nicolás Castor de Caunedo.

téngolo á gran maravilla.
Tal don Enrique el Bastardo
al ginete respondia:
y caminando siguieron
hasta que la torre miran.
Era así cual sus palabras
antes pintádola habian;
gigantesca, inaccesible,
de ancho foso defendida.
Tañe Enrique por dos veces
la atronadora bocina:
solo del monte los ecos
á su acento respondian.
Tercera vez se levanta
el son que en los aires vibra;
mas del puente levadizo
las cadenas no caian,
y un rumor amenazante
de aquel torreon salia,
como el que anunciando el rayo
hierve en las nubes sombrias.
Al fin, entre dos almenas,
todas sus armas vestidas,
Diego Melendez parece
con serena frente altiva.
A los rebeldes demanda;
y al saber lo que pedian,
en alta voz les contesta,
palideciendo de ira.
—Por que hé vencido cien veces,

el Valiente me apellidan;
si el Leal me apellidáran,
con más acuerdo obrarian.
Pues es tal mi juramento,
y es mi fé tan sin mancilla,
que antes que faltar un punto,
quisiera perder la vida.
Ni aun pláticas con traidores
cuadran bien á mi honra limpia;
y desnudando la espada,
tres veces pujante grita:
¡Sancucado, Sancucado,
por don Pedro de Castilla!
A esta gran voz, gente armada
aquel torreon cubria,
y con insolente orgullo
despliegan contraria insignia.
Ya los rebeldes avanzan
las escalas que traian:
nubes de dardos y flechas
dieron fin á muchas vidas;
no el ardimiento menguaba
por que los muertos crecian;
sobre derribados cuerpos
al rudo asalto caminan.
Mas don Enrique, dolido
de la sangre que corria,
sangre de fieros leones
inútilmente vertida,
como exhalacion volaba

entre los dardos y picas:
voceando roncamente
á los suyos les decia:
—¡Por caridad, caballeros,
no perdais así las vidas!
Ya há recogido sus huestes
y á los montes se volvia,
en su pecho la vergüenza
y en su semblante la ira;
mas al repasar las cumbres,
fijó en la torre la vista
y con el puño cerrado
amagarla parecia.
Rodrigo Alfonso, que cerca
de su nuevo señor iba,
le oyó jurar por Dios vivo
que venganza tomaria:
que aquella torre tan fuerte,
será muy pronto ruinas,
donde en lugar de guerreros,
culebras harán guarida:
que allanadas las almenas,
las yerbas las cubririan:
que en su maldecido suelo
sal estéril sembraria:
y ¡ay del insolente alcáide
que le rechaza y le humilla!
Al fin doblaron el monte
y á los ojos se perdian:
mudo el campo en torno queda,

y muda la torre altiva:
él de cadáveres lleno,
ella soberbia y erguida,
dando al viento la bandera
de don Pedro de Castilla.

ROMANCE III.

¡Qué bien pintan la fortuna
con su rueda tan voltária,
niña y caprichosa y ciega,
y del mundo soberana,
repartiendo sin medida
prosperidad y desgracia!
Derriba marmóreas torres,
frágiles chozas levanta,
trastorna, humilla, enaltece,
y el orbe á su antojo cambia.
Nuevo rey tiene Castilla,
y aqueste nuevo monarca
es al que ayer fugitivo,
rebelde se le llamaba:
si fuera vencido y preso,
en patíbulo acabara;
vencedor, ciñe diadema
y le bendicen y aclaman.
El éxito es lo que importa;
justicia y honor son nada.
Ni aun la sangre de un hermano
á la ambicion pone valla;
si el trono es la recompensa,

esa sangre se derrama.
Ya su anhelo vió cumplido
Enrique de Trastamara;
mas la sombra de don Pedro
de sus ojos no se aparta:
en los banquetes le sigue,
sobre el trono le acompaña,
y cuando al sueño se entrega,
al fin la vé de su estancia:
flota entre vapor siniestro,
terrible y fiera se agranda,
grítale ronca «¡asesino!»
y le despierta y espanta.
Así del remordimiento
siente el nuevo rey la carga,
y ni festines le alegran,
ni el solio y cetro le halagan.
Mas para ver si disipa
aquella sombra irritada,
para ver si olvida el mundo
que el puñal le hizo monarca,
á los oprimidos pueblos
mano bienhechora alarga,
á los nobles favorece
y á los desterrados llama.
Á unos perdona tributos,
dispensa á los otros gracias,
á los fugitivos abre
su hogar y su dulce pátria.
Don Enrique el Dadivoso

todos á una voz le llaman:
y por que frustró los planes
de Portugal y Navarra,
por que al moro granadino
logró contener á raya,
en Valladolid, que es corte,
grandes fiestas se preparan,
donde espléndidos alternen
ingenio, valor y gala.

Cuatro soles ván corridos:
hubo en uno alegres farsas
por muy discretos juglares,
diestros en música y danza:
en el otro hubo carreras,
el tercero mesa franca,
en el cuarto fieros toros,
segun la arábiga usanza:
y apenas brilló la lumbre
de la siguiente alborada,
una multitud inmensa
por las calles se derrama.
Menestrales, campesinos,
hidalgos de rojas capas,
pages de blason bordado,
dueñas y garridas damas,
gentes de espada y de toga,
y la nobleza más alta,
toda la ciudad en suma,
toda hacia el Pisuerga marcha.

Que á la orilla de este rio
ancho cerco se levanta,
do se brindan ricos premios
á los famosos en armas:
donde ante el pueblo y la corte
y en presencia del monarca,
se verá quién es quien vibra
mejor la temible espada:
quién á su adversario postra
al primer bote de lanza,
y á quién por más esforzado
la Corte de Amor declara.
Ya resonaron pregones
por los campos y las plazas,
el anunciado torneo
ábren ya los reyes de armas,
don Enrique el cetro agita
dando la señal ansiada;
la curiosa muchedumbre
contiene el aliento y calla,
y el espacioso palenque
retumba en son de batalla.
Allí los rudos encuentros
y acometidas bizarras,
el relumbrar del acero
cual rayo entre nubes pardas,
la espada que martillea,
el lanzon que roto salta,
el que perdido el caballo
furioso esgrime la maza,

y entra y sale entre ginetes
y derriba cuanto alcanza...
Prodigios allí se hicieron
de valor y fuerza extraña;
que como buenos lidiaron,
aspirando á noble fama,
Haros, Tellos y Mejias,
Argüelles, Torres y Laras.
Mas cuando el premio de Argüelles
vá á coronar la constancia,
súbito el clarin resuena,
súbito los reyes de armas
para nuevos justadores
piden vénia y ábren plaza.
Cuatro son, y vienen todos
vestidos de dura malla,
encima espaldar y peto
y yelmos con plumas largas,
sobrevestas carmesíes
y en ellas lises de Francia:
lanzones y espadas traen
de empuñaduras doradas.
Para el fatigado Argüelles
llegan en hora menguada;
que derribándolo en tierra,
la victoria le arrebatan.
Tambien derriban á Tello,
á Rodrigo Alfonso sacan
aturdido de la silla
con diestro bote de lanza,

y despues de otros guerreros
postran allí la arrogancia.
Gusta su gentil talante,
asombro sus hechos cáusan;
pero indigna la osadia
con que gritan, »Francia, Francia,»
y en el irritado pueblo
hierve ya fiera borrasca.
Lidiaron los castellanos
y no fué suya la palma;
¿llevarán los extrangeros
prez tan grande y honra tanta?
No; de repente un ginete
como flecha disparada
entra cubierto de polvo,
sin manto, plumas, ni galas;
mas recia armadura trae
y al costado enorme maza
y la lanza que blandea
á un hércules fatigara.
En el centro del palenque
fijo queda como estátua:
le apláude el pueblo: le apláuden
desde su estrado las damas,
cuando la vénia del rey
para combatir demanda.
Animoso lidia y vence:
uno tras otro aventaja,
postrándolos en el polvo,
á los guerreros de Francia.

Gozoso está don Enrique,
y que se acerque le manda:
él se acerca; mas no quita
la su visera calada.
Don Enrique le contempla
y de esta suerte le habla.
—Valiente sois: en Castilla
ninguno hay tal en pujanza,
nadie cual vos se defiende,
nadie en herir os iguala.
Alta gloria habeis ganado;
mas vuestra humildad es tanta,
que encubriendo vuestro rostro
desdeñais las alabanzas.
Algo quiero me pidais,
y desde hora os hago gracia.
—Señor, la vida de un hombre,
que por leal á su cáusa,
está sentenciado á muerte,
cual si el crímen lo manchara.
—Yo la otorgo, dijo el rey;
mas no sé de quién se trata.
Entonces el caballero
la visera se levanta,
y del valiente Melendez
muestra la faz ruda y franca,
diciendo:—yo soy el hombre:
por el polvo están mis casas,
demolidos mis castillos
y mis tierras confiscadas:

yo solo estoy desterrado;
los demás gózan su pátria;
mi cabeza es del verdugo,
que en el cadalso la aguarda.
Y ved, pues; ¿cuál es mi crímen?
El rechazar vuestra audacia
cuando érais solo un rebelde,
que contra su rey lidiaba:
el mantener por don Pedro
la bandera y fé jurada.
Esto escuchó con asombro
Enrique de Trastamara,
y sintiendo un noble impulso
conmover toda su alma,
devuelve á Diego Melendez
títulos, rentas y casas;
merino mayor de Astúrias
allí mismo le declara,
y del príncipe su hijo
le dá la custodia y guarda;
valor y lealtad á un tiempo
honrando así con tal paga.

Sevilla. Noviembre. 1863.

EL PESCADOR.

I.

Parece la mar de Grecia
reclinada entre sus islas,
bella sultana que duerme
cubierta de pedreria:
mar que besa con sus aguas
las asiáticas orillas,
los verdes montes de Chipre
y las playas de Candía,
y la pátria de cien héroes
que sobre los tiempos brillan.
Aun el poeta contempla,
si enagenado lo admira,
de Egospótamos las sombras,
los láuros de Salamina.
Aun piensa ver la trirreme

bogando en sus aguas limpias,
ó el barco ligero y frágil
que la religion envia,
y tendiendo blancas velas
á los soplos de las brisas,
ofrece al padre Neptuno
miel y vino, incienso y mirra.
Edad en que el génio griego
cual sol radiante lucia,
hoy de tí solo han quedado
memorias... memorias tibias;
solo restan grandes nombres
y lágrimas y cenizas:
destrozados y deshechos
cubren desiertas campiñas
los templos y las ciudades
de sus fúnebres ruinas.
Ellas gímen con el viento,
que otra voz allí no vibra;
y hasta la yedra que brota,
de los escombros amiga,
aparece mústia y seca
como por el rayo herida.
Y es que la Grecia há mirado
pasar su brillante dia,
y en noche de luto y sombras
triste yace sumergida:
llora con la edad presente,
por lo pasado suspira...
¡Ojalá otro sol le grite:

yo soy el sol de tu dicha!

Cerca del golfo de Atenas
árida y sola se mira,
mostrando sus altas cumbres
una pobre, estéril isla.
Sus rocas dán triste sombra
á las aguas más vecinas,
rudo pedestal informe
á las higueras antiguas,
que arrastran por sus pendientes
nudosas ramas torcidas,
y callan si el viento calla,
y gímen si el viento silva.
Allá en la empinada altura,
con las alas extendidas,
el vuelo de las tormentas
vén las águilas marinas,
y abandonando sus nidos
á las nubes se confian.

Un hombre, que es tán osado
como las águilas mismas,
allí su morada puso
libre de temor un dia.
Solo halló pobres cabañas
que pescadores habitan.
La blanca sien en su hombro,
entre sus brazos dormida,
un ángel le acompañaba

que hasta en sueños sonreia.
Él la besaba en la frente,
la miraba con delicia:
llamaron los pescadores
perla y estrella á la niña;
él la abrazaba á su pecho
y la llamaba su hija.

Desde entonces cuando muestra
su faz el alba indecisa
y se corona el oriente
de lumbres puras y tibias,
él desciende por las rocas
atrás tornando la vista,
y salta á un batel, sujeto
por una cuerda á la orilla.
Los ágiles remos tiende,
huye la nave impelida,
cual huye al batir ligera
sus alas la golondrina;
y mar adentro se lanza
con indómita osadia,
ya el huracan le amenace,
ya le acaricie la brisa.
Luego ejercita sus redes
en tanto que dura el dia.
Y cuando sale el lucero
de la tarde que declina,
y como buque incendiado
en la mar el sol se agita,

el batel á su ribera
con rápido impulso guia:
para mirár su cabaña
alza de lejos la vista,
y siempre sobre las peñas,
cual ligera nubecilla,
haciendo ondular un lienzo,
le aguarda inquieta una niña.
Más bien un ángel parece
que desde la roca erguida
deja la tierra, y se encumbra
á los cielos donde habita.
El pescador es Tideno:
el ángel, su hija Maria.

II.

Así dos lustros volaron
cual imágenes de un sueño,
como pasageras nubes
por la inmensidad del cielo.
Aquel olvidado asilo
respetó al pasar el tiempo;
aun descuella sobre rocas
la morada de Tideno:
aun lleva su frágil barca
al impulso de sus remos,
aun al tornar á la sombra
del grato y humilde techo,
puede ver á su hija amante
que le llama desde lejos.

Mas ella no es ya la niña
en su dulce albor primero,
que sus amores divide
entre su padre y sus juegos,
con la risa de la infancia
fija en sus lábios tan bellos,
mirando pasar las horas
sin afanes ni recuerdos.
Há crecido como palma
solitaria en el desierto,
cada sol puso más lumbre
en sus grandes ojos negros,
y al dilatar generosa
su juvenil pensamiento,
siente el rápido latido
de su corazon de fuego.
En él grabó amor un nombre
con indestructible sello:
nombre que do quiera escucha
en las aguas y en los vientos,
cuando despierta lo invoca,
porque la halagó entre sueños.
Todo Rafael la dice
con misterioso concierto.
Celestiales armonias
del plácido amor primero,
¿quién no os oyó enagenado,
si una vez hirvió su pecho?
Las oye ansiosa Maria;
que es muy gallardo el mancebo,

pescador como su padre,
como ella amante y tierno.
Cerca tiene su cabaña,
creció bajo el mismo cielo,
en la infancia fué su hermano,
despues su cariño eterno
la juró, y antes muriera
que olvidar su juramento.
Mas... ¿por qué busca Maria
la soledad y el silencio,
y á veces al solo impulso
de ignorado pensamiento,
hay lágrimas en sus ojos
y gemidos en su seno?
¡Ay! medita, y sus dolores
los cáusa un vago recuerdo.
No siempre pasó sus dias
bajo aquel humilde techo,
azotado por las lluvias,
combatido por los vientos:
aquellas olas no siempre
la arrullaron en sus sueños;
que lejos de aquellas rocas
miró sus soles primeros.
Su memoria le presenta,
cual vago y distante espejo,
otra mansion, otro clima
más rico, más halagüeño,
y como velado en nubes
de una madre el rostro bello.

¿Dónde han ido? ¿tal encanto,
tales dichas qué se hicieron?
¿Seran, por su mal, delirios,
delirios del pensamiento?
No lo sabe: sobre todo
su sombra esparce el misterio.
Una vez, por penetrarlo,
buscó el regazo paterno,
y entre halagos sus memorias
ponderaba sonriendo:
despues preguntó indecisa
si era delirio su anhelo.
Entonces halló tan solo
la respuesta en el silencio,
y... aun no ha olvidado Maria
la mirada de Tideno.

III.

Era la noche, y cubria
el cielo sus lumbres claras,
cual si con fúnebre sombra
negro manto lo enlutara:
parece el espacio lleno
de tormentas y amenazas,
y de mil génios impuros
que en él agítan sus alas.
Está la natura toda
hondamente aletargada,
con ese horrible silencio
que tempestades preságia.

No de otra suerte el Vesubio
su rumor perenne acalla,
y despues súbito y fiero
arroja encendida lava.
Mas hay pechos indomables
que nunca el peligro espanta;
tal es Tideno: conoce
el rudo huracan que avanza,
y al fulgor de humosa tea,
en su mísera cabaña,
para lanzarse á las ondas
sus toscas redes prepara.
A su lado está su hija,
su consuelo y su esperanza;
así tal vez suele hallarse
en las selvas solitarias,
junto á un poderoso roble
una triste pasionaria.
Pálida está la doncella
como el mármol de Carrara:
quizá por un pensamiento
que ráudo en su mente pása,
por un recuerdo, una duda,
vierte una lágrima amarga,
y borra al punto su huella
para mejor ocultarla.
Dejó sus redes Tideno,
miró á la niña angustiada,
y al verla llorar, la dijo
lentamente estas palabras,

cual si arrancándolas fuese
con esfuerzo de su alma.

»Hace algun tiempo, hija mia,
que acerbo llanto derramas,
que la flor de tu belleza
se marchita en su mañana,
y contigo desfallece
la lumbre de mi esperanza;
porque eres sol de mis dias,
luna de mis noches claras.
Há perdido tu semblante
la púrpura que le ornaba,
vive el dolor en tu pecho,
pues ayes tu lábio exhala,
y sé que un recuerdo solo
es lo que tu dicha amarga.
Ese recuerdo, Maria,
que en mí se ceba y ensaña,
nunca en tí clavar debiera
su fiero dardo que mata.
Tú no fuiste nunca herida
en lo profundo del alma;
jamás tu frente miraste
con nube eterna manchada.»

Calló el pescador, y cerca
de aquella tranquila estancia,
lúgubre rumor el viento
alzó en la desierta playa,

cual si el ángel pavoroso
de la noche se quejara.
Rumor que no se confunde
con ninguna voz humana;
gemido que de su seno
la naturaleza lanza,
que nace, crece, se pierde,
como una inmensa oleada,
y ya amenazante grite,
ya espire en son de plegária,
vibra con nosotros mismos,
nos agita y nos espanta.
Estremecióse Maria,
de súbito horror turbada:
Tideno entonces la dijo:
»aun más triste es mi desgracia.»

En breve se escuchan pasos
que dá presurosa planta,
y aparece un noble jóven
al umbral de la cabaña.
Es Rafael: la sonrisa
de amor que en sus labios vága,
en Maria se refleja
y la embellece y la encanta.
Así el cariñoso rayo
del sol las nubes traspasa,
y viene á dorar las hojas
de la mústia pasionaria.

IV.

¡Qué dia! No tuvo aurora,
el sol le niega su rayo,
no hay cielo azul que sonria
con resplandores dorados;
las nubes... solo las nubes
se extienden por los espacios.
Como negros pabellones
en los aires ván flotando,
las cruza el águila altiva
á las luces del relámpago:
hierve el mar con ronco estruendo
por los vientos azotado,
y vienen las ráudas olas
á combatir los peñascos,
llenas de furor y espuma,
ansiosas de horror y estrago.
Suspensos los pescadores
las vén con medroso pasmo,
y al mirar por la ribera
sus bateles quebrantados,
se quejan, callan ó juran,
ó brota el rezo en sus labios.
Mas súbitamente al cielo
alto clamor levantaron;
que un bagel en su agonia
pide á los hombres amparo:
y rotas las anchas velas
en sus mástiles quebrados,

allá en lontananza lucha
con el huracan insano.
Ya se eleva, ya se inclina
con las aguas bordeando,
cual si buscara la tumba
que amenaza devorarlo:
y se aleja, y vuelve luego,
cruje con terrible espanto,
y en rápido remolino
sucumbe al fin destrozado.
Solo entre las turbias olas
álzan sus trémulas manos,
algunos que sobreviven
con fiera muerte luchando.
Precipítase Tídeno
anhelante de salvarlos:
veloz Rafael le sigue,
mas su noble ardor es vano;
que ya, impávida la frente,
al peligro se há lanzado,
y obedeciendo los remos
al impulso de sus brazos,
se apartó de la ribera,
la prora en el mar clavando,
y el crepúsculo y las ondas
lo envolvieron en su manto.

¡Oh noche! qué larga fuiste,
qué perezoso tu paso,
y cuán tenaces las sombras

las esferas enlutaron!
Maria sus ojos mústios
en lágrimas anegados,
fijaba en el turbio oriente
la nueva luz esperando.
Por ella los pescadores
votos amigos formaron,
y aguardan tambien que lance
el sol sus destellos claros.
Al fin difundió su llama
sobre los rudos peñascos,
y allí vieron de Tideno
el cadáver destrozado.
Inmóvil quedó Maria
como herida por el rayo;
para llorar su desgracia
aun lágrimas le faltaron.

El hondo silencio entonces
turbó la voz de un anciano,
que en sus rodillas la tuvo
en los infantiles años.
Es de Rafael el padre,
conmovido y consternado,
quien habla así, el cuerpo frio
del pescador señalando.
»Por una injusta sospecha
hirió á su esposa inhumano:
en estas peñas mil veces
su crímen gimió ignorado:

por salvar al infelice
espiró como cristiano:
le llorarán mientras vivan,
los que su muerte han mirado.»
Dijo: á la huérfana besa,
la ofrece paterno amparo,
y el rezo, amigo del triste,
vága por todos los lábios.

V.

De un collado silencioso
mirad la cumbre desierta:
no la visten de verdura
árboles, flores ni yerba,
ni las aves trinadoras
tienen sus nidos en ella;
mas le dan ruda guirnalda
toscas y silvestres peñas,
y en las misteriosas noches
la aduermen la mar que suena,
los melancólicos ayes
que el viento arranca en la selva
y la dulce y pura lumbre
de las tranquilas estrellas.
Religiosa y solitaria,
santa cruz allí se eleva:
piedad y respeto inspira
á quien pása y la contempla,
cual si al espíritu hablando
con hondo acento digera:

»Soy el símbolo bendito
que hasta en la muerte consuela;
el ángel soy de las tumbas,
un sepulcro es el que huellas.»
¡Ay! de Tideno infelice
el último sueño vela:
nace una flor á su sombra
sobre la sagrada tierra:
flor de pálidos colores
que el erguido tallo eleva,
cual si enviar á la altura
blandos perfumes quisiera.
Cuando el huracan la tronche
y la arranque la tormenta,
por el polvo en son doliente
girarán sus hojas secas;
pero volará á los cielos
su más delicada esencia.
Pues que el espíritu y lodo
retrata en místico emblema,
¿será de la humana vida
esa flor la imágen cierta?
¡Oh suavísima esperanza,
consoladora creencia,
vencedora de la muerte,
el alto gemido templas!
De Rafael y Maria
endulzas la amarga pena,
y en ambos viertes ahora
tu bálsamo que consuela.

Ya pasaron muchas lunas
lentamente por la esfera;
son esposos los amantes,
sola un alma los alienta,
y vén brillar bonancible
de su destino la estrella.
Mas á veces la memoria
tristemente les presenta,
el trueno y los huracanes
que roncamente pelean,
las amenazantes ondas
asaltando la ribera,
y el cadáver de Tideno
destrozado entre las peñas.
Entonces con planta leve
cruzan apartada senda,
y hasta su sepulcro frio
piadosas plegárias llevan.
Allí la cruz del cristiano
abiertos brazos les muestra,
como brindando refugio,
cual si abrazarlos quisiera
Y en este lugar si lloran,
sus lágrimas son serenas;
grata y benéfica lluvia
despues que huyó la tormenta.
Y estremecidos se sienten
de un espíritu en presencia,
como si su mismo padre
invisible los oyera.

Ellos en su fé sencilla
le hablan, y escucharle piensan
en los suspiros lejanos
que forma el viento en la selva,
en los murmullos del agua,
si lánguidamente suena:
y juzgan que en los espacios
su mirada los contempla.
Tal en el tranquilo cielo
resplandece amiga estrella,
y con su fulgor nos guia
y nos alumbra y consuela.

Sevilla.

A ROSA.

MELODIA I.

En pos dejan los rios
al fecundar el valle y la llanura,
sonorosos murmullos y frescura,
prados amenos, cármenes sombrios;
dejan las áuras lánguidos aromas
cuando brilla la dulce primavera,
y ofrece á sus amantes lisongera
en bellas flores deliciosas pomas;
pero los rios en la mar se pierden,
pero las áuras en su vuelo espiran,
y gime el campo y el vergel se agosta
y en ronco son los aquilones gíran.
Naturaleza quiso que el poeta
tras sí dejara solo sus cantares;
mas ellos no se extinguen en los mares,

ni viento alguno ensordecerlos puede.
La edad devoradora los respeta
por que son partes de su ardiente alma,
ó son el alma misma,
cuando en profunda soledad se abisma,
ó tormentosa lucha, ó duerme en calma.
¿Qué dicen? ¿Qué nos muestran? Un recuerdo
de placeres tal vez, tal vez de llanto:
una divina aspiracion suave,
el tierno afecto que trinando el ave
suele expresar en la escondida selva,
ó la pasion volcánica del hombre,
ó el valor, las virtudes y la gloria.
¿Habrá, si en ellos vé la humana historia,
quien de su augusta eternidad se asombre?

Mi lira siempre tuvo
un himno para cada sentimiento;
ella es la voz del corazon pujante
y el gozo de mi osada inteligencia.
Si otras veces la ciencia
enalteció hasta el cielo
y tributó al valor justos laureles,
que rasgue al fin de mi silencio el velo
permite ahora, inolvidable amiga,
y embriagado en tu aliento de claveles,
tus gracias, tu beldad, tu encanto diga.
Sí, yo quiero, yo anhelo que me escuches
y dilatar mi espíritu en el tuyo:
¡ojalá que al oir los versos mios

nunca olvidarlos tu memoria pueda,
y aspires todo su entusiasmo ardiente,
y pienses que grabada eternamente
en mí tu imágen con tu afecto queda.

Un acento divino
amar nos manda, y para siempre amarnos,
¡ah, no lo dudes! nos formó el destino.
Contempla el fondo de tu pecho y dime:
¿somos desemejantes? Ese fuego
que dá á tus ojos expresion y vida,
ese vuelo sublime
con que tu mente sin temor se lanza
al término que sueña la esperanza;
tu noble frente pálida y erguida
donde fijó su trono el pensamiento;
y en el vigor de juventud potente
tu negra cabellera salpicada
de blancas hebras, cual volcan hirviente
que de engañosa nieve se corona,
se reflejan en mí: naturaleza
quiso grabarnos con el mismo sello.
Es verdad que tu rostro dulce y bello
en nada es á mi rostro semejante;
mas del águila tengo la osadia
y corazon y esfuerzo de gigante.
Y guardo para tí como un tesoro,
tan solo para tí, paloma mia,
inmenso amor y manantial sonoro
de inagotable y tierna poesia.

¿Y há de ser tu hermosura
flor sin perfume, estátua inanimada,
cual duro mármol ó insensible roca?
¿Te negarás acaso á la ventura
de verte con delirio idolatrada?
Al beso ardiente negarás tu boca,
tu boca peregrina,
nido de amor y de dulzuras fuente,
concha entreabierta do las perlas lucen,
cuya palabra y sonreir fascina?
Recuerda que se pása velozmente
de la vida la grata primavera:
sí, se marchita cual la agreste pompa
que engalana por Mayo la pradera;
y nunca vuelve el esplendor perdido,
nunca el verdor de juventud renace...
Entonces ¡ay! nuestro entusiasmo yace
para siempre abatido!

Antes que llegue tan funesto dia,
que amor alumbre la estacion hermosa;
¿quién se complace en marchitar la rosa
sin que goce del sol y la alegria?
Flor eres tú de aroma soberano,
envidia de otras flores:
¿tu grata esencia exhalarás en vano,
lejos del sol de amores?
¡Oh, no, jamás! Si tiene espacio el ave
para extender sus alas,
y cuando gime en la enramada umbrosa,

para entonar su pena voz suave;
si tiene el mar para adornarse perlas,
y de espuma sutil nevado velo,
y para adormecerse blandos sones,
tambien el corazon tiene pasiones
para forjarse un cielo.

¡Qué espléndido, qué rico de ilusiones
lo sueña mi agitada fantasia!
Áuras ligeras que al pasar murmuran,
follages que á su aliento se estremecen,
ondas serenas, puras, adormidas,
valles do el mirto y el jazmin florecen,
la noche derramando su misterio
con sus blancas estrellas esparcidas...
y en estos de placer amenos vallés,
vagar yo junto á tí con leve planta,
¡oh dulce amiga! tu palabra oyendo,
extático, embriagado en dicha tanta:
ó el beso de tus lábios sorprendiendo,
al pié de un sáuce, con amantes lazos,
oirte suspirar entre mis brazos
de languidez y amor desfalleciendo.

Esto es vivir, y lo demás es muerte;
no puedo apellidar vida al sosiego
de un corazon indiferente y frio,
sin entusiasmo, sin pasion ni fuego:
entre la tumba y tan fatal reposo
¿dó está la diferencia?

Si falta la ilusion al pecho mio,
acábese con ella mi existencia.
¡Amiga! Así lo pido, así lo anhelo;
no me espanta el morir, si en mi sepulcro
una flor, una lágrima piadosa,
ilumina la luna desde el cielo:
si alguno pása, y al pasar suspira,
y torna melancólico y exclama:
»Al extinguirse la celeste llama,
finó su aliento y se rompió su lira.
El águila sin alas no se eleva;
calla y espira.»

Luz de mis dias, sueño de mis noches,
gentil, ardiente, incomparable Rosa,
la de los ojos puros y adormidos,
la que entre todas se levanta airosa
como palma entre arbustos florecidos:
mira que yo hé bebido en tu palabra
la intensa languidez que me enagena;
mira que de tus ojos me há bañado
lumbre fogosa de esperanzas llena:
no dejes que se pierdan como nubes
que desvanece borrascoso viento;
no al águila le prives de sus alas
para que alzarse hasta tu sol consiga;
sino con ánsia inextinguible y loca
haz que extasiado tu belleza admire,
y juntando mi boca con tu boca,
de amor y gozo espire.

MELODIA II.

Dulce Rosa de mi vida,
tú, la mejor de las flores,
como sol de mis amores
vás á mi existencia unida.

Unida estás á mi alma,
unida á mi pensamiento,
como al desierto la palma,
cual los perfumes al viento.

Si miro un valle escondido
donde brota la azucena,
donde el ave en grato nido
canta en la tarde serena;

Donde en la callada noche
penetra un rayo de luna,
y el clavel abre su broche
al márgen de la laguna;

Donde hay misterio y reposo,
oscuridad y armonia,
¡ay! mi pensamiento ansioso
vuela á tí, querida mia.

Si miro una clara fuente
que entre las yerbas murmura,
cruzar perezosamente
de la selva la espesura;

Si óigo resonar perdida,
cuando la alborada asoma,
la voz tierna y dolorida
de solitaria paloma;

Ó un gemido que dá el viento
vagando en los olivares,
ó escucho con triste acento
melancólicos cantares;

Entre tan profunda calma,
enmedio el reposo amigo,
hasta tí vuela mi alma,
pues mi alma está contigo.

Que tiene naturaleza
en sus campos y en sus flores,
recuerdos de tu belleza,
memorias de mis amores.

Naturaleza querida,
hermosa cual tú y galana,
en la noche apetecida,
en la risueña mañana.

Su encantadora armonia,
es la de tu blando acento;
su alegria, es tu alegria;
su perfume, el de tu aliento.

Si ella tiene sol dorado
que le dá vida secreta,
tu sol, tu fuego sagrado
es el alma del poeta.

Yo te siento si respiro,
mi memoria no te olvida,
alientas en mi suspiro,
vives con mi propia vida.

Tú, la ilusion de mi sueño,
tú eres luz de mi esperanza,
el porvenir halagüeño
á que la mente se lanza.

Cuando tu mirada ardiente
que profundo amor inflama,
luce en mi pálida frente
con deslumbradora llama;

Cuando tu voz me acaricia
con acentos regalados
de embriagadora delicia,
solo en el cielo escuchados;

¡Ay! quisiera, Rosa mia,
mi único bien y consuelo,
tener de un ángel las alas
para levantarte al cielo.

Por que yo no cambiaria
mi noble amor, que es mi ley,
por las perlas que el mar cria,
por la corona de un rey.

MELODIA III.

Sonó un agudo silvido,
adios, dijeron cien lenguas,
la hirviente locomotora
principió á arrastrarse lenta;
mas luego atrevidamente
cobrando terrible fuerza,
cruzó por los anchos campos
como disparada flecha.
El buitre así tardo sube
el monte de peña en peña,
y ya en la cumbre se lanza
y se pierde en las esferas.

Despunta la tibia aurora
dulce, sonriente y bella:
por las azuladas nubes
un rayo de sol penetra
y en la alta Giralda toca
y de fulgor la rodea;

parece erguido gigante
que ciñe ardiente diadema.
Fijos mis ojos se clavan
en la ciudad que despierta,
y tristemente la miran
con hondo afan, por que en ella...
en ella ¡ay de mí! quedóse
la mitad de mi existencia.
¡Claro fanal que iluminas
de mi alma las tinieblas,
que tu resplandor bendito
fecundo y èterno sea!
Ay! tu memoria querida
mi pecho la guarda y lleva,
y en mis dias y en mis noches
me acompaña y me consuela!
Cuando esta memoria dulce
en tu amante se oscurezca,
bien puedes, oh Rosa mia,
llorar lágrimas acerbas;
porque entonces habrá muerto
quien más te quiso en la tierra.

Vívido el sol de mi pátria
el cielo y campos alegra;
ese cielo transparente,
esos campos que verdean:
vides y olivos los cubren,
mil manantiales los riegan.
Allá lejos el ganado

sube las cumbres enhiestas,
y bordan las casas blancas
los collados y laderas:
trémula el agua murmura,
el áura sonora vuela;
que naturaleza toda
ya se estremece y despierta
y canta un himno de gozo
que se extiende por la esfera.
Solo el poeta no canta,
sola su voz no resuena;
si no hay en sus ojos llanto,
en su corazon se encierra.
¡Fueron sus dichas tan breves,
que ya las recuerda apenas!

Pero tú, noble hermosura,
siempre cariñosa y tierna,
haces amable mi vida,
y mi esperanza halagüeña:
por tí renace más grande
la ilusion que ya muriera.
La ilusion y el entusiasmo
almas son de mi existencia,
y sin tí, querida mia,
jamás florecer pudieran.
Por que sola tu mirada
me purifica y alienta:
miradas que así enaltecen,
nunca apagarse debieran.

Mas ya lanzó agudo silvo
la jadeante caldera:
llegué: que pásen las horas,
pásen cual sombras ligeras!
Que pronto á escuchar tu acento,
á verte, á adorarte vuelva!

MELODIA IV.

Un dia estaba triste
la hermosa que yo adoro;
los ángeles padecen
de tristeza tambien.
Enmudecido habia
su dulce hablar sonoro,
reclinaba en su mano
la desmayada sien.

Cual gotas de rocio
sobre tersa azucena,
si el céfiro la mueve
con su hálito al pasar;
Dos lágrimas ardientes,
testigos de su pena,
en sus nevados párpados
ví trémulas brillar.

Despues se deslizaron
por la mejilla pura,
rodaron lentamente,
su lábio las bebió.

Y yo bebí con verlo
raudales de amargura;
sangre viva y no llanto
mi corazon brotó.

»Rosa, la dije entonces,
mi sol, mi amor, mi vida,
mi ángel hermoso y bueno,
mi dulce porvenir;
Si ahora te hace inquieta
el alma dolorida
en el futuro tiempo
desgracias presentir;

Si algun recelo acaso
nubla tu fantasia,
si tu ternura pide
lágrimas al dolor;
Y sientes al verterlas
que calmas, gloria mia,
esa amargura extraña
que turba nuestro amor;

Llora... y cáiga tu llanto
cual matinal rocio,
que fecunda y adorna
de perlas el vergel.
Llora, y tu afan mitiga,
mitiga el duelo impio
y á tus mejillas tornen

las tintas del clavel.

¿Por qué, si todo rie,
si amiga la natura
mostrándonos alegre
su gentileza está;
El llanto de tus ojos
nubló la lumbre pura,
y por tu rostro pálido
correr lo miro ya?

¿Ese raudal acerbo
dónde tiene su fuente?
¿Qué dardo de improviso
punzó tu corazon?
¿Qué nube á eclipsar llega
tu sol resplandeciente?
¿Dudas... temor acaso,
vanos recelos son?

Háblame: nuestras almas
formaron una sola;
es una nuestra idea,
soñamos un Eden.
La misma bella lumbre
nuestro mundo arrebola;
la mano que te hiere,
me hiere á mí tambien.

Díjela; y en sus ojos
con delicioso anhelo,
estuve contemplando
mi imágen reflejar.
Luceros de mi noche,
ojos que sois el cielo,
que pueda de vosotros
siempre el calor gozar.

¡Oh, siempre! Esta palabra
que me llenó de hastio,
si en vulgares amores
incrédulo la oí;
Expresa solamente
el pensamiento mio,
por que el amor há puesto
su inmensidad en mí.

Ella me oyó en silencio
y dijo dolorida:
»si una lágrima triste
no pude contener;
Es que me alivia el llanto:
la lágrima vertida
cáe como blanda lluvia
en mi alma de muger.

Mucho amaste; tus versos
dicen amor ardiente,
queridas hermosuras

tu lira celebró.
¿Cuál fué la que primero
pintaste dulcemente?
¿Quién para tus cantares
la inspiracion te dió?

Otras... que ya olvidaste:
otras... que ya pasaron,
como pásan las hojas
que lleva el huracan.
¡Ni un recuerdo tan solo
ellas en tí dejaron!
Los amores que mueren,
¿qué son? ¿adómde van?

Ay! vivirá el que siento
más allá de la muerte!
Amor que el tiempo mata,
muy débil amor es.
Si jamás las amaste,
¿por qué, dí, de esa suerte
ensalzarlas al cielo,
olvidarlas despues?

¿Quién medirá el abismo
del corazon del hombre?
¿Por qué cual viento pasa
la llama de su amor?
Quizá llegue algun dia
que al escuchar mi nombre,

lo recuerdes tan solo
como marchita flor.»

»Ámame, y nada temas
del porvenir incierto:
á su recelo triste
entonces respondí.
Yo pongo ante tus ojos
mi corazon abierto;
su seno más oculto
patente es para tí.

Escucha: un peregrino
marchando hacia el oriente,
con atrevida planta
cruzaba un arenal.
El sol desde su altura
quemábale la frente:
abrasados sus lábios
dejaba el vendabal.

En torno su mirada
tendió con amargura;
la sed le consumia,
su sangre se inflamó:
Entonces á lo lejos
vió yerbas y frescura,
y á cenagoso arroyo
acercóse y bebió.

Las aguas eran turbias
y claras las creia;
era su sed inmensa,
inmenso el arenal.
Y luego fatigado
en otro ardiente dia,
de otra corriente impura
tambien libó el raudal.

Al fin el caminante
con religioso anhelo,
en éxtasis admira
la gran Jesusalen.
Allí encontró ondas puras
y celestial consuelo,
y flores inmarchitas
do reclinar la sien.

Yo soy el peregrino:
la senda de la vida
con fatigoso esfuerzo
antes cruzando fuí.
De amores se abrasaba
el alma comprimida,
acerqueme á la fuente,
acerqueme y bebí.

Acíbar en mis lábios
dejó tan solamente...
¿por qué afligirte ahora

que á su raudal llegué;
Si al fin de mi camino,
en tu pura corriente,
salud y nueva vida
con júbilo encontré?»

Así dije: un dulce rayo
como de aurora que asoma,
partió de sus ojos bellos
y su rostro iluminó.
Y hallé un inmenso tesoro
en su pecho de paloma,
un tesoro de amor santo,
que hasta el cielo me elevó.

MELODIA V.

Tus ojos que derraman luz y vida
y brillan como auroras boreales,
tu dulcísima boca de corales,
tu noble frente pálida y erguida;
Tu mejilla de púrpura teñida,
y los puros contornos ideales
de ese cuerpo, que es palma entre arenales
por vientos aromáticos mecida;
Son tan hermosos, que la envidia aleve
humillada por tí, con lengua odiosa
ni á murmurar de tu beldad se atreve.
Mas juro con verdad, querida Rosa,
que es para amarte lo que más me mueve,
el ser tu alma mucho más hermosa.

MELODIA VI.

Desde los dias de mi tierna infancia
amo la noche con profundo amor;
los tibios rayos de la blanca luna
muy más me halagan que la luz del sol.
Ellos se tienden sobre monte y llano
y amigos dulces de los vates son,
por que ellos prestan al dormido mundo
místico velo de ideal color.

Los ví brillar sobre tranquilos mares
cual la mirada celestial de Dios,
tristes escombros de ciudades muertas
hé contemplado á su reflejo yo.
Y el alma mia conmovida en tanto
su vuelo altivo desplegó mejor:
luna apacible, solitaria noche,
¿quién un lenguage tan sublime os dió?

Mas ¡ay! no fuísteis tan queridas nunca,
ni os esperé con tan inquieto ardor,
cual hoy que abrasa mi agitado seno
llama de amores que el amor prendió:
Cual hoy que viene misteriosa y breve
tras de vosotras caminando en pos
la hora felice, de venturas llena,
en que se goza ardiente el corazon.

Hora anhelada, cuando tú te acercas,
¡con qué impaciencia al moribundo sol
alzo los ojos y quisiera entonces
su lento curso apresurar veloz!
¡Cómo contemplo las distantes nubes
donde refleja vivo resplandor!
¡Cómo las áuras de mi amada fingen
los pasos leves y la dulce voz!

¡Cuál los luceros que á brillar empiezan
de su mirada imitan el fulgor!
¡Cómo las ondas del sonoro rio
corriendo pásan murmurando amor!
¡Qué languidez en el ambiente aspiro!
¡Cómo mi mente alcanza en su ilusion
la edad futura, que el destino siempre,
siempre á los ojos del mortal veló!

Siento en mi pecho resonar un nombre,
que en mi sueño tambien me acarició,
un fuego inmenso y misterioso siento
de vena en vena circular veloz.
¿Sabes qué nombre delicioso es ese?
¿Sabes qué fuego por mi ser cundió?...
Rosa, es tu nombre que pronuncia el alma:
es un delirio que se llama amor.

¿No lo sentiste en tu agitado seno?
¿Nunca tu sueño plácido arrulló
una palabra, un eco vagaroso,

recuerdo mio, lánguida ilusion?
¿Nunca mi imágen en las ricas nubes
que de purpúrea luz colora el sol,
de cerca ó lejos, entre albor ó sombras,
tu pensamiento cariñoso vió?

Cuando la tierra, como jóven bella
que orna su sien con una y otra flor,
miras vestirse de lujosa pompa,
dime ¿estoy lejos de tu mente yo?
Si desfallece en el helado invierno
y mústio el árbol pierde su verdor,
¿no piensas tú que sin pasion la vida,
es como suelo donde falta el sol?

Sí; tu palabra, tu ademan, tus ojos,
claros espejos de tu alma son;
ellos me dicen qne mi intensa llama
luce en tí misma con perenne ardor.
Ellos me dicen que la suerte quiso
juntarnos ¡ay! para gozar los dos
de ese delirio extático y sublime,
que tu comprendes cual comprendo yo.

Por eso, Rosa, de mis pasos siempre
conoces tú de lejos el rumor:
solo por eso entre la sombra densa
me vé tu anhelo, si tus ojos no.
Y cuando exhale mi postrer suspiro,
ruego con ánsia me conceda Dios,

que esté dormida en el zenit la luna,
y entre tus brazos deliciosos yo.

MELODIA VII.

Los perfumados vientos voladores
cruzan las ondas, y con frescas alas
en los bosques asiáticos murmuran:
se estremecen los cedros, y vibrando
son gigantescas liras del desierto;
mas tu voz, tu recuerdo, tu mirada,
mi corazon inundan de armonia
en inmenso raudal. Brota, se extiende,
escápase del lábio si respiro
dichoso junto á tí; si no te veo,
mi mente inspira y en mis cantos vive.
Y ¡cuántas veces en menudos trozos
rompí el papel y lo arrojé á las llamas,
vencido, mi impotencia maldiciendo!
»¿Y eres poeta?» Con desden profundo
me preguntaba entonces: »de la esfera
tú pintarás en la callada noche
los astros mil que centellantes giran,
el alto monte, el solitario valle
donde la flor su gentileza oculta,
el mar en calma cual leon dormido;
ó ya, encrespadas las terribles ondas,
alzándose á la voz del ronco trueno.
Mas de tu alma el piélago agitado
no sabrás describir; sentirla solo,
abrasarte en su fuego es tu destino.»

Así exclamaba: el desaliento ¡ay triste!
me comprimia con su mano yerta.
Hoy no me aflige, y celebrar pretendo
de mi anhelada libertad el dia;
escucha, pues, los pensamientos dulces
que te consagra tu feliz amante.

Al monótono son de lenta lluvia
que se estrellaba en los cerrados vidrios
del aire con las ráfagas veloces,
en tu aposento, al resplandor dudoso
de soñolienta lámpara velada,
y del hogar tranquilo junto al fuego,
¡cuántas veces, mirándote, las horas
sin conocerlo yo se deslizaron!
¡Qué delirios, qué imágenes, qué goces
soñó mi anhelo, acarició mi mente!
Tu cabellera negra contemplaba,
tu blanca frente, tus azules ojos
claros, serenos cual profundo lago:
tu boca do vagando estar parece
eternamente el codiciado beso,
tu gentil, airosísima cabeza;
y dejando volar mi fantasia,
pensamientos tan bellos meditaba.

¿Es muger? ¿Es un ángel? Cual los hijos
alados de los cielos, si sonríe
su lábio es una fuente deliciosa
de infinita dulzura, que enagena

y blandamente el corazon traspasa:
si gime triste, su precioso llanto
me purifica y la virtud me infunde:
su paso tiene encantos misteriosos,
su voz, vibrando con extraño timbre,
el recuerdo me inspira de otro mundo,
de otros conciertos que el mortal ignora
y en místicos delirios adivina.
Ay! en mi oido resonando siempre,
ni aun en mis sueños olvidarla puedo;
y me figuro la escuché muy niño
cuando dormia en mi inocente cuna!
Dios me conceda que al morir me halague!

En otros tiempos venturoso el hombre
celestiales visiones contemplaba,
conservando más puro el sacro aliento
del Infinito Ser, que ante sus ojos
del alto firmamento descendia
para inundarle en magestad y en gloria.
Y entonces sus amigos, sus hermanos
eran los mismos ángeles: la senda
del bien y las virtudes le enseñaban,
sostenian sus pasos: en sus sueños
sin velo le mostraban lo futuro,
daban paz á su frente; lo eran todo,
esperanza, consuelo, fortaleza,
sol de sus dias, luna de sus noches.
Hoy los mortales en tormenta ruda
luchan y apenas á su Dios invocan,

y cada vez la niebla ante su vista
se desarrolla en dilatados mares
sobre la antorcha de su Fé apagada;
por eso el cielo, á sus gemidos sordo,
les niega el rayo de su eterna lumbre.
Mas el que espera, encontrará consuelo:
y el alma del poeta no vacila
y á la esfera inmortal su voz levanta.
¡Dios de mis padres! Tu bondad sublime
dado me habrá cual premio generoso
esta muger ó ángel, ser extraño,
que arde en mi fuego y vive con mi vida,
que amo y me ama, y cuyo solo nombre
comprende lo que forma mi universo?

Si yo contigo en insolubles lazos,
Rosa, viviera, y para más delicia
fuese en el seno de natura vírgen!
No en la ciudad, no aquí, donde envenena
tanta vileza el aire: donde busca
la envidia los más nobles corazones
para clavar su penetrante dardo,
cual busca el rayo al corpulento cedro
para abrasarlo con furor impio.
Ay! no aquí, donde son con torpe afrenta
fé, virtud, amistad, pátria y amores,
vanas frases, ó torpe mercancia,
que prostituye el vicio y compra el oro.
Mas en el campo, en soledad amena,
allí do en alta voz nos habla el alma,

donde haya bosques y colinas verdes,
esmaltadas de flores, y aguas limpias
sobre menudas guijas murmurando
adonde vayan á beber las aves:
áuras, perfumes, transparente cielo,
y á lo lejos el mar... Nunca mi mente
soñó paisage bello ni sublime,
que no bañasen sus cerúleas ondas;
ni el pensamiento á concebirlo alcanza
ahora sin tí, que mi existencia animas,
ángel querido, con tu amor profundo.
En ese Eden nosotros ¡cuán felices
veríamos correr las prestas horas!
Yo tuyo, mia tú, los dos unidos
un aire y una vida respirando,
en una confundiendo nuestras almas,
por amor, por virtud, por pensamiento;
en la aurora, en la tarde, cuando tiembla
el moribundo sol entre las olas
y el disco ardiente tras la mar sepulta;
en la estrellada noche; viendo siempre
sobre nosotros desplegar el cielo
sus inefables lumbres y alegrias,
cual si quisiera bendecirnos, Rosa.

Ó tal vez imagino que pasaron
muchos años por mí: la edad severa,
y más aún el infortunio triste,
arrugaron mi frente encanecida,
y á mis ensueños fatigosos dieron

sus sombrias imágenes. Cual humo
que en rápido turbion el viento lleva
y desvanece por el grande espacio,
huyeron mis queridas esperanzas,
se deslizaron mis mejores dias,
sin dejar en mi oscuro firmamento
ni un punto azul, ni solitaria estrella,
que prometiese bonancibles horas,
que norte fuera en mi azaroso rumbo.
Rota mi lira, derribado al polvo
por la suerte cruel que en mí se ensaña,
sin fé ya el corazon, sin luz la mente,
pido morir, desesperado y ciego.
Entonces tú, como anhelada aurora
que súbito disipa la tormenta
y vuelve á la natura vida y gozo,
á mis cansados ojos apareces,
y tu mirada iluminando el alma,
en ella vierte plácido consuelo.
Que es tu destino el endulzar mi vida,
el separar de mí la amarga copa,
y mi rudo sendero ornar con flores.

Otras veces ansioso el pensamiento
triunfos, riquezas y esplendor desea;
y me figuro verte deslumbrante
envuelta en nube de orientales gasas,
en carroza magnífica de oro,
ceñida de diamantes la alta frente:
y óigo el rumor confuso que se eleva

de la apiñada multitud absorta;
mientras que tú radiante, noble, erguida,
cruzas conmigo entre el asombro mudo,
cual fugitiva exhalacion del cielo.

Semejantes imágenes mi mente
forma, y se pierde en ellas meditando,
en esas noches en que lenta lluvia
se estrella en el cristal de tu ventana
y silva fuera desatado el viento;
en esas noches que en silencio miro
de tu hermosura espléndida el tesoro.
Y con viveza tal sus cuadros finge
la exaltada pasion, que en una hora
vivo cien años y contigo siempre.
¿Ilusiones serán, serán delirios?
¡Ay! no lo sé; mas si á tus plantas nunca
poner pudiere el brillo pasagero
de la opulencia; si á los dos acaso
persigue el infortunio, y largamente
én nuestros pechos sin piedad se ceba,
recuerda entonces que la suerte elige
víctimas nobles, que el dolor acerbo
nos purifica como el fuego al oro,
que el rayo hiere la sagrada torre,
mas nunca baja al cenagoso junco.
Y piensa que el laurel de los poetas
sombra te hará, mientras mi lábio cante
ensalzando con éxtasis tus gracias:
que siempre podré darte, dulce Rosa,

un corazon honrado, un nombre ilustre,
y un amor sin igual, que eterno viva
del tiempo vencedor y de la muerte.

Sevilla. Setiembre. 1861.

A DANTE.

SONETO.

(TRADUCCION DE MIGUEL ANGEL BUONARROTI.)

Él descendió al abismo: ráudo luego
cuando vió los infiernos, sube altivo,
llega hasta Dios, y de su rayo vivo
muestra á la tierra el increado fuego.

Astro de gran valor, al hombre ciego
lo eterno enseña; mas el hombre esquivo
se complace en mirarlo fugitivo,
cual á sus héroes receloso el griego.

De Dante el libro fué menospreciado
y el noble anhelo, que en su pecho hervia,
por la envidia que siempre al génio oprime.

Mas... ¡si yo fuera él! Si igual mi estado,
¡cómo aun el cetro mismo cambiaria
por su destierro y su virtud sublime!

A UNA ADÚLTERA.

SONETO.

Cuando tu llama criminal ardia
ultrajando el honor, la ley del cielo,
pudo esconder la noche con su velo
esa tu vil profanacion impía.

Pudo ocultarte la tiniebla umbría
del ángel tuyo el indignado vuelo,
y mitigar el hondo desconsuelo
que en tu agitado corazon nacia,

Mas ya inunda la luz el rojo oriente;
¿adónde irás con tu vergüenza ahora?...
¿Con qué valor levantarás la frente?...

¡Cuán abatida la miró la aurora!
Para lavar tu mancha, eternamente,
esposa desleal, recuerda y llora.

A CALDERON.

SONETO.

Niño era yo, y apenas discernia
los signos que dan cuerpo al pensamiento,
cuando tu extraño y varonil acento
con balbuciente lábio repetia.

Aun no toda su fuerza comprendia,
ni alcanzaba á medir su atrevimiento;
mas en él por oculto sentimiento
raudal feliz de inspiracion bebia.

Despues mi canto férvido, sonoro,
vibró ensalzando la virtud, la gloria,
únicos astros cuya lumbre adoro.

Y hoy, que te admiro en la española historia,
que estudio de tus obras el tesoro,
¿me faltará un recuerdo á tu memoria?...

A LA EUCARISTIA.

SONETO.

Por más que se levanta el pensamiento
con vuelo desusado y peregrino,
hallar no puede en su ideal camino
otro tan alto y singular portento.

Que baje Dios desde el eterno asiento,
que en carne cambie el pan, en sangre el vino,
que habite el cuerpo del mortal mezquino
y se confunda y viva con su aliento;

Misterios son en que se abisma en vano
aun del ángel la clara inteligencia,
cual piedra en la extension del occeano.

¿Quién investigará la *Eterna Esencia?*
Absorto y mudo ante el grandioso arcano,
invoco yo la Fé, y ella es mi ciencia.

A LA BUENA MEMORIA

DE D. RAFAEL DEL HOYO.

SONETO.

Si de la tumba penetrais el velo,
en ella sola encontrareis cifrada
á un tiempo mismo la terrible *nada*
y la sublime eternidad del cielo.

El polvo muere; mas feliz consuelo
el alma noble entonces desligada
alcanza al fin en la region sagrada,
tornando á Dios con generoso vuelo.

¡Rafael! Si tu espíritu en la altura
aspira el áura de divina gloria,
en la tierra tambien tu imágen dura;

Que al dejar esta vida transitoria,
quedó grabada indestructible y pura
de tu esposa y tu hija en la memoria.

EPITAFIO A D. F. G.

SONETO.

Descansa en paz! Sobre tu losa fria
lágrimas corren de piedad cristiana;
¡astro infeliz, nublado en tu mañana,
á otro mundo tu luz radiante envia!

Tú, Sacerdote y Sábio, cuando hervia
el fuego en tí de juventud lozana,
entre la sombra del sepulcro vana
el sol hallaste del eterno dia.

Mas deja que te rindan cual tributo,
padres y hermanos de su fiel ternura,
llanto de amor y religioso luto;

Y mientras gozas en la sacra altura
de tus virtudes el glorioso fruto,
á Dios presenta su plegária pura.

A UNA AMIGA,

EN SU REGRESO A SEVILLA.

SONETO.

Tras lentas horas de tiniebla oscura
hé visto despuntar la nueva aurora,
derramando su luz encantadora
por el soberbio monte y la llanura.

Hé bebido en la fuente de agua pura
despues de larga sed abrasadora,
hé gozado salud consoladora
pasado ya el rigor de fiebre impura.

Mas nunca, dulce amiga, el pecho mio
latió de paz y de ventura lleno,
cual hoy que tornas á tu pátrio rio.

Que eres á un tiempo luminar sereno,
cristalina corriente en el estio,
salud que vuelve al fatigado seno.

A UNA AMIGA, EN SU DIA.

SONETO.

Pues se alegra mi pecho en tu ventura,
suene mi voz, amiga encantadora,
hoy que radiante cual la nueva aurora
alzas tu frente virginal y pura.

Describiré tu plácida hermosura,
tu simpático acento que enamora,
y la llama perenne, abrasadora,
que en tus ojos magníficos fulgura.

Y diré, hija feliz de Andalucia,
que eres astro de bien y de consuelo,
perla que el mar de oriente envidiaria.

Mas ¿dónde aspiro á remontar el vuelo?
¿Qué pluma, qué pincel en su osadia
pudo pintar los ángeles del cielo?

A UN AMIGO.

SONETO.

Si como estás con lènta calentura
y otros males el cuerpo lastimado,
estuviese tu pecho traspasado
de enemigo puñal ó lanza dura:

Y próximo á la cierta sepultura
vieras tu aliento huir arrebatado,
cual pájaro que vuela desligado
por la etérea region azul y pura;

Tus amigos profundo desconsuelo
ó sintieran, ó hubiéranlo fingido,
que hay sobrada ficcion acá en el suelo.

Mas ¡ay! tan solo la que tú has querido,
la que adorando estás con tanto anhelo,
te mirara espirar en el olvido.

Con motivo de la sensible pérdida de la Señorita Doña Dolores Garcia de Meneses, á su padre y hermanos.

SONETO.

Tan jóven y tan llena de ventura,
y morir en su dulce primavera!
¡Pálida flor cortada en la pradera
cuando en oriente el sol claro fulgura!

¡Ave gentil, ó nubecilla pura
que fué á perderse en la sublime esfera!
Huyes del polvo terrenal ligera,
huyes, y dejas luto y amargura.

Mas enjugad, amigos, vuestro llanto
y mitigad el hondo desconsuelo;
ella gloria inmortal respira en tanto.

Y acompañar no debe triste duelo
al alma justa, que con gozo santo
ya libertada se remonta al cielo.

A D. JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.

SONETO.

Un altar es el alma del poeta,
de noble inspiracion rico venero,
lo grande, lo sublime y verdadero
en él reciben oblacion completa.

Esa alma libre, soñadora, inquieta,
jamás desmaya de su ardor primero;
combate y vence: el universo entero
su fé, su ardor, su elevacion respeta.

Si el generoso espíritu encendido,
sientes de inspiracion la viva llama,
canta, y libra tu nombre del olvido.

Lo librarás; tu amigo que te aclama
digno del galardon apetecido,
te ofrece de laurel ilustre rama.

A D. GUMERSINDO LAVERDE.

SONETO.

Que tu sensible corazon padece
bañado de inmortal melancolia,
y en los misterios de la noche umbria
consuelo buscas cuando el mal acrece;

Bien lo dice tu acento, que parece,
al resonar con grata melodia,
áura que vaga perfumada y fria
en hondos valles donde el lirio crece.

Mas no desmayes, ni en la tierra impura
calmar pretendas tu constante anhelo,
que solo brinda el cáliz de amargura.

Tu espíritu despliega en ráudo vuelo,
y contemplando el sol que siempre dura,
huye del polvo vil, álzate al cielo.

A D. MANUEL VILLAR Y MACIAS.

SONETO.

¡Cantor y amigo! Generoso el cielo
con luz de inspiracion bañó tu frente,
dió á tu voz el estruendo del torrente,
el suspiro del áura en blando vuelo.

Así tus himnos vierten el consuelo
en el herido corazon doliente,
y al escucharte elévase la mente
á otra esfera inmortal lejos del suelo.

Eres poeta: extenderás la fama
del claro Tormes, de tu pátrio rio,
que tanto puede tu fogosa llama.

Y si la envidia con aliento impio
su hiel acerba sobre tí derrama,
jamás olvides el apláuso mio.

A D. Raimundo Miguel, con motivo de la injusta censura dirigida contra su «Exposicion del Arte Poética», de Horacio.

SONETO.

Si borrascosa nube se engrandece
velando en sombra el puro firmamento,
no combate al pasar el ronco viento
la vil ortiga que entre el polvo crece.

Más ilustres despojos apetece
el huracan en su furor violento,
y el roble de cien brazos corpulento
y la encima firmísima estremece.

Así cuando la envidia el dardo agudo
con saña arroja, el ánimo abatido
en su propia bajeza tiene escudo.

Y de la fiera punta se vé herido
quien como tú, Raimundo, al sol levanta
la ciencia noble y las virtudes canta.

IMPACIENCIA.

Pasándose ván los dias
lentamente y en silencio;
así pasan torvas nubes
por la inmensidad del cielo,
mientras se acerca la lluvia
en alas del ráudo viento.
Quisiera regir ahora
la rueda instable del tiempo:
os juro que no me espanta,
ni intentara contenerlo;
antes su incesable curso
precipitara mi anhelo,
sus acompasadas huellas
aun más rápidas haciendo,
porque mi espíritu ardiente

las deja atrás en su vuelo.
Es verdad que de la tumba
nos acerca á los linderos;
mas de la callada muerte
ignoramos los misterios:
tal vez es cuna el sepulcro
y nuestra existencia sueño.

Cuando vago caviloso
bajo puro firmamento
por los solitarios campos
que ilumina un sol de fuego;
ó al espirar de la tarde
reclinado en valle ameno,
á la sombra del olivo,
al márgen del arroyuelo,
la campana religiosa
óigo vibrando á lo lejos,
mística voz que nos llama
á la oracion y al silencio;
y entonces cruza mi mente
melancólico recuerdo,
y en lo profundo del alma
brotar un cántico siento,
que solo á mi génio pide
sonidos, colores bellos,
vivas imágenes fuertes
que lo vistan con su velo...
¡cómo, impaciente, la rueda
precipitara del tiempo,

para mirar ya cumplido
lo que soñó el pensamiento!

Cuando de amores palpita
lleno de entusiasmo el pecho,
y viene á oponer la ausencia
un alto muro de hierro
que apenas salvarlo pueden
la esperanza y el recuerdo;
ya en imágenes queridas
de placeres ¡ay! que huyeron,
ya en ilusiones risueñas
para el porvenir incierto,
¡con cuánto ardor impulsara
la rueda lenta del tiempo,
haciendo pasar los dias
como rápidos momentos!

Cuando en la grandeza antigua
de mi pátria ilustre pienso,
de esta pátria noble y fuerte,
reina de dos hemiferios,
del valor insigne cuna,
fecunda de heróicos génios;
y hoy afanosa la miro
de su humillacion saliendo,
restañando las heridas
que con sacrílego acero
en sus entrañas de madre
sus mismos hijos abrieron,

y al orbe todo mostrando
el nunca perdido esfuerzo;
¡ay! entonces se conmueve
profundamente mi pecho:
aguardo que el sol de gloria
brille en su esplendor primero,
y precipitar quisiera
la lenta rueda del tiempo!

Cuando al extender los ojos
miro naciones y pueblos
que son esclavos, y olvidan
que para libres nacieron,
que en altas voces los llama
la eterna ley del progreso,
que el hombre esclavo no es hombre,
ni la libertad es sueño;
y torpemente abatidos
al yugo doblan el cuello...
¡Oh! para lavar su afrenta
quisiera encender su pecho,
para contemplar su triunfo
precipitar los sucesos,
precipitando anhelante
la tarda rueda del tiempo!

Pero á veces me figuro,
y delirante lo creo,
que un espíritu invisible
há escuchado mis acentos,

y llega, y cual si lo viese
infunde horror en mi pecho,
y con amarga ironia
se burla de mi deseo.
Así dice, y sus palabras
aun olvidarlas no puedo.

»¿Por qué despeñar quisieras
la augusta rueda del tiempo?
¿Por qué impelerla pretendes
adonde ván tus deseos?
Déjala, infeliz, que avance
su eterna huella siguiendo:
anhelarás algun dia
contener su movimiento,
y te arrastrará consigo,
su velocidad gimiendo.
En vano: todo es en vano!
Hallará tu osado empeño
en el umbral del sepulcro
incomprensible misterio:
lo futuro, impenetrable:
lo pasado, un breve sueño.
Pide entonces que apresure
su tarda carrera el tiempo.»

Écija. 13. Marzo. 1860.

LOS HERIDOS DE ÁFRICA.

ROMANCE.

Si veis que corre un gran pueblo
presuroso á la ribera,
en el lejano horizonte
clavando mirada inquieta;
y ni la noche sombria,
ni la lluvia lo dispersa;
si el entusiasmo lo agita,
si se abrasa de impaciencia,
y brilla en cada semblante
un sentimiento, una idea;
es que ese pueblo piadoso
á sus hermanos espera:
á los que su noble sangre
vertieron en la pelea,

allá en África clavando
la castellana bandera.

Si oís un vibrante grito,
una aclamacion inmensa,
voz unánime y ardiente
que del corazon se eleva,
viva que lanzan los lábios
y lo repite la esfera,
y de los ásperos montes
las rudas cumbres atruena;
es por que ya se descubre
en lontananza una vela,
y un buque en alas del viento
rápidamente se acerca.
En él vienen los valientes
que en las africanas tierras
hicieron brillar con gloria
la castellana bandera.

Si mirais unos soldados
que en su faz pálida muestran
las señales indelebles
del fuego que los alienta,
y escuchais en torno suyo
votos y plegárias tiernas,
con que el pueblo generoso
salud y bien les desea;
no pregunteis sus hazañas;
cada pecho las recuerda,

cada español las bendice
y el eco do quier las lleva.
Soldados son de la pátria,
cayeron por defenderla:
por ellos se alza triunfante
la castellana bandera.

Heridos! Hermanos mios,
los que volando á la guerra,
dejásteis vuestros hogares
por la africana ribera;
los que clamásteis venganza
contra la traidora ofensa,
y el hercúleo mar pasando,
en larga lucha sangrienta,
afrontásteis dura muerte
con faz altiva y serena;
dignos hijos sois vosotros
de aquellos héroes sin mengua,
á cuya gloria fué escasa
en ambos mundos la tierra.
Las profundas cicatrices
que ufano el soldado muestra,
son en su pecho y su rostro
del honor claras estrellas:
dicen con voz elocuente
el valor de quien las lleva;
son de su lealtad insignias
y el blason de su nobleza.
Lucen más ante los ojos

de quien la pátria venera,
que el oro fulgente y puro
y las asiáticas perlas.

Heridos! Hermanos mios,
bálsamo en vosotros vierta
para calmar los dolores
que ahora en el lecho os cercan,
el saber que os vió la España,
y os ama la España entera.

Sevilla. 1860.

EL GRITO DE POLONIA.

Cuando el Criador con gigantesca mano,
la tierra en ejes de diamante puso,
¿tal vez formar al hombre se propuso
siervo cobarde ó criminal tirano?

(HEREDIA.)

No hay amigo para amigo,
no hay hermano para hermano;
el *ay* postrero que exhala
todo un pueblo asesinado,
si alcanza á los otros pueblos,
no interrumpe su descanso,
no interrumpe sus placeres,
ni arma sus ociosos brazos.
»¿Qué nos importan, exclaman,
las penas de los extraños?
Su sangre no es nuestra sangre,
ni sus campos nuestros campos,

su libertad no es la nuestra;
vivan ó mueran, dejadlos.»
No hay amigo para amigo,
no hay hermano para hermano.

En tanto el Vístula corre
hondamente ensangrentado:
la vergüenza con la muerte
alzan allí trono infando:
para la muger, la afrenta:
para el guerrero, el cadalso:
hay horfandad para el niño,
oprobio para el anciano.
A todos alcanza, á todos
la bondad del soberano
que tiende el odioso cetro
entre falanges de esclavos,
y sobre Polonia manda
la desolacion y estrago.
Solos, unò contra ciento
luchan los héroes polacos,
y aunque ornados dè laureles,
pocos son, ván espirando.
Europa muda los mira;
¿no hay en Europa soldados?
¿No hay gobiernos liberales?
¿No hay pundonor, no hay cristianos?
No hay amigo para amigo,
no hay hermano para hermano.

Mañana el indiferente
verterá mares de llanto,
al mirar sobre su pecho
puñal traidor levantado:
al mirar mancha en sus glorias
y cadenas en sus brazos.
Á su vez clamará auxilio:
oirá á su vez cón espanto:
»¿qué importan para nosotros
las penas de los extraños?
Su sangre no es nuestra sangre,
ni sus campos nuestros campos;
su libertad no es la nuestra;
vivan ó mueran, dejadlos.»
No hay amigo para amigo,
no hay hermano para hermano.

Cuando Polonia haya muerto
bajo el hacha del tirano,
y baje un pueblo al sepulcro,
y todo esté consumado;
cuando su verdugo impune
alce el sacrílego brazo,
con inmundo desafío
á cielo y tierra insultando,
Europa querrá tardía
poner límite al estrago:
sus diplomáticas notas
serán del muerto el sufragio,
y al hollar su noble tumba,

en ella verá grabado:
no hay amigo para amigo,
no hay hermano para hermano.

Sevilla. 25. Mayo. 1863.

A UN ARTISTA.

Aquí brota el laurel y brilla el génio
cual rojo sol en la mitad del dia.
Actor sublime! Al verte, al escucharte,
al levantar por tí su fantasia,
otro pueblo extasiado, enardecido,
á tu talento rendirá ovaciones
y el alto apláuso vibrará en tu oido;
mas á tu voz jamás los corazones
responderán con entusiasmo tanto,
como en la pátria del divino Herrera,
como en la pátria del pincel y el canto.
Sí, que ella siempre con amor te aclama,
cuando al oir tu inolvidable acento,
admira en tí de inspiracion la llama.
Tú prestas vida, y generoso aliento

y formas dás al héroe que dormia
el sueño de la tumba:
tú lo presentas á la luz del dia,
vencedor de las nieblas de la muerte:
armas segunda vez su brazo fuerte,
mueves su lengua, y con asombro mudo
al sábio contemplamos, al guerrero,
ya con la oliva, ó el tajante acero,
ser de la Iberia luminar ó escudo.
Mas, ¿dónde, amigo, dónde
hallas el timbre, el gesto, la mirada,
la expresion verdadera
que avaro el mármol en su centro esconde?
Solo en tu corazon... Así la tierra
contiene el gérmen de álamo robusto
que luego brota, y al tendido llano
con verde pompa dá sombrio velo,
y meciendo su copa al aire vano,
se gallardea en la region del cielo.
Tal vez el rayo con siniestra lumbre
abrasarlo podrá: tal vez al polvo
caerá con espantosa pesadumbre;
mas al pasar el labrador anciano,
dirá: »el orgullo de los campos era:
cayó: y aun llora el monte y la pradera
su corpulencia y su verdor lozano.»
¡Insigne actor! Cuando el instante llegue
en que abandones la española escena,
dirán los que otro tiempo te escucharon:
»su voz ¡ay! no resuena:

era el honor dei arte, era su gloria:
los que ya se inflamaron con su fuego,
jamás lo borrarán de su memoria.»

Sevilla.

NO HAY CORAZON SIN AMOR.

Solitario en hondo valle
un rojo clavel se abria:
los campos de Alejandria
no vieron tan linda flor.
Su tallo flexible y verde
limpia fuente acariciaba;
y si el áura suspiraba,
suspiraba por su amor.

Allí al despuntar la aurora,
iba con ligera huella
una niña blanca y bella,
que lo adoraba tambien.
Sus tersas hojas besaba,
su grata esencia bebia,

luz y encanto le decia,
gala hermosa del Eden.

Y humedeciendo su mano
en el agua transparente,
gota á gota dulcemente
rociaba su clavel.
Y si mústio lo veia
triste la niña lloraba;
al verlo morir, pensaba
que moriria con él.

Mas vino el ardiente estio,
dobló su corola roja,
volaron hoja tras hoja
y se marchitó la flor.
La niña llora su pena,
llora, y aun llorar no sabe;
mas tuvo despues un ave,
y al ave rindió su amor.

Era una casta paloma,
más blanca que las espumas,
siempre batiendo sus plumas,
con arrullo desigual.
Que entre las ramas del bosque
el nido amigo tenia,
y al nido volar queria
su ternura maternal.

Vuela, mi paloma, vuela,
dijo la niña piadosa,
tiende el ala presurosa
por el firmamento azul.
Vé á tu nido, y cuando arrulles
sobre la rama querida,
dí que un alma dolorida
llora por que cantes tú.

Y adoró la niña luego
al rojo sol de verano,
cual monarca soberano
entre nubes de zafir.
Y del desmayado otoño
los lánguidos resplandores;
que se abrasaba de amores
su corazon juvenil.

Corazon sensible y lleno
de tierna melancolia,
azucena que se abria
para derramar su olor:
Vaso de mirra preciada,
claro y virginal lucero,
de brillo imperecedero,
de purísimo color.

Ella puso el fiel tesoro
de su amor nunca manchado,
en el altar consagrado

de la mística Salen.
Vistió de la casta vírgen,
la túnica misteriosa,
y fué de Jesus esposa,
y solo vivió por él.

Siempre en él su pensamiento
y en los lábios la plegária,
de su celda solitaria
nunca traspasó el umbral:
Mil conciertos deliciosos
allí escuchó embebecida;
de la fuente de la vida
bebió copioso raudal.

Y cuando en vejez serena
sus cabellos blanquearon,
y su rostro marchitaron
los años con su rigor;
Si al cielo alzaba los ojos
para aliviar sus dolores,
no hay corazon sin amores,
clamaba, *todo es amor.*

Sevilla.

A UNA PROFESION RELIGIOSA.

FRAGMENTO.

Prudencia tuya há sido
llevar tu nave al más tranquilo puerto
donde la dicha encontrará segura;
que allí no estalla con fatal rugido
de las pasiones la tormenta impura,
ni angustias gime el pensamiento incierto
entre la muerte y salvacion luchando.
En ese puerto, amparo de tu vida,
gozarás el aroma dulce y blando
de la virtud, á tu existencia unida:
su clara antorcha alumbrará tu senda,
su clara antorcha encenderá en su fuego
tu corazon; á su esplendor sublime
al mismo cielo se alzará tu mente.
No fué otra la sacra llama ardiente
en que Inés se abrasara:

herida de ese fuego en su retiro,
voló el alma de Clara.

. . . .
. . . .

Por tan altos ejemplos conducida
puedes llegar al término dichoso
del bien y la virtud: embebecida
en místicos ensueños ¡cuántas veces
el cáliz gustarás de eterna vida!
Tú como esposa del Señor te ofreces,
y en solitario cláustro te sepultas
en el vigor de juventud lozana,
consagrada al amor de los amores.
¿Quién con más bellas é inmarchitas flores
su pura frente cerca y engalana?

En las verdes orillas de los rios
crece el laurel, orgullo del poeta,
brota la flor, adorno de la hermosa:
de la tierra en los centros más sombrios
del oro encuentra la amarilla veta
quien lo busca con ánsia fatigosa...
Pero allá en el eterno firmamento
está el premio que sueña tu esperanza,
el alto galardon que en su ardimiento
la fé tan solo alcanza.
¿Y qué valen la flor, el láuro, el oro,
de la gloria serena
junto al sagrado y místico tesoro?
¿Qué valen, Magdalena?

EL ANGEL CAIDO.

MARIA.

Ya que el ardor há cesado
de la bacanal impura,
y huyendo la noche oscura
por el aire lenta vá;
Deja que en inquieto sueño
deliren todos, Maria,
el rayo del nuevo dia
sus párpados herirá.

Entonces verán ajadas
las hermosas y las flores,
y pálidos los colores
de la mejilla febril.
Verán pasadas las horas,
verán la verdad sin velo,

y trocarse en lodo el cielo
que amó su afan juvenil.

Tristes son como las tumbas
los albores matinales,
si los cerrados cristales
bañando con su fulgor;
Ahuyentan la amiga sombra
al cruzar la celosia;
entonces muere la orgia,
entonces muere el rumor.

Y el ánimo fatigado
encuentra enojoso hastio,
cuanto mira es triste y frio,
gime su perdido ayer:
Y con desden considera
de las compradas caricias
en las lúbricas delicias
cómo pudo hallar placer.

No muestres fingido gozo;
suspirando estás, Maria:
¿tal vez la amargura impia
devora tu juventud?
¡Oh! sí; tus ojos azules
no han perdido su dulzura,
y aun vibra tu voz tan pura
como templado laud.

Acariciando mi oido
es armonia lejana,
que recuerda en sombra vana
dichas que pasaron yá.
Quiero escuchar de tu lábio
de dónde nace tu pena,
por qué la blanca azucena
mústia inclinándose vá.

Cómo la ilusion há muerto
á las puertas de la vida,
cómo del árbol herida
el ave incáuta cayó.
¡Tan niña! ¡Tan infelice!
¿Por qué naciste tan bella?
¿Por qué al despuntar tu estrella
negra nube la eclipsó?

Es un vate quien te escucha,
que sabe sentir y siente,
sabe de amor y ama ardiente
y te puede comprender.
Él en tu pecho angustiado
que hora consuelo no alcanza,
infundirá la esperanza
calmando tu padecer.

Habla. Mas oye... suspira
entre las rejas el viento,
la luna en el firmamento

trémula brillando está.
Con su arrullo y con su lumbre
el corazon se dilata;
leve arrullo, luz de plata,
que tu tristeza amará.

Dije: su lábio de rosa
un *ay* lanzó comprimido;
más doloroso gemido
ni en la tumba resonó.
Y habló de su vida entonces
la desgraciada Maria,
su mano puesta en la mia
y á su lado atento yo.

»El águila nació para los vientos,
nacieron para el sol los resplandores,
para el festin los plácidos acentos,
y yo nací para llorar dolores.

El llanto es mi destino: ¡cuántas veces
me lamenté en la noche protectora,
y aun no agotadas del pesar las heces
me halló gimiendo la naciente aurora!

¡Oh! sí; mi vida amarga vá corriendo
cual cenagoso arroyo en el estio:
¿cuándo á otro mundo volaré muriendo,
cuándo mi oprobio cesará, Dios mio?

Contemplé de otros soles la belleza
y oscurísimas sombras los nublaron;
de aquellos tiempos, para más tristeza,
los recuerdos tan solo me quedaron.

Pura y feliz mi frente se elevaba,
libre de afan mi corazon latia,
y si al sueño los párpados cerraba,
música blanda en derredor oia.

Era mi encanto mi jardin florido,
el ave que cuidaba con anhelo,
mi porvenir el cláustro bendecido,
mi amor mi madre, mi esperanza el cielo.

Miraba así desparecer las horas,
miraba así desparecer los dias,
y otras claras, bellísimas auroras,
¡ay! renovaban las venturas mias!

Mas mi madre sus últimos gemidos
lanzó y huyeron mis ensueños de oro,
y eternamente contemplé perdidos
mi esperanza y mi amor y mi tesoro.

Huérfana y sola, de la mar del mundo
ví adelantarse la revuelta ola;
creciendo entonces mi pesar profundo,
esclamé con terror: *huérfana y sola.*

¡Ay! ¿qué podrá la mísera barquilla
contra el furor del piélago violento?
¿Resistirá tal vez la flor sencilla
el ímpetu voraz del ronco viento?

Ellas sucumben: plácida inocencia,
antorcha de virtud, perdida calma,
vosotras halagásteis mi existencia:
cuando os recuerdo se entristece el alma.

Y débil lloro, y al secarse el llanto
alzo los ojos al tranquilo cielo,
miro la luz, y templan mi quebranto
suspirando las áuras en su vuelo.

Que tienen para mí dulce sonido,
lánguida voz y mística armonia:
si exhalan al pasar leve gemido,
es que diciendo ván: *¡pobre Maria!*

Tú no procures aliviar, poeta,
con lábio amigo el sufrimiento mio;
hollada y sin aroma la violeta,
¿qué espera yá del matinal rocio?

Deja que llore; y si al cruzar el mundo
desgracia vés cual la desgracia mia,
recuerda entonces mi pesar profundo,
y con ternura dí: *¡pobre Maria!*»

A UNA JÓVEN.

EPITAFIO.

¡Ay! há pasado en juventud lozana
cual hoja tierna que arrebata el viento:
el árbol puede florecer mañana;
ella no puede recobrar su aliento.
Tan solo alcanza la piedad cristiana
á mitigar el grave sentimiento,
ofreciéndola allá en la eterna cumbre
más vida, más amor, más pura lumbre.

Sevilla.

PRESENTIMIENTO.

Á veces nubla mi frente
profunda melancolia,
implacable pensamiento
que el corazon martiriza.
Tal vez será temor vano
que tu cariño me inspira,
será fantasma que abulta
inquieta mi fantasia;
mas se humedecen mis ojos
y algo en ellos adivinas,
pues se ahoga entre tus lábios
la pura, infantil sonrisa,
y entonces al contemplarme
palideces y suspiras.
No te diré mis temores,

tu inocencia turbaria;
y te ama tanto el poeta...
¡triste niña! ¡triste niña!

Los ángeles tus hermanos
de los cielos descendian,
en tu dulce y primer sueño
para mirarte dormida.
Ellos en tí derramaron
gracia y belleza infinita:
aun invisibles ahora
tienden sus alas benditas,
cubren tu ideal cabeza
y tus pasos encaminan.
Que nunca de tí se aparten,
que nunca el sol de tu dicha
apague su luz, ni el llanto
descienda por tus mejillas:
vive feliz, sin que vuelvas
atrás la angustiada vista,
sin que tu poeta esclame:
¡triste niña! ¡triste niña!

Yo ví la rosa del valle
en soledad escondida,
su cáliz plácido abriendo
á las perfumadas brisas:
brindábala el sol colores,
arrullos las claras linfas,
era la reina, y se alzaba

jóven, gallarda y erguida.
Despues la miré con pena
cortada por mano impia,
dando sombra con sus hojas,
á una faz envilecida:
fué besada, hollada luego
en el calor de la orgia.
¿Por qué de la flor se acuerda
siempre al verte el alma mia?
¿Por qué se nubla mi frente?
¡Triste niña! triste niña!

Otras de tu edad temprana
en la opulencia nacidas,
pueden mirar á sus padres
que las llaman su delicia,
que gozosos les anuncian
puros y felices dias.
Mas tú cual ninguna, bella,
tú, cual ninguna, querida,
solo tienes de tu madre
el amor y las caricias,
y el dolor con lenta mano
vá consumiendo su vida.
Si ella muere... si en el mundo
quedaras sin luz ni guia,
entre mares procelosos
frágil y errante barquilla...
¿Dónde hallar seguro puerto?
¡Triste niña! ¡triste niña!

Y ahora que la mañana
de tu juventud florida
en su oriente está brillando
hermosa, clara y tranquila,
hora que con nuevo gérmen
vago amor en tí se anida,
dando á tu casta mirada
virginal melancolia,
á tu voz trémulo timbre,
palidez á tu mejilla...
¡Ay! tan delicioso encanto
el hombre codiciaria;
y es la virtud un espejo,
una tierna sensitiva,
solo el aliento la empaña;
solo un punto la marchita.
y tú sin amparo entonces...
¡Triste niña! ¡triste niña!

Por eso nubla mi rostro
á veces nube sombria,
siniestro presentimiento
que el corazon martiriza,
y tú al leerlo en mi frente
palideces y suspiras.
Mas no temas... son recelos
de mi inquieta fantasia;
jamás tus alas, oh ángel,
manchará suerte enemiga;
que de tu madre piadosa

el cielo guarda los dias,
y te ama tanto el poeta...
¡Triste niña! ¡triste niña!

Sevilla.

SALUDO A CÁDIZ.

Dicen que el mar te retrata
cual cisne de blancas plumas,
que sus hirvientes espumas
son tu corona de plata:.

Que tu nombre en ráudo vuelo
vá desde ocaso al oriente,
y ostenta sobre tu frente
rico pabellon el cielo:

El cielo de Andalucia,
el de estrellas soñadoras,
rojo sol, tíbias auroras,
noche de amor, claro dia.

Y añaden que tu belleza
es perla y flor sin abrojos;
que para encantar los ojos
te formó naturaleza:

Y que cual régia matrona
sobre las ondas erguida,
esperas soplo de vida
tal vez de distante zona:

Que ese soplo vigoroso
que al fin henchirá tu seno,
vendrá por el mar sereno,
por ese mar, que es tu esposo.

Y émula entonces de Tiro,
de Sidon y Alejandria,
te alumbrarán á porfia
el diamante y el zafiro.

Esto dicen: no lo ignoro:
sé tu belleza y tu gloria,
y que brillan en tu historia
nobles páginas de oro.

¿Por qué no habrá quien las cante?
Ojalá con ricas galas,
génio de potentes alas
hasta el cielo las levante.

Y que el pueblo gaditano
admire su heróico acento,
y lo óigan la tierra, el viento,
y el intratable occeano.

Ó si en vez de láuro honroso
cuyo verdor nunca muere,
ceñir á su sien prefiere
rosas y mirto amoroso;

Cádiz, tu recinto ameno
podrá ofrecer á su lira,
aire que blando suspira
de dulces misterios lleno;

Mugeres de tez nevada,
negros rizos que azulean,
ojos donde centellean
relámpagos por mirada;

Y tambien tiernas palomas,
rosas de amor, gran tesoro,
que ostentan cabellos de oro,
lábios exhalando aromas:

Le ofrecerás grato suelo,
claro sol, rica belleza,
donde vertió con largueza
dones mil pródigo el cielo.

Tiempo es ya de que la lira
recobre su honor divino,
que limpie el fango mezquino
con que manchada se mira;

Que no baje de su altura,
que no humille su grandeza,
que no venda su belleza
como cortesana impura:

Así volverán los dias
en que era la voz del canto
del mismo Dios eco santo,
y los versos profecias.

El monte, el cedro, la palma,
himnos alzaban entonces;
sintieron rocas y bronces
el fuego vivo del alma.

Y libre de toda nube
que le diera sombra fria,
se elevó la poesia
cual sol que en oriente sube.

Que cubra perpétua mengua
como fúnebre sudario,
al que llegue al santuario
con vil pluma, ó torpe lengua

Cádiz, insigne matrona,
perla que del mar nacida,
por hermosa, por querida,
mereces doble corona;

Llego á saludarte hoy,
aun entre sombras cercado,
de todos tan ignorado,
que preguntarás quién soy.

Céfiro soy que suspira,
piélago que ruge y canta,
águila que se levanta
y en el sol su imágen mira.

Soy el alma soñadora
siempre ardiendo en fuego puro;
soy la mente pensadora
que se lanza á lo futuro:

La voz que esperan abiertos
los sencillos corazones,
blando rumor de oraciones,
eco de vagos conciertos:

Espíritu desterrado
en el suelo peregrino,
que busca siempre el camino
de su ideal adorado;

Y con notas plañideras
al ver su lumbre eclipsada,
gime cual arpa colgada
en orillas extrangeras.

Poeta soy: soy anillo
de esa constante cadena,
donde refleja serena
la luz inmortal su brillo:

De esa cadena de oro
cuyo orígen nadie sabe,
y hasta que el mundo se acabe
será su lustre y decoro;

Que eslabona ciento á ciento
á cuantos el génio inspira,
sacerdotes de la lira,
soldados del pensamiento.

Disipar la niebla oscura
que envuelve heróicas acciones,
fomentar nobles pasiones,
dar aliento al alma pura;

Abrir la espléndida puerta
del cielo de la poesia,
volver á la luz del dia
la edad ya pasada y muerta;

Hacer un himno de un sueño,
de un pesar tiernos cantares,
ser libre como los mares
que no reconocen dueño;

Lanzarse en las ráudas alas
del pensamiento fecundo,
al sol, á la vida, al mundo
dar fuego, esplendor y galas...

¡Oh sueño imposible y vano
con que delira la mente!
¡Oh verdad para el que siente
del buen Dios la santa mano!

¿Me tocó? ¿Su eterno sello
está en mi frente grabado?
¿Mi conciencia há iluminado
un rayo de un sol más bello?

¿En el libro de la fama
estará mi nombre escrito?
¿En mis ojos lo infinito
brilla con pálida llama?

No lo sé: jamás lo acierto.
Tus hijos, Cádiz, un dia,
tal vez cuando yo esté muerto,
digan en memoria mia:

Ave fué de trino blando,
viento de grande sonido,
y aquí tuvo dulce nido,
y aquí está siempre vibrando.

Cádiz. 10. Julio. 1865.

PARA UN ÁLBUM.

El álbum es como la vida humana;
páginas blancas y futuros dias;
¿pena ó placer los llenarán mañana,
hondos lamentos, blandas armonias?

Quién sabe! A veces cuando el hombre toca
el néctar celestial de gozo lleno,
entre sus lábios la engañosa copa
toda su dulce miel cambia en veneno.

Y tal vez el más aspero camino
con sus rudos abrojos punzadores,
mira feliz trocarse el peregrino
en carrera triunfal ornada en flores.

Mas la voluble rueda de la suerte,
que hundió en el polvo ayer lo que hoy levanta,
nunca intimida el corazon del fuerte,
ni su animoso espíritu quebranta.

Su vida es álbum donde unidos caben
el gozo intenso y la mortal congoja,
por más que en él sus caracteres graben
la pena y el placer hoja tras hoja.

Mientras borrascas cien el hado fragua,
las mira el fuerte en su virtud sencilla,
como pastor que vé pasar el agua
tendido entre la yerba de la orilla.

Deja tú, amigo, deja con sosiego
llenarse el álbum fiel de tu existencia;
que sus páginas Dios las mira luego,
y es Dios el sumo bien, la suma ciencia.

Cádiz. 20. Setiembre. 1865.

BALADA.

Al fin ¡ay triste! su razon perdida
recobra el delirante,
cuando la muerte cuenta de su vida
el postrimer instante.

Al fin te adoro, y hondo sentimiento
agita el alma inerte;
si es de mi vida el postrimer momento,
afortunada muerte!

A D. JOSÉ ZORRILLA.

RESPUESTA Á SU COMPOSICION TITULADA

LA VUELTA Á LA PÁTRIA.

Como las viageras aves
vuelves cantando á tu nido:
sé por siempre bienvenido,
claro Zorrilla, salud.
No te conozco, y te amo;
conquistas los corazones
por las sentidas canciones
que brotan de tu laud.

Vuelves á España: contigo,
noble rey de la armonia,
vuelve la dulce poesia
que en mi niñez me adurmió.
Vuelve la voz soñadora,
eco de glorias pasadas,

la que á historias olvidadas
vida, ser y encanto dió.

¿Y preguntas si se acuerda
de tí tu pátria querida?
España jamás olvida
al hijo que la ama fiel.
Siempre tuvo generosa,
en premio á tu fuego santo,
apláusos para tu canto,
para tus sienes laurel.

Se acuerda de tí; contempla
como nubecilla pura,
la vaga, ideal figura
de tu Moráima gentil.
Aun la vé junto á la fuente,
tan melancólica y bella,
aun mira menguar la estrella
del infelice Boabdil.

Aun recuerda con orgullo
de Alhama la acometida,
y la Cruz triunfante erguida
sobre el calado alminar.
Vé á Isabel reina en Granada
cual astro de inmensa gloria,
y entonando su victoria
cielo y tierra, viento y mar.

Sabe España que á tu acento
otra edad ilustre y fuerte
de su sepulcro de muerte
como Lázaro brotó.
Y evaporando sus nieblas
al sol de tu fantasia,
gran gigante en claro dia
á nuestros ojos se alzó.

Tú pintaste los torneos
de valientes justadores,
los misteriosos amores,
la castellana altivez:
Las góticas catedrales
vibrando en sacro concierto,
y entre las flores abierto
el arabesco ajimez:

La humilde choza, el castillo
con la solitaria almena,
donde el viento ronco suena
y anida voraz alcon:
Donde entre yerbosos muros,
vagan fantasmas temidos,
se oyen extraños ruidos
y vive la tradicion.

¿Cómo olvidarte, poeta,
el de los himnos suaves?
¿Cómo olvidará las aves

el que admiró su cantar?
Quien tendido en musgo blando
al pié de la verde loma,
aspira fragante aroma,
¿puede la flor olvidar?

Llega á los pátrios hogares
de temor y duda libre;
de nuevo tu lira vibre
grandeza, amor y virtud.
Tu estrella brilla sin mancha,
tu ilustre nombre te escuda,
y por mi voz te saluda
la española juventud.

Canta; si el cabello cano
ya sobre tu frente ondea,
nieve será que blanquea
sobre inflamado volcan.
Por más añosa la encina,
no deja de alzarse al cielo,
ni de resistir el vuelo,
del desatado huracan.

Es huracan poderoso
la inspiracion que devora:
cien veces, hora tras hora,
su grande aliento sufrí.
Fiero, pálido, convulso,
algo ví en el aire escrito,

y dije al rayo infinito:
hiere; me tienes aquí.

¡Luchas sin fin, que renacen
de sí mismas con empeño,
dias de afan, noches sin sueño,
fiebre de la inspiracion:
Momentos de angustia y gloria
y de esfuerzos de gigante,
en que vencido ó triunfante,
crece siempre el corazon!

Tú los conoces, poeta;
como yo te has agitado,
palpitante, enagenado,
bajo su imperio fatal.
Yo quedo envuelto en la nube,
tú de ella con gloria sales;
nuestros combates iguales,
nuestra suerte desigual!

Canta: resuenen los dulces
ecos de tu voz bendita:
el céfiro que se agita
no tiene más grato son:
Ni el agua que entre las peñas
filtrando sus lentas gotas,
dá melancólicas notas
con blanda palpitacion.

Y si en varonil arranque
vuelas á grandes regiones,
muestran rudas tus canciones
ímpetu, nervio y caudal.

No eres entonces paloma
dormida en el áura errante;
eres águila gigante
dominando el vendabal.

Cádiz. 30. Julio. 1866.

AL TRIUNFO

DE LA ARMADA ESPAÑOLA

EN EL CALLAO.

Abundosos raudales de amargura
bebes en tu desgracia, pátria mia,
y en medio de tan honda desvèntura,
¿no brillará de gloria un solo dia?

Sí, resplandece: en apartados mares
ya victorioso tu pendon tremola:
ese pendon, que glorias seculares
coronaron de fúlgida aureola.

Ese pendon que dominado el mundo
por la constancia y español acero,
fué, salvando el Atlántico profundo,
á triunfar en América el primero.

Hoy triunfa allí tambien; así lo clama
el bronce herido, el himno de victoria,
la noble Cádiz, que su pecho inflama
con los recuerdos de su antigua gloria.

Mas, en medio del pueblo alborozado,
un pensamiento me conturba y hiere.
¡Con qué sudor de sangre está regado
este heróico laurel que nunca muere!

¡Dejar la casa y el seguro techo
de nuestro amor y juventud testigo,
para ofrecer el valeroso pecho
á las iras del pérfido enemigo!

En esta playa la muger que llora,
el padre anciano, el niño que recrea,
más allá... el oleage que devora,
el cañon que rugiendo centellea!

La lid con el abismo y con el hombre
lejos, muy lejos de los pátrios lares!
Esas horas eternas y sin nombre
de las noches pasadas en los mares!

Y pensarlo... y partir! ¿Quién al hispano
así provoca á la tenaz refriega?
El pueblo vil, que se llamó su hermano,
y hora del lazo fraternal reniega.

Indigno de luchar con el ibero
es ese pueblo desleal, mezquino,
que sin fé en su valor, sin fé en su acero,
busca y paga el puñal del asesino.

Busca despues en extrangera raza
quien defienda su torpe alevosia,
y á España, que es su madre, la amenaza
y el insultante reto al fin envia.

Insensatos! ¿Qué hicísteis? En el seno
la garra ya sentís de los leones:
sobre vosotros cual profundo trueno
ya retumba la voz de los cañones.

Huís despavoridos de occeano
tras los escollos y desnudas peñas;
mas aun allí os persigue el castellano,
aun veis allí triunfantes sus enseñas.

Con vergüenza y terror dejais ahora
al vencedor el litoral abierto,
y atrás volviendo la medrosa prora,
os refugiais al defendido puerto.

¿No veis que puede con tremenda saña,
en esos pueblos que temblando gímen,
á un mismo tiempo la indignada España
vengar su ultraje y castigar el crímen?

No lo temais: del débil la flaqueza
es para el fuerte sacrosanto muro;
mas sentireis vosotros su braveza
en ese puerto que juzgais seguro.

Es el Callao: en su favor se unieron
el génio de la guerra y la natura,
y al invasor osado previnieron
cierta derrota y honda sepultura.

Defiéndenle al entrar enormes rocas
donde hierven las olas cristalinas,
lanzan inmenso estrago por cien bocas
los rayos de la guerra en sus colinas.

Como gigantes de ademan sombrio
baluartes y torres se levantan;
¿dónde los pechos de esforzado brio
que ni el peligro, ni la muerte espantan?...

Hélos allí: ya vienen: no buscaron
repentina sorpresa en noche oscura;
con himnos sus banderas desplegaron
del sol bajo la luz intensa y pura.

Y esos que llegan á lidiar ahora,
hijos de España son: por largos dias
los calcinó la fiebre asoladora,
los azotaron ráfagas bravias:

Combatiólos el piélago que brama
y el hambre con espectros funerales,
quemó sus frentes la insufrible llama
de los ardientes soles tropicales.

Pálidos vienen: harto han padecido:
en las noches tristísimas oian
gemir las turbias aguas al ruido
que al caer los cadáveres hacian.

Mas el rigor constante de la suerte
se estrella en la firmeza del ibero;
que no vacila el ánimo del fuerte,
ni su indomable corazon de acero.

No; con mirada altiva y rostro grave,
bajo los fuegos del cañon contrario,
Mendez dá la señal, y ya su nave
se arroja audaz al hecho temerario:

Rápida avanza, y su temible seno
rayos sin fin al enemigo envia,
retumba el aire en prolongado trueno,
hierven las olas y se nubla el dia.

Todos le síguen: el valor hispano
al triunfo vuela, ó á morir con gloria;
que quien vacila en el combate insano,
indigno es de alabanza y de memoria.

Y allí con Mendez ván esos valientes
que el mar encaneció y el riesgo irrita;
y esos niños tambien, en cuyas frentes
el beso maternal tíbio palpita.

Y todos héroes son: del peruano
el enorme cañon atruena el viento,
y el torpedo en el seno de occeano
flota traidor de víctimas hambriento.

En vano á un tiempo al español combaten
la astucia y el furor y el mar que brama...
¿Quién podrá resistir pechos que laten
cuando la voz de pátria en ellos clama?

¿Diré su triunfo? Para su alta gloria
entonará la lira heróico canto?
Que lo diga en sus páginas la historia,
que se alegren las sombras de Lepanto.

Que entre humo y fuego nuestra gran bandera
brille cual astro en su inflamado oriente,
y vuelva á ser del mundo la primera,
vencedora y feliz de gente en gente.

Mas... ya la brisa que al estruendo gime
del humo del cañon lleva la nube,
y coronado de esplendor sublime
el sol de nuestra gloria se alza y sube.

Olas del mar y pájaros del viento,
¿dó están las torres que mirábais antes?
Ya no insultan el alto firmamento,
ya no amagan las playas resonantes.

Vedlas por tierra, y en mortal desmayo
entre escombros y sangre el enemigo;
que el fuerte muro, del baldon testigo,
miró tambien de la venganza el rayo.

Cádiz. 6. Noviembre. 1866.

A MI HIJO.

Tu madre mece tu cuna
y te canta dulcemente:
tú al oirla te sonries,
mi alma se deléita en verte.
Por que tu rubia cabeza
manzana de oro parece;
por que hoy esos rojos lábios
que yo beso tantas veces,
por vez primera mi nombre
pronunciaron balbucientes;
por que te adoro, hijo mio,
y mi encanto y vida eres.
Luce la lámpara tíbia,
fuera brama el viento y llueve:
¡cuántos niños á esta hora

de hambre y frio se estremecen!
Mas... silencio: en torno mio
aspiro perfume leve,
óigo un lánguido aleteo
que ya acercándose viene;
es el Sueño: está á la puerta:
duerme, hijo del alma, duerme!

¡Qué dorados son tus rizos!
¡Qué pura y blanca tu frente!
¿Con quién hablas y qué dices,
pues así tus lábios mueves?
¿Los ángeles tus hermanos
tal vez del cielo descienden?
¿Hablas acaso con ellos
de otros mundos, de otros seres?
¡Oh, si volais á esta hora
junto á mi niño inocente,
espíritus invisibles,
amparadle y protegedle!
Murmurad en sus oidos
vuestros cantares celestes,
cubridle, espíritus santos,
con vuestras alas de nieve,
y al soplo de vuestro aliento
que ricos aromas vierte,
mire yo ondular sus rizos
por sus azuladas sienes.
Contigo están los querubes:
tú lo sabes, tú los sientes:

¡oh niñez! Oh edad de oro!
Duerme, hijo del alma, duerme!

Yo velo: mi amor profundo
guarda tu sueño inocente:
y ojalá tu vida entera
guardar y guiar pudiese!
Rosa, el niño está dormido;
no cantes, no se despierte.
Que goce feliz reposo
y con los ángeles sueñe,
mientras fuera brama el viento,
en densos raudales llueve,
y se oye del mar cercano
el hondo rumor solemne.
Estos cantos varoniles
más bien arrullarle deben;
es hombre al fin, y su vida,
solo saberlo Dios puede,
si pasará sosegada
cual arroyo de ondas leves,
ó correrá impetuosa
tal como hervidor torrente.
Tú lucharás; pero en tanto,
goza de tu edad tan breve;
y á la vista de tus padres
duerme, hijo del alma, duerme!

Óigo decir que el sepulcro
guarda misterios solemnes:

es verdad; tambien la cuna
terrible problema envuelve.
Es como indecisa nube
que se forma, avanza, crece;
los rayos del sol y el viento
la coloran y la impelen.
Tal vez tráiga bondadosa
dulce lluvia al campo verde;
tal vez eclipsando el dia
negro pabellon despliegue,
y con el furioso rayo
hunda las torres más fuertes.
Niño, tu cuna es la nube
donde mis ojos se vuelven;
que nunca al fango descienda,
que vaya alzándose siempre,
y alada, gentil, sublime,
hasta el mismo cielo llegue.
Pero... el relámpago brilla,
Rosa, y con más fuerza llueve:
cierra bien las puertas todas;
que el niño no se despierte.

Cádiz.

COLON.

ROMANCE I.

Esa grandiosa edad media
mil y mil veces bendita,
que edad de barbarie y sombras
el ignorante apellida,
en el reloj de los tiempos
su hora postrera leia.
Pasaba cual ancho rio
si á los mares se avecina,
despues que con crespas ondas
fecundizó la campiña.
Como tempestad pasaba
que los aires purifica,
y al árido suelo deja
la errante y fértil semilla.
Ella dejó en esos pueblos

que ciegos hoy la denígran,
espíritu independiente,
virtud, libertad y vida.
Levantó sus sacros templos,
pintó sus muros y ojivas,
rompió la dura cadena
que á los siervos oprimia.
Su inteligencia sublime,
siempre audaz, nunca vencida,
perpetuó con la imprenta
la palabra fugitiva.
Inventó el cristal luciente
do la hermosura se admira,
y tiene ya más encantos
y es más dulce su sonrisa.
Cristal que el sábio elabora
dándole fuerza infinita,
y descubre nuevos mundos
que en vastos espacios gíran.
Esa edad vé al hombre débil
y la pólvora le brinda;
y el hombre ya poderoso,
con explosion repentina,
lanza rayos como el cielo,
las montañas pulveriza.
Y esa edad, que otros desprecian,
la mar borrascosa mira,
contempla los horizontes
llenos de nubes sombrias,
oye al triste navegante

llorar su estrella perdida,
vagando con rumbo incierto,
sin luz, sin valor, sin guia,
y piadosa y creadora
con voz pujante le grita.
»No llores la muerta lumbre,
no inclines la frente altiva;
avanza, que ya tu estrella
de nuevo por siempre brilla,
vá contigo, vá en tu nave
á tu voluntad rendida.»
Dice: el navegante adora
la brújula que le envia:
era esclavo, y como dueño
golfos y mares domina.
Si antes columbraba apenas
entre las brumas, perdidas
allá en las aguas distantes
risueñas y azules islas,
ya en ellas graba su planta,
ya en ellas su pendon fija.
Dobla el límite africano
que de horror le estremecia,
y halla sus palmas de triunfo
en los bosques de la India.
Mas aun el torvo occeano
su gran secreto encubria,
aun la América fragante
sola está, sola y dormida,
oyendo dulces conciertos

de sus aves y sus brisas.
América, hermosa vírgen,
templo del sol que te admira,
la de las noches serenas,
la de los brillantes dias!
Duerme, y que te dén su sombra
mangos, plátanos y piñas,
tu despertar será triste,
muy triste, vírgen sencilla!
Mientras yaces blandamente
en el ocio sumergida,
la eterna ley del progreso
desde la Europa te grita,
y el génio con alma osada
te comprende y adivina.
Ese génio poderoso
es Colon: la gente altiva
que se atreverá á seguirle,
son los hijos de Castilla.
Es Colon el héroe ilustre
do la edad media termina,
gloriosa en descubrimientos,
en agitacion y vida:
es la gran figura donde
la edad moderna principia.
¡Coloso entre dos edades,
que dos historias domina,
cual gigantesca montaña
entre dos mares erguida!
Su empresa es la que yo canto,

su virtud la que me anima:
para lo bello y lo grande
nació la sonante lira,
y ¡ojalá que en altos himnos
pudiese vibrar la mia!

ROMANCE II.

COLON LLEGA Á ESPAÑA.

Cuando mireis pobre concha
que os arroja la oleada,
y cual mísero despojo
queda en la marina playa,
sobre la azotada arena
entre las espumas blancas;
cuando mireis roca enorme
estéril y solitaria;
cuando veais leve nube
levantarse en lontananza;
cuando en el hombre indigente
se fije vuestra mirada;
no despreciеis esa concha
que el mar de su seno lanza,
y viene desde otro clima
á ofrecerse á vuestras plantas;
no despreciеis esa peña,
ni esa nubecilla vaga,
ni menos al que en su frente
lleva sello de desgracia.
Tal vez oculte en su seno

perla de riqueza extraña:
tal vez un Moisés futuro
la tocará con su vara,
y á otro pueblo arrodillado
vida y fé darán sus aguas:
la nube á un soplo de viento
puede quedar disipada,
cual niebla que el sol arrolla
al despuntar la mañana;
mas puede tambien á un ángel
conducir sobre sus alas;
ó extenderse pavorosa
y tronar y vibrar llamas,
ser de Dios ardiente carro
que hasta nuestro polvo baja,
cual la temblaron impios,
mientras santos la adoraban.
¿Y quién sabe si el que come
negro pan que el llanto baña,
si el que olvidado de todos
por oscura senda avanza,
un mundo lleva en su mente,
fé inquebrantable en su alma?

¡Qué triste vá el extrangero,
el de la cabeza blanca!
No es anciano, y las arrugas
su augusta frente señalan;
la há surcado el pensamiento
con lenta y perenne llama,

y lumbre inmortal despide
cuando orgullosa se alza.
Crecido cuerpo y airoso,
paso noble, luenga barba,
ojos de mirar sereno,
que ya acarician, ya mandan,
algo extraordinario y grande
en aquel hombre declaran;
aunque con vestidos pobres
y á pié sobre el polvo marcha.
Tal vez el prócer altivo
que en el camino le halla,
ni le dirige un saludo,
ni le tiende una mirada;
mas el campesino humilde
no le esquiva la palabra:
que Dios guarde al caballero,
dice y se descubre y pasa.
El extrangero sonrie,
su sonrisa es hiel amarga.
Lleva de la mano á un niño,
y el niño padre le llama,
sudor muy copioso y polvo
su faz inocente manchan.
En el áspero sendero
imprime huella cansada;
que á un tiempo sed y fatiga
su fuerza débil acaban.
Mas cuando del hijo amado
vacilan las tiernas plantas,

cuando el padre, aun no rendido,
vá á colocarlo en su espalda,
de un monasterio divisan
las veladoras campanas,
y cobrando nuevo aliento
al fin á su puerta llaman.
Pronto la vieron abierta;
por que del Señor la casa,
para el desvalido siempre
fué mansion hospitalaria,
y la caridad habita
el convento de la Rábida.
¡Venturoso el punto y hora
en que Colon llega á España!
¡Bendito el instante sea
en que el génio en su desgracia,
desconocido del mundo,
de Dios á la puerta llama!
Pobre celda y fiel amigo
darán consuelo á su alma:
allí, en el sagrado templo
donde el incienso se alza,
donde el cántico resuena
y la fé no tiene mancha;
allí, del cláustro sombrio
bajo las bóvedas largas,
donde misteriosos ecos
responden á las pisadas,
donde el gigantesco Cristo,
que alumbra apenas la lámpara

tristemente está mirando
por entre tinieblas vagas;
allí crecerá en grandeza,
olvidará sus desgracias,
y su mente soñadora
volará con nuevas alas.
Y voló, y tocó en el cielo.
¡Dios santo! De la ignorancia
triunfar y del miedo torpe,
romper de una vez la valla
que al viejo mundo encadena
con espantosa amenaza;
la puerta abrir de otro mundo
que otro sol más puro inflama;
ser el mortal que primero
grabe en él la osada planta;
fijarle nombre y destino
al sacarlo de las aguas;
darle la Cruz salvadora
de quien es la muerte esclava,
cumpliendo las profecias
que há muchos siglos le llaman;
dejar á su descendencia
altos timbres, gloria clara...
¡hoy es de Colon el sueño;
será la verdad mañana!
En vano, Venecia, en vano
eres del mar desposada:
en vano, Génova, armaste
cien y cien naves ufana:

sordas fuísteis: densas sombras
vuestros ojos anublaban;
no oísteis la voz del génio,
no vísteis brillar su llama:
ni tú, lusitano altivo,
ni tú, vanidosa Francia.
Cuando llegó á vuestras puertas,
todas las halló cerradas.
Como niño que vacila
al mover la débil planta,
no osásteis seguir valientes
del gigante las pisadas;
la América habeis perdido,
con ella riqueza y fama.
Y es que Dios á cada pueblo
diverso rumbo señala,
y en el libro de la vida
su historia tiene grabada.
Cuando el soberbio romano
al orbe entero avasalla,
y solo esclavos contempla
en cuanto su vista alcanza,
¿quién paró su triunfal carro
con su corazon y espada?
¿Quién por largos años tuvo
indecisa la balanza,
y solo á la vil astucia,
no al valor, cedió la palma?
Cuando el torrente agareno
sobre Europa se derrama,

¿quién fué su potente escudo?
¿Quién en secular batalla
detiene la media-luna
y á sus desiertos la lanza?
Ayer, cuando el corso fiero
leyes y tronos hollaba,
y era coloso, y sus iras
reyes y pueblos temblaban,
¿quién con ímpetu de rayo
su frente hiere y quebranta?
Tú ceñiste esos laureles,
tú sola, mi noble pátria!
Ingrato fuera aquel hijo,
que tus glorias olvidara!
¡Oh, cuántas otras futuras
adivina mi esperanza!
Sí; cuando reina el espanto,
cuando todo valor falta,
cuando alguna grande empresa
necesita grandes almas,
mira Dios á las naciones
y dice: *que se alce España.*

ROMANCE III.

MEDITACIONES DE COLON EN LA RÁBIDA.

La fé sin mancha y el génio
se entienden y son hermanos.
Así dos ángeles puros
que nacen del Verbo Sacro,

mezclan lágrimas de gozo
plegárias y tiernos cantos,
al verse por vez primera
en los celestes espacios.
Lo que el sublime piloto
buscó por el mundo en vano,
lo que próceres altivos
y monarcas le negaron,
amistad, ánimo grande,
recto corazon y sano,
hospitalidad abierta
y el más generoso amparo,
todo lo halló juntamente
entre las sombras de un cláustro.
Hallólo todo en Marchena,
varon de talento claro,
que al mirarle, vió en su frente
divino sello grabado.
Y sin preguntarle el nombre,
cual verdadero cristiano,
techo amigo y franca mesa
dió al caminante cansado.
Mas ya lucieron dos soles...
¿qué piensa Colon en tanto?
¿Qué es lo que dice á Marchena
con profético entusiasmo?
¿Por qué los ojos del monge
como el fuego están brillando?
Estos hombres, ayer mismo
desconocidos y extraños,

¿por qué en señal de alianza
se estrechan con mútuo abrazo?
Es que el génio y la fé pura
se entienden y son hermanos.

Luego Colon á su celda
vuelve con tranquilo paso.
En ella encontró dormido
á su hijo Diego: ¡qué vago,
qué tierno brillo en su frente!
Soñando estaba, soñando
como se sueña en la infancia,
con la sonrisa en los lábios.
Inmóvil lo mira el padre,
lo mira y no lo há besado;
es su reposo tan dulce,
que temiera despertarlo.
¿Quién rompe el hilo de oro
que al cielo nos vá guiando?
¿Quién las alas corta al ave
ansiosa de luz y espació?
Colon del niño se aparta
y despliega mapa extraño,
en donde ignotas regiones
trazó atrevida su mano.
Mapa en que están confundidos
verdades, delirios vagos,
los tres viejos continentes
y reinos imaginarios.
Doctrinas de Tolomeo,

proposiciones de Hiparco,
de Platon la rica Atlante,
San Brandan, la Antilla, el cabo
Tormentorio hasta la India
dando al navegante paso,
la isla de siete ciudades
que siete obispos fundaron,
múltiples y osadas líneas
diversos rumbos marcando,
del génio la profecia,
la meditacion del sábio;
todo en la marina carta
recuerdo y huella dejando,
la hacen figurar la imágen
del orbe en su antiguo cáos,
que para animarse espera
súbito y fecundo rayo.
Y ese rayo que dá vida
arde en los ojos del sábio;
está pensativo ahora,
pensativo y solitario,
los codos sobre la mesa,
la frente sobre ambas manos,
viendo levantarse un mundo
más allá del occeano.
Un mundo maravilloso,
un mundo nuevo y extraño,
cual jamás la fantasia
ni en sueños pudo forjarlo.
Áureo sol de pura lumbre

lanza allí fulgor más claro,
allí una luna de plata
tiembla en los vírgenes campos.
Grandes cual reinos enteros
son los bosques nunca hollados,
que entre las flotantes nubes
mecen soberbios penachos.
En curso inmenso los rios
ván sobre lechos dorados;
venas del cuerpo gigante
que fecundan á su paso.
Son los montes fuentes de oro,
mares son, mares los lagos:
vegetacion lujuriosa
con vigor desenfrenado,
la tierra cubre y oculta
bajo espesísimo manto.
Marfil, perfumes y perlas,
gomas, diamantes... ¡Oh, cuándo,
cuándo de la vieja Europa
llegarán allí las naos!
¡Cuándo él, Colon, ese hombre
vagabundo y desgraciado,
ese mendigo sublime
que á los reyes pide amparo
y por un velero buque
les ofrece un mundo en pago,
¡cuándo sobre la alta prora
extender podrá la mano,
señalando las regiones

que saca del hondo cáos!
¡Ver humillarse á sus plantas
los que loco le llamaron,
ciegos al mirar su frente
fuego divino radiando!
Y ese continente es suyo:
lo guarda el abismo en vano;
águila del pensamiento,
su génio lo há conquistado.
Mil veces cuando desmaya
el sol cayendo al ocaso
y sobre las aguas tiembla
su postrer, lánguido rayo,
tras él lanzaba su mente
siguiéndole en el espacio.
¿Adónde ese rey del dia
lleva el centellante carro?
Mientras la sombria noche
nos cubre con triste manto,
¿qué ignotos climas alumbra
su siempre encendido faro?
¿Qué cáusa mantiene al orbe
en sus polos volteando?
¿Dónde está la gran balanza
que nivele peso tanto?
Tierras hay desconocidas:
algunos las vislumbraron,
y dellas dán vaga idea
profetas y libros santos.
¿Quién sabe?... Si hay en la vida

largos y estériles años,
hay celestiales momentos
de inspiracion y entusiasmo:
entonces no es hombre el hombre;
se eleva sobre los astros,
como Dios vé lo futuro...
Dios le muestra sus arcanos!
Y Colon cien y cien veces
en éxtasis abismado,
de los orbes la armonia
oyó en el azul espacio,
y sintiendo lo infinito
estremecióle hondo pasmo,
el llanto acudió á sus ojos,
y la oracion á sus lábios.
¡Há vencido! De su triunfo
le inunda el gozo sagrado!
Hambre, soledad, pesares,
fatigas, necios sarcasmos,
ya ¿qué le importan? Los hombres
pasarán como rebaños,
cual polvo que el viento arrastra
por las llanuras volando;
y él inmóvil, vivo, eterno,
creciendo irá con los años!
Mientras el niño dormia
con los ángeles soñando,
pensaba así el navegante,
el de los cabellos blancos.
Levantóse con silencio,

cruzó tenebrosos cláustros,
buscando en los miradores
aire puro y libre espacio.
Desde allí se descubrian
el cielo y el occeano,
llenos de pavor sublime,
llenos de misterios ambos;
vió sobre su frente estrellas,
á sus piés abismos vagos,
y entre esos dos infinitos
el sol lo halló meditando.

ROMANCE IV.

CONFERENCIA.

Para Dios Único y Trino
mi alma y mi alabanza sean.
Él ensalza al humillado,
postra al polvo la soberbia!
Del mar contiene la furia
con leve muro de arena,
contiene al hombre ante el crímen
con la voz de la conciencia.
Á Pedro, pobre hermitaño
concede celeste fúerza;
y él levanta toda Europa
y contra el Asia la estrella.
Á un monge oscuro el secreto
de la pólvora revela;
de ese rayo con que el débil

rechaza injusta violencia.
Arma á otros débiles luego
con la brújula y la imprenta,
y á Colon la llave de oro
de ignotos climas entrega.
¡Gloria á Dios! Él mismo un dia,
tomando forma terrena,
no quiso empuñar el cetro,
no quiso ceñir diadema;
sino morir abatido
para que el mundo viviera.
Este es el símbolo augusto,
esta la imágen eterna,
de la fé que allana montes,
que vence en grandes empresas.
Es David cuando al gigante
dispara osado la piedra,
y escucha el terrible estruendo
con que se desploma en tierra.
¡Gloria á Dios, que á los humildes
altos hechos encomienda!
Si en las cortes de los reyes
halló solo indiferencia
del genovés navegante
la profunda y noble idea,
hora del cláustro sagrado
vibra en la tranquila celda.
Habla Colon, y le escuchan
su fiel amigo Marchena,
que á la fé del sacerdote

junta del náuta la ciencia;
el médico Garci-Hernandez
vivo ingenio y alma recta;
y Velasco, aquel piloto
de nevada cabellera,
que venció de medio siglo
los vientos y las tormentas;
poco docto en escrituras,
pero de vasta experiencia.
Varones los tres exentos
de erudicion pedantesca,
de ese saber tan mezquino,
que si no comprende, niega:
que. adorando de rodillas
no el espíritu, la letra,
su desnudez propia cubre
con la autoridad agena,
y no hay pensamiento nuevo
que no tache de blasfemia.
Así, en silencio profundo
escuchan con alma atenta,
sin que mancille sus lábios
sonrisa incrédula y necia,
sin que envidias miserables
nublen sus frentes serenas.
Cada cuál conoce y siente
del gran proyecto la fuerza,
cada cuál vé por momentos
disiparse oscuras nieblas,
y sobre errores antiguos

resplandecer la alta idea,
como puro sol naciente
alumbrando la ancha tierra;
que tal poder tiene el génio
cuando la verdad sustenta.
De Colon asombra y pasma
la milagrosa elocuencia!
¿Dónde aprendió ese lenguage
que los ánimos penetra?
En su mente pensadora,
en su alma de profeta,
en la inspiracion divina
que hora desata su lengua;
que con soberano fuego
en sus ojos reverbera,
y aun á su ademan imprime
gracia y magestad excelsas.
En firmes razonamientos
funda su atrevida empresa:
tradiciones olvidadas
que resucita y recuerda;
marítimas narraciones
de desconocidas tierras:
conjeturas de los sábios,
el vaticinio de Séneca,
textos de los Santos Libros
que el cristianismo venera,
concertándose armoniosos
con las luces de la ciencia,
con la redondez del globo,

aun no erigida en sistema;
sus propias observaciones
que la misma verdad sella...
todo se presenta y junta,
se dá mútuo apoyo y fuerza.
Y su fogosa palabra
de entusiasmo y vida llena,
la soledad imponente
que en el monasterio reina,
el mar que se vé á lo lejos
por la ancha ventana abierta.
y con inmenso murmurio
profundamente resuena,
perdiéndose en lontananza,
de la eternidad emblema,
infunden melancolia,
sublimidad y grandeza,
dán al pecho y á la mente
noble ardor, altas ideas.
Cuando calló el navegante
que tales designios piensa,
largo y solemne silencio,
reinó en la tranquila celda.
Así cuando en tiempo antíguo
de David la lira excelsa
estremecida lanzaba
su vibracion postrimera,
quedaban mudos y absortos
el cielo, el aire y la tierra,
esperando los misterios

que anunciaba el Rey Profeta.
Meditando están Velasco,
Garci-Hernandez y Marchena;
son de Colon las palabras
dignas de tomarse en cuenta.
Y al pensamiento del hombre
campo tan extenso muestran,
que en su término infinito
se pierde la inteligencia.
Al fin levantó Velasco
la plateada cabeza,
y el prolongado silencio
su voz rompió la primera.
»Puede ser! Há treinta años,
desplegando la ancha vela,
dejé por el mar y el viento
la hospitalaria ribera.
Nunca las pérfidas olas
estuvieron tan serenas,
nunca en el azul celage
admiré mayor limpieza!
Mas despues de muchos soles
se fué enlutando la esfera,
y estalló del ronco trueno
y el huracan la violencia.
¡Qué furor! Lanzados fuimos
como rápida saeta,
donde jamás nave alguna
izó temeraria vela.
¡Siempre á occidente la prora

por aquella mar desierta!
¿Cuántas millas?... Aun lo ignoro:
cambióse el viento: y su fuerza,
aun siendo mucha, las olas
en calma profunda deja;
yo imaginé al contemplarlo,
que hubiese cercanas tierras.
Mas temiendo al equinoccio,
volví á la pátria ribera.»
Despues habló Garci-Hernandez:
juzgó posible la empresa,
y con muy doctas razones
la misma opinion sustenta.
Enardecido, orgulloso,
alza la frente Marchena:
¿vislumbran otros el triunfo?
Él por seguro lo cuenta:
él otro mundo divisa
que la Cruz de Cristo espera.
Erguido, en pié, su alto cuerpo
toma gigante apariencia:
dice así: »¡Dios es piadoso,
suya la alabanza sea!
Himnos al Señor! Su nombre
todo el universo llena!
En su bondad infinita,
en su prevision paterna,
por ignorados caminos
la suerte del orbe lleva.
Él á Colon há guiado

de este convento á la puerta;
él ilumina mi mente
para comprender su idea,
para deciros ahora
que una edad de gloria empieza!

ROMANCE V.

DESPEDIDA.

Pasa un dia y otro dia,
y en aquel sagrado asilo
con pláticas semejantes
maduran altos designios.
Salvar naciones enteras,
derribar dioses mentidos,
rescatar de los infieles
el gran sepulcro de Cristo,
y con generoso impulso
dar á España tanto brillo,
que ni Salen la igualara
de Salomon en el siglo.
Esto piensan, y este anhelo
en sus almas late vivo.
Colon mira con asombro
aumentarse su ardor mismo:
¡aumentarse! Por ventura,
¿no es su entusiasmo infinito?
Su génio trazóle un rumbo;
¿y en el áspero camino,
acaso un momento solo

há vacilado, há caido?
No; pero la mofa torpe,
el desden amargo y frio,
la abrumadora pobreza,
el sufrimiento contínuo,
le hirieron injustamente
como puñal asesino;
y pudo olvidarlo todo,
y sentir creciente brio,
sintiendo junto á su pecho
el calor de un pecho amigo.
Entonces la primavera
desplegó el manto florido,
como si tomara parte
en su intenso regocijo.
Hubo en el cielo más lumbre,
dió el áura blandos suspiros,
engalanada la tierra
mostró sus tesoros ricos...
Junto al monasterio crecen
antiguas palmas y pinos:
tiende una cruz á su sombra
abiertos brazos benditos;
y en su pedestal sentados
Colon á Marchena dijo.
»Hé llegado á vuestra puerta
miserable y abatido:
por la inteligencia, rey:
por el aspecto, mendigo:
dísteis pan al hambre mia,

á mi verdad los oidos:
fué el hombre hermano del hombre
con lazo de amor benigno;
que Dios os premie, Marchena,
en el santo Paraiso.
Sin vos tal vez el cansancio,
la sed, el largo camino...
Inclinó Colon la frente
y quedóse pensativo:
lentamente añadió luego
hablando consigo mismo:
al caer por tierra el árbol,
cae del avecilla el nido;
sin el sosten de su padre,
¡qué fuera del triste niño!
¡Y ese mundo que me espera,
quizá por siempre perdido!...
¡Cuándo olvidaré estos dias,
esta amistad, este asilo!»
Marchena dice: »no tanto
os mostreis agradecido;
cual cristiano y sacerdote,
me tocaba recibiros;
cual hermano, aconsejaros;
cual hombre, daros oidos.
¿Quién de su puerta despide
al errante peregrino?
¿Quién desdeña de la ciencia
el raudal que brota limpio?
Mas si veis que de algun modo

os dispensé beneficio,
si algo merece el afecto
con que á vuestro plan me inclino,
Colon, mientras no dán frutos
guardad silencio os suplico.
Luchad, venced: dad á España,
dad á vuestro nombre mismo
el decoro, la grandeza,
la fama de que son dignos.
Y cuando de ignotos mares
otro mundo haya salido,
cuando al nivel de los reyes
tengais poder, oro y brillo,
vuestra déuda pagareis
protegiendo al abatido;
para mí no hay recompensa
que iguale á ser vuestro amigo.
En ley de tal, vuestro anhelo
es tambien anhelo mio;
espero, lo que esperais;
lo que meditais, medito.
Pues que marchais á la corte,
no marchareis sin auxilio:
para el padre Talavera
os entrego aqueste escrito:
guardadle mucho: ese padre
es de los reyes bien quisto,
con ellos vive en palacio,
es su confesor y amigo.
Él os llevará ante el trono

y os protegerá benigno,
si venciendo su aspereza,
lograis hacerle propicio.
Mas yo permitir no debo
que á pié cruceis los caminos;
hombre tal que tanto vale,
no marchará cual mendigo.
Cabalgadura os aguarda,
con dineros y vestidos;
vedla allí junto al collado
bajo los verdes olivos.
Partid, Colon, sin tardanza,
Diego quedará conmigo.»
Calló: con silencio triste
se abrazaron conmovidos.
Solo añadió el navegante:
»servid de padre á mi hijo.»
Luego se alejó, y Marchena
permaneció pensativo,
su frente ardorosa unida
de la Cruz al mármol frio.
Lloraba? Soñaba? Oraba?
Desde el mirador vecino
por largo espacio los monges
allí le miraron fijo;
cuando volvió al monasterio,
le vieron grave y tranquilo.
Entre tanto el navegante
caminaba embebecido
en honda melancolia,

en fantásticos delirios.
El sol que ya se ocultaba
tras de los montes erguidos,
los céfiros de la tarde
susurrando entre los pinos,
las sombras que iban tendiendo
sus mantos negros y frios,
lejano son de campanas
que escucha vago y perdido,
blandos rumores del agua,
del bosque ténues suspiros,
sus portentosos proyectos,
la memoria de su hijo,
todo aumenta su tristeza;
mas no enflaquece su brio.
Marcha, Colon; no eres dueño
de pararte en tu camino;
que el porvenir te acompaña
del mundo nuevo y antíguo. (1)

(1) Estos cinco romances pertenecen á la coleccion titulada *Romancero de Colon*, que dispongo para la prensa y formará un tomo aparte.

A LA MUERTE DE QUINTANA,

POETA.

El polvo há vuelto al polvo; mas al cielo
radiante y libre se elevó su alma.
Yo le canté cuando el laurel sagrado
su venerable frente sombreaba:
le canto ahora que envidiosa muerte
lo envuelve y cubre con tiniebla opaca;
ofrenda justa á su virtud debida,
y que su génio espléndido reclama.
¡Anciano! Tu deber sobre la tierra
cumpliste yá: la libertad, la pátria,
el saber, el honor, tu excelso númen
con entusiasmo universal aclaman.
Cumpliste tu deber: luego, espiraste;
así á la voz de plácida mañana
despierta el sol y su brillante carro

sobre las nubes de la noche lanza:
un piélago de lumbre son los vientos,
y al himno celestial de la alborada
sube triunfante en magestad vestido
al trono del zenít: su viva llama
fecunda el orbe, y descendiendo grave
el monte dobla y su fulgor acaba.

¡Oh, cuán dulce es morir, si sobre el lecho
la gloria tiende rutilantes alas!
Si en torno suenan en concierto amigo
bendiciones sin fin, tiernas plegárias!
Otros coronen de ciprés sus sienes,
sus liras órnen con adelfa amarga;
yo no te lloraré. ¿Ni cómo llanto
al mirarte dichoso derramara?...

Más allá de los límites del mundo
un alcázar sublime se levanta,
donde se encumbran al dejar la tierra
los vates dignos de pulsar el arpa.
Allí es eterna la diurna antorcha,
allí es eterno el suspirar del áura,
siempre feliz la primavera rie,
y el fruto encorva la fecunda rama.
Ecos armoniosos y perdidos
bajo techumbres ponderosas vágan,
gratos perfumes el ambiente lleva,
que mientras más se aspiran, más encantan:
no existen horas que la vida cuenten,

y en él su régio trono alzó la Fama.
Es la Fama un espíritu divino,
un ángel inmortal, un ser que abarca
con vuelo infatigable el universo,
y el generoso corazon inflama.
Ante él la sombra de la noche es dia,
las densas nieblas de los siglos rasga,
oye el suspiro de la tierna vírgen,
oye el clamor de funeral batalla;
cántalos luego con sonora trompa
y á la futura edad suspende y pasma.
Ensalzará este espíritu el ilustre
nombre tuyo, Poeta: en las nevadas
áridas cumbres de polares montes,
en el índico mar, en la abrasada
pátria del africano, donde alcancen
los ecos de la lengua castellana,
por siempre sonará; ¡siempre un recuerdo
á la virtud la humanidad consagra!

Alta es la gloria del sublime Dante,
del grande Herrera y Mílton y Petrarca,
de Píndaro y Maron y el padre Homero,
¡entre ellos brillas tú, noble Quintana!
¡Ah! No pongais en su sepulcro flores,
no en el mármol grabeis sus alabanzas;
sobre su tumba el álamo robusto
mueva las hojas de luciente plata:
su mismo nombre su alabanza sea;
¿qué podeis añadir?... Su nombre basta.

Hermosura gentil de rosa y nieve;
valor insigne que al tirano espanta,
invenciones benéficas al hombre,
armonias que el ánimo arrebatan,
prodigios de natura... enagenado
¿quién hora os pintará? Yace callada
su voz, su yerto pecho no respira,
vencedora la edad heló su llama.
Suyo era el cetro del Parnaso ibero,
¿quién hoy lo empuñará con diestra osada?
¡Jóvenes vates! Cuando en otros dias
en la olímpica arena se lanzaba
al suspirado premio el ráudo atleta,
llevaba fija en él tenaz mirada,
sudor ardiente en los nerviosos miembros,
comprimido el aliento en la garganta:
anhelante, brioso, en pos del triunfo
cual huracan indómito volaba,
y tocando en el término, ceñia
de firme encina la silvestre rama.
¿Os detendreis vosotros? ¿Por ventura
asuntos dignos á la lira faltan?...

¡Oh Dios! ¡Oh cielo! ¡Oh mundos del espacio!
Vuestras grandezas desplegad: el alma
absorta, muda, arrebatada os mire,
y á regiones de luz tienda sus alas.
La inmensidad nos sigue y nos rodea,
la belleza do quier muestra sus gracias.
Hirviendo el mar al combatir la roca

Dios, *Dios*, retumba la desierta playa,
y el mismo nombre trémulo murmura
débil insecto entre la humilde grama.
Los cielos ván girando silenciosos,
el hombre busca en ellos su morada;
que siempre por oculto movimiento
alza los ojos y en su azul los clava.
Esta creencia universal, eterna,
¿será tal vez quimérica esperanza?
Desde la cuna á la forzosa tumba
el agitado corazon la halaga;
¡si incierta fuera, con afan perenne,
con frenético amor no la abrazara!
Y esos mil orbes que los aires pueblan,
quizá hollados serán de humanas plantas,
de hermanos nuestros que apartados víven
tambien gimiendo por su antígua pátria.
¡Oh creacion! Unánime concierto
do todo nace de la misma llama,
y todo existe y envegece y muere,
y al mismo fin y término se lanza!
Si bellezas buscais, mirad en torno.
Es la noche: la brisa regalada,
dejando el cáliz de las flores, vuela
leve y sutíl y rica de fragancia:
del sáuce bajo el lánguido ramage
duerme la ola cristalina y blanda,
y cerca al lago la ribera verde,
y sueña el pescador en su cabaña.
De ella una vírgen dolorida sale

sueltas las trenzas por la airosa espalda:
sencilla cruz allí sus brazos tiende
sobre peñas y conchas hacinadas:
la vírgen llora y póstrase abatida
suspirando una mística plegária.
La luna en tanto desde el alto sólio
con tíbia claridad su frente baña.
Ó de la aurora las suaves tintas,
ó de la tarde la tristeza vaga,
ó la naciente primavera dulce,
ó del otoño las marchitas galas,
jóvenes vates, contemplad: la mente
busque de la verdad la lumbre clara:
seguid la senda que á la gloria lleva,
no degradeis la inspiracion sagrada,
y el que descuelle como cedro erguido
pulse la lira que pulsó Quintana.

Sevilla.

AL INVIERNO.

Vén con tus nieves y copiosas lluvias,
con tus pardos celages y tus vientos,
invierno cano, y de la escarcha fria
mire cubierta yo tu espesa barba.
Sí, vén; te espero con afan: que ruja
por los aires el trueno resonando,
desplómese abatido el alto muro,
y el fulgor del relámpago ilumine
inmensas nubes de color sombrio.

¡Oh, cuán fuerte eres tú! Del yerto polo
te elevas cual coloso amenazante,
tiendes las alas, se estremece el mundo,
y la natura amedrentada gime.
Ábrete paso el huracan violento,

cércate en torno la tiniebla oscura,
bajo tu planta el rayo centellea,
son tu acento las roncas tempestades
y te acompaña la inflexible muerte.
No cubres tú de grama el fértil prado,
no te coronan delicadas flores,
no los claros arroyos que murmuran
te aduermen con su música suave,
ni el áura leve en revolanse giro
tus sienes blanda y vagarosa orea.
Mas sí la tierra moribunda cubres
con velo funeral de blanca nieve,
y tu ruda guirnalda son los cedros
y los robles durísimos del monte
que hirió implacable el espantoso rayo.
Te deléitan los férvidos torrentes
que de las cumbres rebramando lanzan
sus turbias ondas, y aquilon sonoro
revuelve con furor tu cabellera.

Trémulo otoño presuroso huye
ante tu ceño y magestad terrible:
los yá marchitos pámpanos agitas
con soplo impetuoso en la llanura,
y los troncos, desnudos de sus hojas:
ellos gímen en voz triste y doliente
tu asoladora saña: muda queda
la fuente de cristal: las tiernas aves
se apiñan temblorosas en su nido;
mientras audaz el águila su vuelo

levanta por los aires, y la vista
clava en el sol encapotado y turbio
que entre nubes se esconde y palidece,
mira á sus plantas la profunda tierra
vagar perdida en el espacio inmenso,
oye el trueno bramar, contempla en torno
del rayo ardiente la fogosa lumbre,
y el desdeñoso párpado cerrando,
tranquila al son de la tormenta duerme.

Cálmase al fin: el alto firmamento
sereno queda ya, y el sol espira:
pronto, muy pronto en la templada zona
su fulgor verterá radiante y puro;
¿mas de sombra cercado el yerto polo,
aguardará que vuelva en tardo giro?
No; que del seno de la torva nube
relámpago fugaz súbito brota,
y pasa, y gira, y rápidos le síguen
relámpagos sin fin... Huyendo inflaman
el aire por do hienden: vése el cielo
encendido brillar cual ancha hoguera,
cual inmenso volcan, que en luz inunda
la vasta creacion. Tú de sus noches
eres la antorcha, boreal aurora,
tú tan luciente como el claro dia:
¡oh! con qué frenesí te mira alzarte
el velloso lapon y te saluda
ante tu pompa y tu belleza absorto!
En tanto rica en magestad difundes

tus vívidos destellos: iluminas
por entre abetos y gigantes pinos,
la solitaria tumba misteriosa
del cantor de las rocas y torrentes,
del sublime Osian. Su lira yace
despedazada allí; mas resonando
la bronca tempestad su sueño arrulla:
y el águila altanera, menos libre
que su espíritu audaz, el corvo pico
afila al par de la sangrienta garra
contra las peñas que sus restos cubren.

¡Árido invierno! Si agitado el noto
silba y el monte en sus raices tiembla,
si las nublosas pléyadas se inclinan
y abundante desplómase la lluvia
cual derramado occéano, y los truenos
roncamente retumban estallando,
Dios, *Dios*, *Inmensidad*, suena en mi oido.
Á esta gran voz mi espíritu se eleva
más fuerte que los ráudos aquilones:
se eleva en alas de su fé y te admira,
soberano Hacedor. Fuego es tu trono,
tu palabra desciende cual rocio
á cuantos orbes tu poder sustenta.
No indignado les niegues tu mirada;
que entonces de ellos triunfará la muerte.

Invierno asolador, tus huracanes
templen las cuerdas de mi arpa, y víbren

con estruendosa y férvida armonia
cual piélago que agita la tormenta.
Flores... ¿Por qué cantar siempre las flores?
¿No hay quien resista ya los grandes tonos
de la voz del profeta? ¿Ningun pecho
palpita ya con sus ardientes himnos?
¿Ó es que sin brio y lánguida la lira
solo quejidos flébiles módula
cual aire blando que entre lirios vaga?
No: retumbad magníficos, sonoros,
conciertos de las ondas espumantes,
estampidos del rayo que destroza
las duras peñás y en el mar las hunde,
cual se hundirá la creacion deshecha
en los abismos de la *nada* un dia.
La tierra es un gigante moribundo
que en su agonia se revuelve y gime,
la voz espera que le diga: *muere!*
Y en su postrera edad, no la suave
cítara debe murmurar amores
al rumor de las áuras adormida;
es un acento atronador, valiente,
el que há de resonar de polo á polo
y extinguirse y morir cuando ella muera.

Siempre á mis ojos triste se levanta
junto al invierno la sañuda muerte;
veo la natura despojada y fria
sin pomposo verdor, sin luz ni aroma,
melancólica y mústia como vírgen

que llora àl pié de silenciosa tumba.
¡Oh campos! ¡Oh dolor! Miro á lo lejòs
árido y yermo el delicioso valle
do tantas veces se elevó mi mente
sobre tus alas, entusiasmo puro:
los plateados álamos, los olmos
que sombra le prestaban, macilentos,
ateridos estan: vedlos cuál álzan
al firmamento los desnudos brazos,
como implorando juventud y vida;
mientras sus hojas en revueltos giros
errantes vágan... Ilusiones bellas,
¿tal vez del desengaño el rudo viento
podrá arrancaros de mi ardiente alma?
De mi existencia en el invierno triste
¿sereis vosotras las marchitas hojas?

Sevilla.

AL VERANO.

Bajo el follage de robusta encina
por la segur y el tiempo respetado,
asilo fiel del ave peregrina
y verde pompa del feraz collado,
miro cuán lento el sol y grave inclina
el ancho disco y resplandor sagrado,
y solo yo con la natura en calma,
melancólica paz siento en mi alma.

Ya vienes tú, consuelo y compañera
en el sendero de mi triste vida,
tú, que engalanas la verdad severa
y formas dás á la ilusion querida,
y nueva luz á la celeste esfera,
y aromas á la selva florecida,

inspiracion, inspiracion ardiente,
con tu llama inmortal toca mi frente.

Del astro rey al moribundo rayo
enagenado admire en torno mio,
el sáuce mústio en lánguido desmayo
besando el haz del transparente rio:
el prado que gentil ornara Mayo
y enciende ahora el caloroso estio,
donde la rubia mies trémula ondea
cuando el céfiro plácido la orea.

¡Oh, cómo á nuestros ojos apareces
de magestad vestida y hermosura,
y cuán grata y fecunda resplandeces
en el campo andaluz, rica natura!
Por tí su fruto en los estivos meses
rinden el monte, el valle y llanura,
y bajo el techo de la humilde choza
el labrador al contemplarlos goza.

Goza, sí; de sudor con larga vena
bañó los surcos fértiles que abria
su reja corva en rústica faena
desde la aurora hasta morir el dia:
la espiga ya creció: muestra serena
el antiguo olivar su lozania,
y el fresco y ancho y delicioso huerto
está de flores y verdor cubierto.

Mas no el olivo ni la mies dorada
órnan tan solo mi natal ribera;
que su lujo y su pompa más preciada
naturaleza pródiga le diera:
acaricia purpúrea la granada
el tronco de la altísima palmera,
y sus hojas el plátano sonante
ufano mueve con el áura errante.

El naranjo do quier su copa extiende
llena de olores y de pomas de oro,
que el meridiano sol vívido enciende
de su luz al espléndido tesoro:
parece que la rama se desprende
hacia el arroyo de cristal sonoro,
y que el arroyo murmurante para
viendo en sus ondas su belleza rara.

Morados lirios hay, rojos claveles,
y entre la grama blancas azucenas,
simple tomillo, plácidos laureles,
y madreselvas de fragancia llenas:
de donde liba sus sabrosas mieles
la abeja en las auroras más serenas,
con eco ronco y en copioso bando
de floresta en floresta revolando.

Y para más belleza, no con ira
bramadores torrentes se desatan,
ni la tormenta por los aires gira,

ni el ganado las fieras arrebatan:
solo en la linfa que fugaz suspira
los árboles y flores se retratan,
y purísimo azul ostenta el cielo,
y trisca la cordera sin recelo.

No aquí se arrastran por hirviente arena
cual en las playas del desierto Nilo,
hórrida sierpe de ponzoña llena,
ni acerado y sangriento cocodrilo;
no aquí la madre escucha de la hiena
el tremendo rugir, y en pobre asilo
al niño débil con abrazo estrecho
quiere ocultar en el turbado pecho.

No se levanta entre la verde alfombra
de fresca yerba pródiga de olores,
árbol que engañe con nociva sombra
y frutos tan lozanos cual traidores:
no el astro rey velado nos asombra
en negras nubes y húmedos vapores,
ni espira solitario en su camino
abrasado y sediento el peregrino.

Todo es paz y ventura: coronada
de fruto y flor la bella Andalucia,
se alza risueña de esplendor bañada,
cual suele alzarse en el oriente el dia;
que ya sobre la vega dilatada
benigno el sol y generoso el envia

inmensos dones en su rayo cano:
dones que ostenta plácido el verano.

Tiempo es ahora que el vellon de nieve
rinda al pastor la cándida cordera,
que el perezoso buey mugiendo lleve
la mies nutrida á la redonda era:
de donde esparza murmurando leve
la seca paja el áura más ligera,
cuando con duro y resonante callo
huella la espiga el volador caballo.

Tiempo es ahora en baño delicioso,
si dormido en sus grutas yace el viento,
y de las selvas el ramage umbroso
no se agita con ténue movimiento,
de gozar el arroyo rumoroso
que sobre guijas desmayado y lento,
entre amargas adelfas encamina
la tarda huella y onda cristalina.

Aquí Nísida bella se bañaba,
aquí su rubia cabellera de oro
sobre la espalda y pecho derramaba,
avara de esconder tanto tesoro:
aquí su voz suavísima entonaba
himnos que el eco repitió sonoro
y que las aves modularon cuando
por el limpio raudal iba nadando.

Aquí en un tronco que en la márgen crece,
de una vid trepadora revestido,
donde el ganado errante se guarece
y tiene el dulce colorin su nido,
un juramento fiel que amor le ofrece,
en la verde corteza halló esculpido:
la letra dice: «Nísida, primero
que olvidarme de tí, la muerte quiero.»

Y enrogeció su púdico semblante,
que ya por el amor estaba herida:
y vió á lo lejos á su tierno amante
con faz inquieta y la color perdida:
contempla del zagal la fé constante,
acúsase de ingrata, y, conmovida,
la secreta pasion con que batalla
dicen los ojos, si el acento calla.

Mas hora miro que despliega el cielo
su magnífica pompa y hermosura:
la vista absorta con ansioso vuelo
sube y se pierde en la sublime altura:
nubes purpúreas ondeante velo
extienden al brillar la noche pura,
y sobre ellas la noche se adelanta,
y al orbe todo misteriosa encanta.

¡La noche! De mi pátria en el estio
su blanca luna es sol resplandeciente,
penetra por el bosque más sombrio,

tiembla en las aguas de la clara fuente.
¡Astro de amor! El pensamiento mio
á tí se alzó con entusiasmo ardiente,
y esclamé al eclipsarte: »espera, espera,
no escondas, no, tu celestial lumbrera.»

Que tiene para mí fulgor suave,
indecible y feliz melancolia,
cuando en el alto nido muda el ave
no gime ó canta en la arboleda umbria:
cuando el reposo y el silencio grave
llenan el suelo y la region vacia,
y exhala con rumor vago y profundo
sones inciertos adormido el mundo.

Hora llena de encantos, luna bella,
sombras queridas del que triste llora,
pronto su luz la matinal estrella
difundirá seguida de la aurora:
de su cuna oriental con noble huella
saldrá el planeta que los orbes dora,
y tierra y viento y mar en su alegria
himnos sin fin tributaran al dia.

En tanto luce desmayada y pura,
rica de aromas, languidez y amores,
dando á los cielos mística hermosura,
y gotas de ámbar á las mústias flores,
noche serena: tú con la dulzura

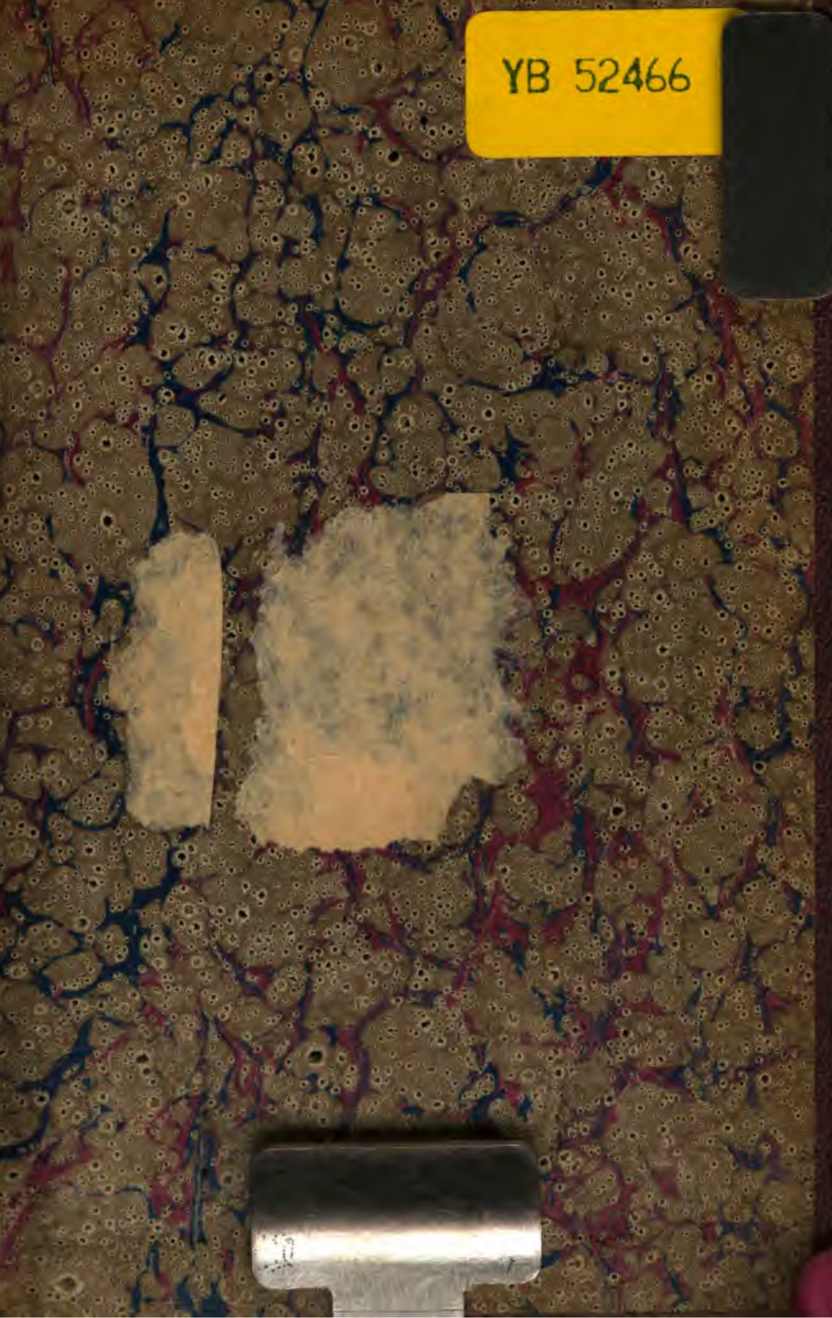
de tus sueños disipas los dolores,
tú derramas la paz con franca mano,
¿quién más galas que tú rinde al verano?

FIN.

Nota 1.ª—Las composiciones religiosas de este volúmen han sido examinadas y aprobadas por la autoridad eclesiástica.

Nota 2.ª—Aunque lleva por título el presente libro NUEVAS POESIAS, hé incluido en él cinco de las publicadas en otro el año 1858, ya por haberlas reformado, ya por complacer á algunos amigos.

ÍNDICE.


YB 52466

